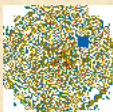


26601



3036740





BASE LEGAL PARA DIGITALIZACIÓN DE LIBROS CON DERECHOS DE AUTOR



El Sistema Integrado de Bibliotecas de la Universidad Central del Ecuador, digitalizará su acervo bibliográfico siempre y cuando sea para fines educativos y de investigación. No se permite la reproducción y distribución para la comercialización directa e indirecta del mismo

La digitalización del material bibliográfico se lo realiza de acuerdo al Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación **Art. 212 numeral 9, Literal ii** “(...) *Una biblioteca o archivo podrá, además, realizar los siguientes actos (...) La reproducción electrónica y comunicación pública de obras de su colección para ser consultadas gratuita y simultáneamente hasta por un número razonable de usuarios, sólo en terminales de redes de la respectiva institución o para usuarios de esa institución bajo su control, en condiciones que garanticen que no se puedan hacer copias electrónicas de esas reproducciones*” y **literal vii** “*La reproducción, adaptación, traducción, transformación, arreglo, distribución y comunicación de una obra protegida por derechos de autor o una prestación protegida por derechos conexos, en uno o más formatos accesibles para el uso exclusivo de personas con discapacidad*”

Este material se considera un producto intelectual a favor de su autor; por tanto, la titularidad de sus derechos se encuentra protegida por el Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación. La violación a dichos derechos constituye un delito que será responsabilidad del usuario.

N.º de folio: 3036740

ANGEL MOJIBITO PARDEDES
DIRECTOR DEL INSTITUTO ECUATORIANO DE
BIOLOGIA E INTERACCIONES



BIOLOGIA DE LAS CLASES SOCIALES



UNIVERSIDAD CENTRAL	
BIBLIOTECA CENTRAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION ACADEMICA	
IMP. <u>12.7.74</u>	IMP. <u>4</u>
FOLIO <u>12</u>	IMP. <u>12.7.74</u>

QUITO - ECUADOR
Imp. de la Universidad
— 1934 —



BIOLOGIA DE LAS CLASES SOCIALES

323.3 (.866)

P2276

81

N Dita: 303674D

ANGEL MODESTO PAREDES
DIRECTOR DEL INSTITUTO ECUATORIANO DE
DERECHO INTERNACIONAL



BIOLOGIA DE LAS CLASES SOCIALES



UNIVERSIDAD CENTRAL BIBLIOTECA GENERAL QUITO - ECUADOR	
COLECCIONES GENERAL	
Nº 12678	AÑO 1954
PRECIO 7.25	DONACION Juv.

QUITO - ECUADOR

Imp. de la Universidad

— 1954 —

ANGEL MODESTO PAREDES
DIRECTOR DEL INSTITUTO ECUATORIANO DE
DERECHO INTERNACIONAL



CLASES SOCIALES BIOLOGIA DE LAS



QUITO - ECUADOR
Imp. de la Universidad

— 1224 —



CAPITULO PRIMERO

NOCIONES DE LAS CLASES SOCIALES

La contemplación de un proceso circunstancial en el desarrollo de lo íntegra historio humano, dió a los formuladores del Marxismo lo ideo contenida en su determinación de las clases sociales y de la manera cómo debía apreciarse el juego de sus estímulos y la posibilidad de su permanencia, en el arreglo y actividad de las grupos políticos, dentro de los más variados colectividades.

Los hechos sucedidos en el período histórico a que me refiero —tan conocidos por cuantos se preocupan de estos materias y tan sabiamente ponderados por los padres del Socialismo— son los siguientes:

I.—El derrumbamiento de las categorías feudales, por obra conjunto del proletariado revalucionario y de la burguesía, aliada poderoso esto última, a mejor, provocadora del movimiento, autoritaria intencional.

II.—A la lucha y el vencimiento definitivo siguió una nuevo era económica, no por el mero despojo y reporto de los tierras —que habría sido revolución política y no económica, en lo fundamental —sino sobre tado por el predominio alcanzado por lo riqueza mobiliaria sobre la del suelo.

III.—Esa sustitución de valores debe atribuirse al gran auge alcanzado por la industrio y el comercio, que vienen o ser los marcas indudables del poderío económico y la influencia política, caracterizadas bajo el nombre del capitalismo.

IV.—Apaciguada la época revolucioinaria, se buscó el equilibrio permanente entre los grupos sociales, la estabilidad a la que tiende toda vida regular y ordenada, rigiéndose por el sistema que la tradición señalaba, esta es de superposición y dependencia de clases.

V.—El problema inmediato fue entonces: ¿cuál entre los triunfadores ocuparía el primer lugar de influencia ante el gobierno? Aquél que disponía de las principales elementos de la riqueza. Y éste era el tercer estado del antiguo régimen, dueño al propio tiempo de experiencia política y promotor inmediato del movimiento, unidos a un despliegue de actividad y empeños notables en el nuevo campo económico. El triunfo así deviene económico antes que militar y guerrero.

Con tanta profundidad y acierto analizaron Marx y Engels los hechos y circunstancias que observaban, que quedaron insuperablemente redactados, para cuantos con posterioridad a ellos vinieron. Podemos señalar cómo los propios contradictores a sus doctrinas, se han visto en el caso de basarse en estas aspectos de sus enseñanzas, y no rora vez siguiéndolos con devoción. No hay otra filosofía social —e incluya entre ellas la de Comte— que hubiere tenido igual fortuna durante el último siglo.

Pero como quizá ya lo sugerí en una de mis obras precedentes, su popularidad, tan extendida, se deba a que vino rodeada de determinados atributos de éxito. Ante todo, al haberse valido del procedimiento máximo para impresionar: el de las concepciones sencillos, con sus notas simples y rígidas; y, a la exageración caricaturesca de sus postulados. La caricatura realista no miente, pero exogero; mas al hacerlo, pone en evidencia caracteres frecuentemente descuidados por el observador común. Consistiendo el acierto en dar con lo sustancial y calificante y no distraerse con el mera accidente: de moda que o quien se lo presente se admire y pregunte: ¿cómo no lo descubrí antes? Eso es lo que hizo el Marxismo en lo social; y sus resultados no pudieron ser más sorprendentes. Líneas netas y precisas en la exposición; profundos y complicados análisis al comprobarla.

En segundo lugar, vinieron prestigiadas y exaltadas sus demostraciones con el poderoso concurso de su singular dialéctica, tan hábil y certera para exponer como para combatir. Su lógica, un tanto aparatosa, es sin igual sistemática; cuando no convence, por lo menos impresiona y desconcierta. Ha ocupado el lugar que en la escolástica tuvo la fórmula silogístico.

Haciendo el mérito debido de los singulares atributos que acompañaron a la Sociología Marxista, creo sin embargo que es hora de señalar las justas proporciones o los factores destacados por ella.

Y es de la mayor urgencia esa revisión en este instante, por la desorientación absoluta que ha sembrado en todos los campos científicos, de amigos y enemigos, a causa del ajuste riguroso que se exige de cualquier fenómeno social a los cuadros prescritos. Hay un exceso de dogmatismo en los continuadores de la tendencia, incluso los no marxistas.

Lo dicho se presenta más de bulto si nos referimos a las clases sociales: ya se trate de definir las y calificarlas, o de abogar por su desaparición o su reforma.

La batalla comienza desde que el investigador se pregunta: ¿Qué son las clases sociales? ¿Cuáles las motivaciones que las crean? ¿Cómo debe dárseles la fisonomía y los caracteres psicológicos que los distinguen?

El expositor tiene ante sí la fórmula sencilla, y atractiva por lo mismo, de la concepción marxista: clasifícanse en razón de la riqueza de que cada una dispone; y se separan por su comportamiento en orden a la producción y el reparto. Podríamos tener de esa manera: una plutocracia colocada en la más alta jerarquía que empleara sus cuantiosos caudales en producir, recogiendo el beneficio atribuible o semejante empleo y no el que corresponde o lo actividad personal desarrollado por el dueño; y hacia el otro extremo de lo escalo, el trabajador asalariado que no cuenta sino con el producto de su trabajo para subsistir. Entre la uno y la otra de ambas clases, innumerables grados, que corresponden o los individuos de la clase media: con capitales o emolumentos inferiores a un cierto límite —los que califican al plutócrata —o ads-

critos a un trabajo mejor remunerado al salario del trabajador manual.

De primer intento, se cree haber encontrado la solución, y la doctrina pura acaso se satisfaga con ella; pero vienen las aplicaciones y constatamos innumerables vacíos. No sólo deja sin ubicación actual a una gran cantidad de personas —sobre todo a quienes no intervienen en forma alguna en la producción o no hacen trabajo de rendimiento económico, y pertenecen sin embargo a una u otra categoría, obrando a su medida: eclesiásticos, militares y otros; o a quienes ya no trabajan, por enfermedad, vejez o cualquier causa distinta—; sino que no nos dice lo que las clases son, ni qué peculiaridades corresponden a su psicología social, con sus resultados: nos señala sólo por qué medios se constituyen, con aplicaciones exclusivas al régimen capitalista que no es el total de la historia. Y dentro de éste se ve al capital y al trabajo no en líneas completamente divergentes, sino en ocasiones concurrentes o sustitutivas: ejemplo, un gran profesional, sin capitales propios, que percibe cuantiosos honorarios; o los artistas que cobran pagos extremados. ¿Pertenecen éstos a la primera jerarquía o a la clase media?

Ni el historiador que contempla las grandes transformaciones ocurridas en las sociedades humanas, ni el sociólogo que intenta interpretar los sucesos por acciones y reacciones de grupos, mediante estímulos internos, puede hallarse satisfecho con el empleo de los mencionados datos formales. Para aquél, son deficientes, pues descubre ordenamientos colectivos no regidos por los mismas categorías, a través del tiempo y del espacio. ¿Y respecto del sociólogo? Encuentra la doctrina carente de raíz y fundamento psicológico de las acciones decididos y practicados por codo clase en las escenas que le tocó actuar, de manera continuado o transitoria, en lo político o en lo social. Por cuanto no ha de confundirse su intervención con la de otros grupos dentro de la vida ciudadana, que tienen distinto propósito o motivo, pudiendo afectar no obstante a los mismos individuos. No es un agregado político, como son los partidos, supongamos; no es uno disciplino profesional, como sería un Colegio de Abogados; no corresponde a gre-

mios, sindicatos ni otras asociaciones de trabajadores. Y sin embargo existen las clases sociales, equidistantes de esos varios grupos y recibiendo de ellos contingentes mayores o menores; constituidas, no de modo decidido y voluntario, sino espontáneo; actuando con frecuencia en términos indeterminados y de impreciso contenido, pero que dan un módulo, una atmósfera pública, hasta cuando serias amenazas las impulsan a obrar dentro de cierta disciplina.

Los últimos años han sido de poderoso esfuerzo dirigido a esclarecer el justo papel asignable a semejantes formaciones humanas. Pero encuéntrase quien lo intenta ante incontables dificultades, y desde luego en presencia de las siguientes:

PRIMERA.—Se presenta a su inteligencia noción tan manifiestamente real como inaprensible, desde el momento en que se la quiere dar forma en nuestro pensamiento: todas estas gentes pertenecen a tal clase social; pero ¿por qué? ¿Cuál es el lazo que las liga y fuerza que las mantiene unidas? Y ¿cómo se expresa la unión? ¿En qué momentos? ¿Son permanentes o transitorios los estímulos? Desde luego serán causas espirituales para llamarlas plenamente humanas ¿o participan del proceso biológico general? En uno y otro caso: ¿Cuáles son los contingentes del espíritu o poder de emoción que contribuyen a ello?

SEGUNDA.—Lo deficiente y parcial de los estímulos o que se atribuye su aparición: los de la riqueza y productividad económica. Antes, aparte y fuera de un sistema de coincidencias de los intereses económicos, pueden presentarse y se han presentado distintos grupos sociales con las características de clases.

TERCERA.—Lo eventualidad y transitoriedad en que vive el régimen capitalista, por demás amenazado para que pueda subsistir por largo tiempo y el que lo haya precedido otros regímenes, vuelve inaceptable la clasificación actual como método genérico.



CUARTA.—Aplicándolo a sólo las actuales, quizá quepa hablarse de su supresión. Yo diría más bien la rectificación en el arreglo, que las mantiene en gravitación permanente, las unas sobre las otras.

Extremando las consecuencias del materialismo histórico podría sustentarse la afirmación de que caben clases sociales sin individuos que las representen y mantengan. A lo menos dentro del territorio sobre las que se han abatido, bastaría el juego de intereses discrepantes: como en los casos de colonización por concesiones hechas a Compañías Anónimas, según lo sucedido en Inglaterra para el coloniaje en las Indios Orientales y Occidentales; o al tratarse de extensas explotaciones mercantiles en que lo mayor parte de los recursos de un país se halla controlada por sociedades extranjeros, como lo ocurrido en Cuba a raíz de su independencia, o en México durante la larga administración de Porfirio Díaz. La plutocracia habríase encornado en firmas comerciales, no en hombres.

Un juicio riguroso y exacto, que nos dé la clara visión de la naturaleza de los realidades que estudiamos, no lo hemos encontrado hasta el momento.

En comprobación del vacilante criterio de los autores, sería suficiente que se lean los varios trabajos publicados en los últimos años por la Oficina de Ciencias Sociales de la Unión Panamericana. Voy a permitirme transcribir los líneas pertinentes de uno de ellos, que conceptúo de la mayor valía. Trátase de: "La clase media en la Argentina con especial referencia a sus sectores urbanos", por Gino Germani. Se expresa así:

"En esta discusión acerca de las clases sociales caben emplearse dos criterios: a) Un criterio estructural; y, b) Un criterio psicosocial.

"El criterio estructural se refiere a los elementos objetivos y manifiestos que caracterizan las clases, tales como:

1º La función que desempeñan sus miembros dentro del proceso económico, a saber: la ocupación y la posición dentro de la ocupación (dueño, asalariado, trabajador por cuenta propia, profesión liberal, etc.) 2º El nivel económico expresado materialmente por el valor monetario de las rentas individuales o familiares (entradas por salarios, beneficios, etc.) 3º El tipo de existencia, es decir el nivel de vida que debería caracterizar al miembro de la clase según las pautas culturales socialmente establecidas, y el que en realidad lo caracteriza (los dos pueden o no coincidir). 4º La educación, es decir, la "cultura personal" del miembro de la clase (instrucción recibida, lecturas, intereses, etc.) 5º El juicio social de valor tiene carácter estructural (objetivo) por cuanto se manifiesta como norma social establecida (aunque no codificada en leyes), cuya existencia es reconocida por los miembros de la sociedad, ya sea para rechazarlo, ya sea para aceptarlo. El juicio social de valor jerarquiza precisamente las características indicadas arriba, determinando qué función, qué nivel económico, qué tipo de existencia, qué educación corresponde a cada clase social.

"b) El criterio psicosocial se refiere a las actitudes que caracterizan o los individuos típicos de una clase. Las actitudes se configuran en una personalidad social, propio de la clase misma. Representan el sistema de espectativos, de normas, de creencias, de valores que rigen la vida subjetiva y, por medio de ello, la conducta manifiesta de los individuos de una clase. En períodos normales existe correspondencia casi perfecta entre los característicos estructurales y las características psicosociales (por ejemplo el tipo de existencia que la mayoría de la clase lleva, o la función que desempeña, corresponde al sistema de espectativos que se dan normalmente en los miembros de la clase misma). Pero en períodos de rápidos cambios sociales, puede perderse esa correspondencia (por ejemplo, la mayoría de la clase puede dejar de tener el tipo de existencia, o la función socialmente prescrito, aún manteniendo los espectativos que las caracterizaban tradicionalmente; o bien, por el contrario, se modifican los espectativas subjetivas tradicionales, reclamándose entonces modificación adecuada

de las condiciones estructurales). En tales casos se producen conflictos sociales de honda resonancia. En el actual período es importante tener en cuenta estos fenómenos de retraso cultural, entre actitudes subjetivas y estructuras objetivos, pues a ellas hay que acudir para la explicación causal de muchos conflictos de nuestros tiempos".

Las descripciones precedentes me parecen de muy subidos quilates, pero son descripciones, no explicaciones; no sólo cuando se preocupan del aspecto estructural sino del psicosocial. No están dadas las causas sino indicadas las manifestaciones. Y respecto de éstos ha tenido que tomarse muchísimas índices, no de mérito definitivo y constante sino sometidos a variaciones: bien en las sujetas particulares que actúan, o en el proceso común, cuando las circunstancias no son las ordinarias.

Sobreponese a cualquier otro índice a manifestación apreciada por el autor, el juicio social de valores. Confiando lo que he dicho: la existencia real de las clases, es hecha indiscutible; la que en sí sean a representar, es la materia más difícil de constatar. Queda en una especie de penumbra translúcida, que nos creemos en potencia de iluminarla y nunca lo conseguimos. Además se burla de cualquier criterio seguro, por las infinitas implicaciones que mantiene, por la variedad histórica que representa, por lo fluctuante e indecisa de sus apariencias. No debe descartarse, por última, cuanto a la imitación corresponde, permitiendo desnaturalizadas apariencias.

Otra escritor argentina, el notable sociólogo Alfredo Poviña, ha querido fundamentar esas existencias en el hecho psicológico primordial de la "conciencia de clase", definiendo el suceso en las siguientes términos: "Podemos definir las clases sociales diciendo así: Es la unión funcional, que como tipo de agrupamiento sociológico, da lugar a un estado espiritual —la conciencia de clase— como resultado de la comunidad de acción y la ocupación de los individuos que la componen". (1).

(1)—Alfredo Poviña, "Concepto de la clase media y su proyección argentina".

Subrayemos la importancia manifiesta acordada a la comunidad de acción y ocupación, exacto nervio y causa de semejanzas, traducidas en conducta y aspiraciones iguales. Por eso la conciencia de clase yo la transformaría en conciencia de idénticos intereses.

Por mi parte creo, que nada puede esclarecer tanto las nociones sobre cualquier producto social humano, como interrogar a los antecedentes biológicos cuya plenitud de desarrollo se da en nosotros. Se establece por ese medio, lo natural o artificial del proceso que lo crea y se intuye las causas a que responde.

Pero cuanto tiene de estrictamente humano se establecerá de la contemplación de la historia, maestra inefable de nuestros conocimientos y segura guía para interpretarlos.

De ahí que me proponga analizar, en los capítulos siguientes, algunos datos que la Historia Natural nos trae, respecto a las asociaciones de seres inferiores al hombre; y ciertas manifestaciones de la historia humana, sobre el arreglo colectivo de las clases sociales en unos cuantos pueblos y momentos de sus anales.

Subrayamos la importancia manifestada acordada a la comprensión de la acción y ocupación, exacto nervio y curso de semejanzas, involucrados en conducta y aspiraciones iguales. Por eso la comprensión de ellas y la transformación en conciencia de idénticas intenciones, son los puntos de partida para el estudio de las clases sociales.

Por el parte creo que nada puede esclarecer tanto los fenómenos sobre cualquier producto social humano, como interrogar a los antecedentes biológicos cuya plasmación ha desarrollado en nosotros. Se establece por eso el estudio de la historia del individuo, del grupo y de la especie, para descubrir las causas que lo creó y se incluye las causas que lo transforman.

Para cuanto tiene de existencialmente humano se establece de la contemplación de la historia, nuestra intencional de nuestra comprensión y nuestra guía para intenciones.

De ahí que me proponga analizar en los capítulos siguientes las relaciones entre la historia humana y los fenómenos biológicos de las intenciones al hombre y a ciertos manifestaciones de la historia humana, sobre el origen colectivo de las clases sociales en sus cuantos pueblos y momentos de sus historias.

El estudio de la historia humana y de la biología humana, en sus cuantos pueblos y momentos de sus historias, es el estudio de la historia humana y de la biología humana, en sus cuantos pueblos y momentos de sus historias. El estudio de la historia humana y de la biología humana, en sus cuantos pueblos y momentos de sus historias, es el estudio de la historia humana y de la biología humana, en sus cuantos pueblos y momentos de sus historias.

El estudio de la historia humana y de la biología humana, en sus cuantos pueblos y momentos de sus historias, es el estudio de la historia humana y de la biología humana, en sus cuantos pueblos y momentos de sus historias. El estudio de la historia humana y de la biología humana, en sus cuantos pueblos y momentos de sus historias, es el estudio de la historia humana y de la biología humana, en sus cuantos pueblos y momentos de sus historias.

El estudio de la historia humana y de la biología humana, en sus cuantos pueblos y momentos de sus historias, es el estudio de la historia humana y de la biología humana, en sus cuantos pueblos y momentos de sus historias. El estudio de la historia humana y de la biología humana, en sus cuantos pueblos y momentos de sus historias, es el estudio de la historia humana y de la biología humana, en sus cuantos pueblos y momentos de sus historias.

CAPÍTULO SEGUNDO

EL PROCESO DE TODA VIDA Y ORGANIZACION DE LOS SERES VA DESDE LO AMORFO E INDIFERENCIADO HASTA LAS FORMAS PLENAMENTE ESPECIALIZADAS

Los términos del enunciado de este capítulo comprende tanto a la constitución de los organismos individualizados como a los de naturaleza colectiva, que en síntesis corresponden a procesos semejantes, en cuanto al progresivo desarrollo de la estructura, na en el resultado subjetivo y personal que de ahí se origina.

En orden a los organismos del primer género, o sea de los individuales, los sujetos rudimentarios y primitivos, con los que comienza la evolución, cumplen las rigurosas exigencias de su naturaleza, en plinitud, por medio de actividades indiferenciadas, que no requieren órganos específicos para cada una. Se nutren por todos los poros y se multiplican por escisiparidad.

Muy pronto, sin embargo, las formas se complican, a medida de la necesidad de ampliar y enriquecer la vida, aspirando a realizar más extensos e intensos objetivos. Apareciendo entonces las funciones definidas y concretas, realizadas por órganos adecuados, que las satisfacen con mayor puntualidad y certeza. Por eso hay para la nutrición el estómago, que prepara los alimentos asimilables, de acuerdo con la especie a que el ser viviente pertenece; la respiración, dispuesta para alcanzar la cantidad de oxígeno indispensable en el organismo se obtiene, primero mediante bronquias, y mejorándolas y perfeccionándolas a éstos, con la dotación de pulmones al animal.

Pero el proceso no se detiene ahí: para el goce de una autonomía extensa y responder mejor a los requerimientos del medio, los órganos se complican y complementan, constituyéndose en aparatos fisiológicos: a ese carácter pertenecen los que permiten la reproducción de los mamíferos, servidos además por órganos secundarios y auxiliares, como los depósitos lactantes. Y con mayores elementos y derivaciones, el delicado sistema de la vida de relación.

Casi tan antiguos como los primeros pasos en la constitución de los organismos individualizados, son los comienzos de los procesos asociativos entre seres complejos. Desde las colonias de protozoarios y los más primitivos agregados simbióticos, hasta los muy reglamentados y extensas asociaciones de insectos, y de éstos, a las sutiles pero menos firmes agrupaciones naturales de hombres: hay cierto encadenamiento y correspondencia que, comparándolas con los inferiores grados, los supera y modifica en su contenido.

Es así como pierde el individuo su significación de ser de aisladas posibilidades, para sugerirnos la valía incontrastable de la cooperación.

De ordinario, lo semejante busco junto o lo semejante los acabados formas de su expresión social.

Los protozoarios que se denominan flagelados se agrupan en colonias, para explotar, en las mejores condiciones por cada uno, el medio que los circunda. Los algas navegan en masas de flotantes cabelleras verdes sobre las aguas o tiñen de rubor las ondas del Mar Rojo. Y esos diminutos paracaídas luminosos, para minúsculos aereonouts, que se llaman las medusas (o fuegos fatuos del Mediterráneo), forman extensos cuadrillos o regueros de estrellas, o la vista del nocturno navegante que recorre esas aguas.

Tales agregados de semejantes o reúnen o seres que además de pertenecer a la misma especie son morfológicamente iguales, y nos hallamos ante las colonias **homomorfas**; o bien, peretene-

ciendo a la propia especie, sus contornos y apariencias se han diversificado, modelando a cada individuo según el trabajo al que se lo dedica. A estas colonias **heteromorfas** corresponden las comunidades de hidrozoo.

Y refiriéndonos a los hidrozoo: la colonia es un agregado compacto de seres que luchan juntos para subsistir. En este plan, y predestinados de seguro por el lugar que ocupan en la masa, han surgido, con formas adecuadas para la función: las campanas natatorias, que permiten el traslado de la colonia; los sujetos o quienes se los recomienda la captación de alimentos por lo república, los gastrozoides; aquéllos dedicados a la reproducción de la especie, al rejuvenecimiento del grupo, los gonozoides; y en fin, la conservación de la vida requiere defenderla de sus enemigos, por lo que se ha creado la propia milicia en los dactilozoides.

Se aprecia entonces los primeros ensayos que hubo de realizar la naturaleza en orden a la asociación de los seres, para cumplir la ley fundamental asociativa: la distribución de aptitudes por la diferencia de ocupación. Y es por ello que se obtiene con el máximo efecto la explotación de la naturaleza, por todos y para todos. Y en la economía de los asociados se muestra la parte que les corresponde a quienes no producen en forma directa bienes económicos.

La naturaleza organizada vuelve en virtud de la asociación, al mismo plan que es el íntegro de la vida: concentrar en el mínimo espacio el máximo de potencia, por la sistematización de actividades de un gran número de concurrentes. Lo que diez hombres en aislado esfuerzo no lo realizarían jamás, en trabajo conjunto y ordenado, lo efectúan con facilidad.

Pero no siempre lo mejor es la unión de semejanzas: se presentan en ocasiones con grande empuje los agregados simbióticos, o sea, entre seres de especies distintas y con beneficio para todos los concurrentes. La conciencia de la especie, sostenida por Giddings, como el verdadero estímulo asociante, pierde una parte notable de su generalidad: en su aspecto de formo, o exterior, al encontrarnos con estas asociaciones de desemejantes; y en el contenido interno o de conocimiento y decisión, por lo prematu-

ro de hablar de conciencia en los individuos muy bajos en la escala orgánica.

La simbiosis es una asociación de seres vivientes específicamente dispares, cuando de la comunidad obtienen todas mutuas beneficios. Confúndese con el cooperativismo calificada por la mutualidad, pues de otro modo nos encontraríamos en presencia de las vidas parásitas. Simbiosis: vidas unidas.

Uno de los casos simbióticos más canocidos en nuestros tiempos, es el que ha dado origen a la formación de las líquenes. El hongo y el alga que en maridaje perfecto de campenetración la han creado, ponen en la comunidad oiga que cada uno ha extraído del medio circundante: el alga (verde) realiza la síntesis del hidrato de carbona, que el hongo no la podría efectuar; pero éste forma con tal contingente las sustancias albuminóides de alimentación para las das.

Hermoso muestra de íntimo apareamiento, tan íntimo, que durante larga tiempo se consideró al liquen como una especie particular de planta, y fueron precisos numerosas y salícitas ensayos, según los practicados por Gastón Bahier, para canferir una precaria vida aislada a los concurrentes.

Los mágicas relatos de recintos iluminados en el fondo del mar, de procesiones y rondas de antarchas, mantienen en la realidad el mismo sentida de sorpresa y milagro, en numerosos cosos de simbiasis fotogénica, que en los sueños de hados.

Como los gnomos que en las grutas profundos del Rihn, guardaban día y noche, con vigilante empeño, el oro purísimo que daría a su paseador el dominio del mundo; linternas animadas custodian, a algunas cientos a miles de brazos de lo superficie marítima, un tesora espléndida e inagatable, lo vida submarina.

En un escenario fantasmagórico de cristal líquido, maluscos y peces fotógenos, van derramando una claridad irreal, que permite permanecer a los organismos que requieren de la luz para subsistir.

Numerosas son las cosas de animales marítimas engendradoras de esas claridades. Pueden recordarse las nambres de los **photoolepharon** y los **monocentris japonicus**. Las encantadoras

colonias de los tunicados van dejando su estela luminoso por donde posan.

He ahí cómo son linternas vivientes los animales, faros en los tinieblas de los aguas profundas del océano, permitiendo subsistir a los organismos.

Pero ¿cómo se obtiene el resultado? Es uno de los más bellos trabajos que la naturaleza orgánica realiza:

Pequeñas bacterias brillantes se incrustan en la piel de los escogidos, que al recibir tan precioso don, se preparan para aprovecharlo en su mejor virtud. La capa epitelial en el lugar del emplazamiento, se convierte en un estrato delgado y transparente, que reviste la porción frontal y el núcleo luminoso. Actuando los cambios en el tejido conectivo, se construyen con él uno o varios lentes convergentes, cuyo misión es la de ampliar la cantidad de luz que procede del foco. Por debajo de éste se establecen refractores de estructura laminar. En fin, el fondo de tal cámara luminosa es una copa de células pigmentadas, que impiden penetrar los rayos emitidos por el huésped en el cuerpo del animal. Es un ojo proyector y no receptor.

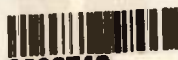
Podríamos reconstruir los mirajes de un escenario en el fondo del mar:

En esos recónditos abismos en donde ni una ráfaga de claridad solar penetra para animar la vida, las interminables noches se constelan de vagos resplandores.

Un cíclope u ogro tenebroso —el diablo negro de los mares— **melanocetus murrozzo** a tres mil metros de profundidad a veces, atrae con linternas fosforescentes a las incautos víctimas que satisfarán sus voracidades. Es un pez de apariencia espantable, coma las más extravagantes pesadillas no podrían crearlo: con una caverna por boca, donde estalactitas y estolacmitas en forma de agudos puñales, representan los dientes. Se halla dotado en la parte frontal superior de un tentáculo en cuyo extremo lleva el foco de su linterna.

Cascadas de joyas dispersas por los ámbitos racosos: las estómatas engarzan a los dos costados de su cuerpo filamentosos, diamantes de brillo propio. Las linternas rítmicas

UNIVERSIDAD CENTRAL
CONTROL DE BIENES



3036740

danzan con su cabellera suelto y resplandeciente, el ballet de la muerte, pora capturar presas para el opulento señor que las transporta, "el ermitaño" (*parapagurus pilosimanus*) los restos del banquete devoran ton útiles servidoras. Antarchas prendidas en las resquebrajaduras de los grutas, las **vermes** alumbran el fonda de la escena. No faltan los globitas transparentes de la ilusión, can las burbujas que proyectan desde una glándula especial situado en la base de sus antenas, los **heterocarpus alphonsi**.

Lo simbiosis se ve practicado en el teatro de lo vida con tal amplitud, que hay una corriente valicsa entre los naturalistas, a considerarla coma la regla general de la existencia argánica, siendo lo osimbiasis la excepción.

En cuanto a los resultados de la asociación y las móviles a que responde, me permito manifestar las siguientes consideraciones:

La excesivo especialización entre los concurrentes de cualquiera colectividad, conduce a lo absoluta necesidad de permanecer juntas, porque el individuo ha perdida la facultad de cumplir por sí solo los varios operaciones exigidas para su subsistencia. A lo clase de colonias de tal índale, los biólogos las denominan colectivas, y dicen tener su fundamenta básico en el instinto. Yo las califico de esencia trófica a de contacta, en una caad-aptación al media física.

Y llaman colonias individualizados, a aquéllas en las cuales cada uno de los componentes canserva íntegros los atributos de la especie, con capacidad entonces de pleno desarrollo independiente; si bien obtienen mejores satisfacciones al permanecer unidos y en calabaración. Los móviles de la asociación carresponden en estos casos a más elaboradas estímulos de conciencia, nas enseñan.

En contemplación de los datos precedentes y las requisitas asociativos mencionados, me carresponde afirmar:

1º—Que las colonias colectivistas son las de mayor antigüedad, nacidas de la circunstancia de vivir vecinos sus componentes; y que agrupa a seres no muy evolucionados en la escala orgánica. Son heteromorfas, por el hecho de cumplir cada sujeto un papel permanente y único en beneficio de la comunidad, sin poder por lo mismo desligarse en forma fácil, a no ser con peligro para la propia existencia.

2º—Por el contrario, las colonias homomorfas casi no representan ningún sistema firme de asociación. Su existencia en común obedece a las circunstancias propias del ambiente externo y la vecindad, que agrupa a idénticas necesidades en terrenos donde mejor se satisfacen. Por cuya causa me hallo en desacuerdo por atribuirles las estímulos concienciales o que antes me he referido.

3º—La simbiosis es una especie de cooperativa, o quizá mejor, de clientela del alajado respecto de quien lo aloja. Acaso se lo ha debido al azor, pero la continuidad lo ha convertido en hábito.

Y si dirigimos nuestro análisis al examen de las verdaderas sociedades de animales —no colonias— con el empleo de los datos recogidos en extenso por los investigadores y valorados por ellos, con diferentes criterios, me arriesgo a señalar las notas diferenciales que les presten su propio carácter.

a) Nos hallamos en presencia de organismos de mucho mayor desarrollo individual, que se han congregado, y cuyo plasticidad por lo mismo es menor. Lo simple y ariginario se presta mucho más a los cambios que lo complejo y producto de larga evolución. Y ésto es ley universal de las cosas, aún de los de origen inorgánico. Por lo dicho, las transformaciones morfológicas en esos asociados se vuelven muy difíciles. b) Paralelamente, la psicología individual ha ido complicándose y fortaleciéndose dando intervenciones de mayor continuidad y de conciencia nebulosa a claro, en la vida de la asociación.

De los precedentes reconocimientos, una goma inmensa de consecuencias. Y desde luego, la de que no se hallarán en estas asociaciones superiores cambios orgánicos de tal magnitud, que modifiquen notablemente las apariencias de los seres. No obstante, la función deja trazas o rostros en los órganos que la cumplen, con el correspondiente desarrollo. Tal cosa la podemos constatar de manera aparente en las termitas y abejas.

¿El resultado? Que incluso en estas sociedades de rígida disciplina y distribución del trabajo, es posible la permanencia individual independiente, si bien con graves dificultades para el sujeto.

La naturaleza como que ensayo otro vez sus planteamientos con factores nuevos: por eso, junto a la rigurosa disciplina de las sociedades mencionadas, que hacen los veces de las colonias colectivistas, existen las sociedades individualistas, con losos tanto más flojos y disimulados, cuanto más vigoroso y emprendedora es la especie de animales a que afecta. Son pocos los grandes mamíferos que se asocian de manera permanente y con fines integrales; parece como si hubiera en ellos la jactancia del fuerte para desafiar los peligros y vencerlos; a resultan incompatibles sus destinos.

La psicología, al complicarse ha dado ocasión a nuevas y mejores iniciativas particulares, y ya parece intervenir la voluntad para imponer decisiones.

El sentido simbiótico de la agrupación tampoco ha desaparecido y se lo practica en gran número de especies, incluso las mayores. El cocodrilo que duerme la digestión del gigantesco banquete que se ha brindado, siente las malestias de los residuos dejados de su atracción, entre sus mucosas y dientes; pero vienen los pequeños zancudos y se aproximan confiados a la enorme bestia, para orroncarle las piltrafas del banquete con las que se alimentan.

El parasitismo se ha desarrollado en el campo de las sociedades animales en grandes proporciones. Nace del conocimiento de que nos podemos soportar a expensas ajenas. Hay verdaderas guerras de vasallaje emprendidas por las hormigas, para canquis-

tar otras que les sirven de esclavos, sustituyéndolos en el trabajo.

Como resultado indudable mantengo: que mientras mayor es el grado de centralismo en la dirección de los actos y decisión de la conducta en el interior del sujeto individual, o lo que es lo mismo, si se han perfeccionado en alto grado los sistemas nervioso y tráfico, la especialidad inmutable de una función para cada cual y los cambios somáticos en respuesta directa a ello, comportan mayores dificultades. Y con mérito concurrente, la oposición a dejar absorber el propio destino por ajenos exigencias, crece en notables proporciones.

Es el resultado de dos centralismos en conflicto: el interno y fisiológico del sujeto particular para bastarse o sí mismo; y el externo y social de la colaboración entre los concurrentes.

La clave solucionadora estaría en hallar la fórmula según la cual se intensifiquen a tiempo las propias satisfacciones y las que a la colectividad correspondan, sin anulación de las iniciativas y las voliciones individuales. Obra de disciplina de las acciones y de regulación de los actividades y beneficios.

En las manifestaciones asociativas muy evolucionadas, se descubre clara la importancia de la voluntad, entre las causas o móviles de la asociación.

Una vez más se comienzan los ensayos de asociación, cuando el hombre penetra en el escenario de la Tierra, para empezar su recorrido, en conquista del suelo que lo sustento.

Cuanto ha sido experiencia biológica en los largos siglos de transmutación y ensayo, pone a prueba este nuevo actor y lo intenta, debatiéndose entre dificultades crecientes, por la intervención de estos atributos peculiares suyos: una voluntad fortalecida en la conciencia de la eficacia de su intención; una inteligencia enriquecida por numerosas perspectivas mentales, cual no la tiene ningún otro ser conocido; y el don extenso de juicio que acompaña al razonamiento.

En contraposición y para aumentar las dificultades en la conducta: se trató de un organismo débil, frente a las enormes especies geológicas que poblaban el Planeta al tiempo de su aparición; de una tenaz intención de triunfar y superarse, venciendo todo obstáculo; y con imperio menor para sus hábitos, del instinto, que confiere seguridad y fijeza al derrotero, para los otros animales.

Por eso vemos a las sociedades mayores en la historia, marchar vacilantes y como desconcertadas en presencia de opuestos estímulos, con ritmo que se acerca al individualismo o se aparta de él en procura de un colectivismo más o menos rígido. Pero es sobre todo su signo el amorfismo inicial.

De las enseñanzas arrancadas a la prehistoria, se desprenden conocimientos varios sobre las causas de la asociación entre los hombres primitivos, que no siempre coinciden con las figuraciones que se habían forjado filósofos e historiadores, bajo la fé del relato bíblico o la exclusiva contemplación de los sucesos en una parte, mayor o menor, de los pueblos arios: lo domesticidad patriarcal como raíz y arranque de todos los grupos políticos conocidos.

Yo sus inmediatos antepasados animales habían enseñado al hombre que las uniones sexuales podrían ser transitorias, como se satisfacen las necesidades del hambre, sin gran peligro para la permanencia de la especie; significando para la humana, mayores méritos y beneficio, a causa de su debilidad, el hecho de vivir vecinos que el de ser parientes.

¿Cómo cazar al alce gigante, al caballo veloz, al ganado bravo, si no se dispone de una fuerza equivalente por lo menos a la de la víctima preferida, al no servirse de la astucia y el engaño? (Y parece que el animal racional desde sus comienzos fue carnívoros).

Dos soluciones se les presentaba: o fortalecerse artificialmente, armándose; o unir esfuerzos, en una amplia cooperación. De ambos medios se sirvieron los primitivos hombres. La caza, era un rodeo en que los vecinos formando una amplia cadena empujaban a los grandes bestias, asustándolas con alaridos y mi-

micos amenazantes, hasta obligarlas a despenarse de muy prominentes riscos, para ir a recoger en la hondonada sus cadáveres. Las armas descubiertas hasta entonces no eran lo suficientemente eficaces, para igualar en fuerza a sus rivales, a los débiles organismos que las empuñaban.

He ahí a lo vecindad constituyéndose en el verdadero estímulo de la asociación momentánea, que lentamente se iría convirtiendo en durable; y al conocimiento y aprecio de la realidad, decidiendo una intención, que por lo tanto es consciente. Es cierto que en la conciencia de estos asociados había surgido cloro el sentimiento de comunidad de intereses, base y origen de la idea de grupo entre los hombres.

Pero no sostengo que fuera la indicada la única forma de agrupación entre los primitivos. Ciertas parejas hallaron refugio seguro entre empinadas rocas a islotes lacustres, y allí establecieran hogares permanentes: la cueva en que vivían, defendiéndola y ornamentándola, no sólo fue refugio sino taller para el artista primitivo, como en las de Altamira; o nidos altos dispuestos sobre puntales o sobre árboles del bosque. Este aislamiento debió dar como consecuencia inmediata el sistema patriarcal. Pero no se crea que esto equivalgo o decir reglo seguro, disciplina y división de funciones. Lo promiscuidad más absoluta se postulo desde que crece la familia: bien por el nacimiento de los descendientes de una parejo, o por el contingente de personas que vienen a buscar amparo bajo el régimen de seguridad establecido. De ahí puede derivarse un sistema matriarcal o patriarcal, según los circunstancias.

Fácil es apreciar entonces que, cualquiera que fuere lo verdad sobre el monogenismo o poligenismo, poligenismo restringido a una camarca u ocurrido en la amplitud del Planeta; los sistemas dispares de asociación pudieron presentarse en donde quiera.

Recuerdos precisos de la preferencia de una u otra motivación fundamental —los domésticas incitaciones del poder en el jefe de la familia o las exigencias de lo vecindad— nos relato la historia, en dos de los pueblos de los que se arrancan lo llamada

cultura occidental de nuestros tiempos: el germano y el romano.

El primero aparece dominado por los sentimientos de vecindad y compañerismo, dando cohesión interna y fuerza exterior al grupo; virtudes que las necesidades de la guerra transforman en fidelidad y sometimiento al Jefe. Los lazos familiares son mucho más débiles y se quebrantan con frecuencia con los menores motivos y sin solemnidad alguna. Los historiadores latinos nos relatan con sorpresa hechos que reflejan los débiles afectos familiares del germano: los sacrificios de niños que no nacieron fuertes y bien conformados; la ceremonia de desligamiento de la familia natural, por sólo declaración de esa voluntad ante el respectivo funcionario.

En tanto que los primitivos anales romanos están saturados de patriarcado: virtud y excelencia del poder del padre de familia, al que se fue arrancando lentamente los atributos que han de constituir la autoridad política.

¿Y en torno a las formas externas que reviste la asociación? Después del amorfismo primitivo, en que todo y todos se mezclan y confunden, en un cumplimiento instintivo de sus necesidades; el orden viene representado por la autoridad sin límites del padre o de la madre, y el sometimiento irrestricto de cuantos de ellos dependen. Así se estructura una especie de colectivismo, para luego atenuarse y desaparecer sustituido por sociedades individualizadas, en grado mayor o menor, que no son las definitivas formas ni el arreglo óptimo de esas relaciones, por lo que se vuelve una y otra vez a ensayos colectivistas. De manera que los sistemas totalitarios no son una meta ni puramente una iniciación, sino múltiples tanteos de equilibrio y de disciplina.

El empleo aquí del término colectivista no ha de tomarse en el sentido biológico estricto sino de un socialismo primitivo.

Lo propio de nuestra especie, en mayor grado que en ninguna otra, parece ser, la necesidad de buscar la coincidencia, en los más sabios compensación y arreglo, de los requerimientos opuestos: los apremiantes exigencias de los deberes colectivos y el respeto a la personalidad de sus componentes. Los romanos intuyeron la fórmula, al dar preeminencia a los intereses de la Repúbli-

ca sobre los de los particulares, como al establecer la dictadura y la suspensión de toda ley en los momentos de peligro por Roma. Lo indispensable es medir el grado de tales sacrificios para no anular a los particulares.

Un biólogo notable, Humberto Pierontoni, nos ha dicho: "Creo posible sin embargo afirmar que las asociaciones humanas son permanentes y paulatinamente evolucionan del tipo individualista al colectivista". No debo aceptar en sus rigurosos términos biológicos la afirmación, sino en el sentido que vengo repitiendo: la máxima iniciativa personal concordante y compatible con el beneficio y prosperidad colectivos; o lo que es lo mismo, que aquello no perturbe a éstos, que son los primordiales, siendo los del individuo los resultados y consecuencias.

Al estabilizarse las relaciones políticas entre las potes-familias de la campaña romana, en el centro o domicilio ciudadano donde actuarían, nace el Estado: como una asociación permanente de tipo individualista, fundada en la voluntad de quienes lo resolvieron, pero dispuesto hacia un perfeccionamiento colectivista, mediante la distribución de actividades entre sus elementos. En tal distribución encontraremos las causas, lejanas y próximos, de esa tendencia colectivista a que se ha referido Pierontoni.

Y allí se originan: de un lado, los diferentes poderes y funciones que en la Constitución se establecen, para los depositarios de la autoridad política (obra de voluntad reflexiva y consciente); y de otro, las categorías de vida social que expresan naturales desenvolvimientos, por obra del tiempo y de los hábitos adquiridos. Este último representa el proceso insensible del desenvolvimiento de las existencias humanas, por encima de cualquier voluntad o propósito que haya podido darle el impulso primordial; proceso tan admirablemente señalado por el padre de la Sociología, cuando nos habla del sucesivo tránsito de lo homogéneo a lo heterogéneo, de lo simple a lo compuesto.

Es indiscutible que el perfeccionamiento en el papel impuesto se obtiene mediante la especialización; que esa especialización se traduce no sólo en los actos que de manera inmediata es-

tán afectados por ella, sino en las formas de conducta que toman los individuos que los cumplen. De modo espontáneo se produce una especie de segregación o aislamiento entre los diversos grupos de individuos afectos a cada función, creando sus prácticas, hábitos y preferencias. Esto ya no es lo prescrito ni reglamentado y se extiende a mucha más allá de los deberes impuestos.

Me toca subrayar a cada instante, para evitar equívocos, que no equipara ni mucho menos confundo respecto del hombre, el sentido del desarrollo orgánico individual con las caracteres que le corresponden y los propios de las agrupaciones sociales que ellos integran. Pues en tanto que las diferentes formas de asociación humana conocidas, no han producido hasta ahora transformaciones orgánicas tan manifiestas que se las aprecie a primera vista ni privado a nadie de ninguna de sus principales atributas ni de los medios aptos para subsistir por sí, fuera de su ocupación ordinaria; en el sujeto individual, los aparatos funcionan correctamente sólo dentro del propio papel encomendado, dedicándose a su función específica y modificando hacia ese fin las formas orgánicas y los medios de actuar.

Con toda, la fisiología moderna ya nos da su alerta respecto al peligro de extremar diferencias, cuando nos señala los casos en los que las pérdidas de un órgano cabe suplirse —para el cumplimiento de la respectiva función— por otro órgano, gemelo a no, o por una adecuada educación de la respectiva región nerviosa.

Y con mérito de contraprueba o paralelismo, la sociología nos viene haciendo indicaciones interesantes a propósito del ejercicio de las profesiones, que en caso de excesiva especialización van automatizando al hombre en términos de volverla incapaz para otro destino.

Sin embargo, la extremada centralización nerviosa de los vertebrados, siempre será la defensa más firme y constante contra la absorción del individuo por el grupo. Por lo que para el ciudadano vuélvese indispensable cierta autonomía o iniciativa en su conducta.

CAPITULO TERCERO

SE ACOSTUMBRA SEPARAR A LAS CLASES SOCIALES EN ALTA, BAJA Y MEDIA

El sistema actual clasifica a los integrantes de las sociedades políticas, que no tienen una definición exacta dentro de ellas para que actúan e inspiran sus realizaciones, en grupos de jerarquía particular denominados clases sociales, distribuyéndolas en las tres mencionadas en el título precedente; no representan sino la contemplación panorámico de arreglos existentes en determinado momento histórico. Y aún bajo este respecto, parcial y desintegrada de muchos de sus elementos, sustrayéndolas, por último, del respectivo marco en que actúan. Surgen deformadas en su contenido y vista en perspectiva vertical, con olvido de numerosas implicaciones que las acompañan.

De tal manera no se los califica ni cabe calificarlos a los grupos sociales de esa índole, ni siquiera en cuanto a su aspecto y apariencia, mucho menos como actividad y decisión de obrar.

Las descripciones se las hace como si se tratara de capas sucesivamente sedimentadas, donde se mantiene cierta especie de equilibrio físico, por la gravitación de las unas sobre las otras, apenas agitadas en su estática en razón de las insurgencias de contados individuos que pretenden romper las propias filas para alcanzar mayores niveles.

Se las aprecia a las clases desde el campo político, pero sin advertir que no tienen papel oficial alguno, y que si intervienen en las decisiones conmoviendo a este sector o aspecto del vivir

colectivo, lo hacen en forma y por medios indirectos, siendo raras, de excepción y emergencia, sus actuaciones directas en política.

Téngase en cuenta que las clases sociales son obra espontánea de la naturaleza, sin intervención de la voluntad del hombre para producirlas, excepto acaso en cuanto contribuye a motivarlas; por eso, si bien demuestran la realidad de su presencia, se nos vuelve muy difícil dibujar su fisonomía, materializarlas y concretarlas. Es idéntico a lo que sucede con la gran experiencia humana de las nacionalidades: quien quiera las concibe, pero no las define.

Respecto a las creaciones de nuestro actual estudio, las maneras de apreciarlas me parece que vienen sugeridas por la representación de lo estructuro geológica del Planeta, con lo rigidez de sus estratos varios, apoyados los unos sobre los otros. Sin tener en cuenta que en la propia cronología de la Tierra hoy bruscas sacudidas y levantamientos, como los que construyeron los montañas, rasgando y destruyendo esas túnicas o mantos sucesivos.

Y en la existencia colectivo humana, a más de la ebullición de los fuerzas internas, intervienen elementos extraños con desiguales e inesperados ímpetus, poro cambios y trastornos en el arreglo tradicional, cuyos volcamientos serán mayores o menores y con consecuencias dispares.

No cabe desconocer que el régimen sedimentario no es el único que aprovecha la naturaleza para sus construcciones; el ritmo y sucesión en el concurso son también frecuentes.

La aparición de los grupos sociales que vamos analizando puede ocasionarse bien como el resultado de continuos crecimientos del núcleo original, que se halla en tronce de diversificar las funciones y distribuirlas de mado permanente entre sus elementos; bien como el trastorno revolucionario ocurrido por determinadas fuerzas que se contraponen y chocan, o en la expansión repentina de multitud de fermentos acumulados en el interior; o en fin, es la concurrencia de fuerzas adventicios que imponen nuevos arreglos sociales.



En el primero de los casos señalados: es posible un mosaico de complicadas figuras que se colocan las unas junto a las otras, en razón del deslizamiento por cauces distintos, dando una apariencia muy sugestiva o peculiar; pero pueden estabilizarse también —y es lo ordinario— en mantos sedimentarios que se superponen, por el perpetuo y lento fluir y deslizarse de las existencias. No es fatal ni incontrastable una cualquiera de las formas, en ninguna época de la historia, ni sus configuraciones se excluyen. He ahí por qué cabe hollarse, en los tránsitos históricos, grupos de coincidencia en la misma jerarquía, con títulos, funciones y atributos distintas, que los van dotando de calidades psicológicas muy diferenciadas, siendo la base de las peculiaridades que habrán de caracterizar a las clases. Supongamos la eminente posición social compartida por la aristocracia guerrera y la sacerdotal en numerosos pueblos.

Lo cierto es que, a pesar de la tendencia marcadísima de superposición y preeminencia en la conducta humana y de las fuerzas conservadoras dispuestas a mantenerlas, trabajan en sentido contrario la disparidad de caminos seguidas y el impulso de mejoramiento individual que a los demás anima, volviendo transitorias los cerrados cuadros, no obstante cualquiera imposición y vigilancia.

Donde más claro se muestra la diversidad de dirección tomada en el mismo grado de la escala clasista, es al referirnos a la clase media de nuestros tiempos. ¡Qué enorme diferencia en las costumbres, prácticas, métodos de vida, condiciones de trabajo, empleo de vivienda y alimentación, entre los grupos de profesionales y altos empleados administrativos, y los artesanos libres y maestros de taller! Y consecuentemente, cómo se han moldeado y diversificado la psicología y los hábitos de unos y otros. Tanto que nace la duda de unirlos dentro de la misma clase y se vuelve lo más intrincado clasificarlos.

Las Profesiones Liberales, en la mayor parte de América, se sienten vinculadas a las altas categorías, mejor que a las medias, y participan de aquellos intereses. Es modelo y excepción el Ecuador, donde la gente de toga se ha identificada con las

reclamos de los débiles; pero agregamos de inmediato, no es que participen de sus intereses, sino que los defienden. El verdadero campo de su actividad está muy lejos y sus costumbres lo mismo. Sólo en la cuantía de la riqueza se les aproximan. La influencia de que dispone esa especie de burguesía que los profesionales forman, es incomparablemente mayor a la del trabajador libre.

En el segundo evento, o sea, de las transformaciones internas súbitas y violentas, se ocasionan los sismos y desplazamientos que transfiguran la fisonomía anterior de la sociedad conmovida. Mejor dicho, el primer efecto de la convulsión es borrar todo fisonamio dejando una indecisa superposición de imágenes, como en las fotografías en que el objeto se ha movido; esperando el aquietamiento para de nuevo corregir los rasgos. Pero éste llega, y en las colectividades de tipo sedimentario, se convierte en una transposición de jerarquías: el triunfador, o uno de los aliados o quien supo aprovechar el triunfo, ocupa el primer lugar, aniquilando, dispersando o hundiendo al vencido. Con semejante sustitución a nuevo arregla, se tiende a la rigidez anterior de las clases superpuestas. Si bien cabe además un entendimiento transaccional entre vencedores y vencidos, o entre los varios aliados en la lucha. Veamos unos cuantos modelos de las nuevas posiciones tomadas luego de la respectiva revolución.

El primer resultado nos muestra el hecho trascendentalísimo de la Revolución Francesa. Una burguesía despierto y activa, sustituyendo a la nobleza caduca. Pronto se imitan por aquélla las prácticas y hasta los modales de la nobleza. Mientras tanto el proletario —el mayor actor en la batalla y el triunfo— con esta visión del futuro y no preparada para él, satisfecho por su victoria momentánea y la venganza obtenida, volvía a hundirse en las calebozas de su miseria.

He ahí en la que supera, sin lugar a duda, lo técnico revolucionario ruso de nuestros tiempos o la francesa; en la contemplación del futuro, a largo plazo, y la vigilancia genial de sus conductores para no permitir la inmediata sustitución de cla-

ses (que los mencheviques la hubieran tolerada por temor a una nueva reacción, según se desprende de su política vacilante) manteniendo la bandera de las reivindicaciones en manos de los efectivos luchadores por ellas. Cabe no obstante señalar el peligro de la permanencia de categorías oficiales que pudieran convertirse en clases privilegiadas.

El rigar de los métodos lo encuentro justificable, pues los transaccionales, sobre todo con las despoñados del poder, fue fatal en la Europa posterior a la primera guerra mundial. Ejemplos dignos de no olvidarse tenemos en el gran movimiento alemán que dió origen a una Constitución socialista, muy pronto ahogada por el nacionalsocialismo; en la agitación plena de ideales en Italia, conducida por el sabio, tolerante y débil Nitti, que estimula a los milicias fascistas; y el poderoso esfuerzo español en forja de la República, quebrantada por las fuerzas militares del antiguo régimen conservador en los comandos.

Lo que no juzgo exacto ni científico en la doctrina bolchevique, es la proclama de una sociedad sin clases. Un grupo humano avanzado en su evolución debe estar estructurado y diversificado en clases; sólo que la organización de ellos ha de cambiarse: no superponiéndolas ni dando primacía a las unas sobre los otros, sino distribuyéndolas según las necesidades del papel encomendado. Lo demás sería volver al amorfismo de las sociedades primitivas, constituidas por masas humanas indiferenciadas.

Distinto resultado que el de la Revolución Francesa dió lo guerra de la Independencia en América: abra de criollos ricos y de militares victoriosos, con escasa arraigo e impulso populares en el mayor número de casos, el poder político y la primacía social distribuyéronse entre los vencedores. Es difícil señalar primacía a alguno de los dos factores en la sociedad republicana de los primeros años de nuestra independencia.

La imposición de jerarquías por la concurrencia de fuerzas extrañas al Estado que lo sufre, se ha dado en numerosas circunstancias históricas, en especial cuando un pueblo ha sido conquistado por fuerzas expedicionarias procedentes de otro. Con frecuencia en tal caso la rigidez e inflexibilidad en el dominio de los vencedores han originado los inmutables grupos denominados castas.

La política de los triunfadores sin embargo ha sido dispar, siendo la más sabia y de mejores resultados aquella que ha dado satisfacción a ciertas aspiraciones de los vencidos o han sabido apaciguarlas.

Tan eminente acaso como la política romano, y menos cruel y sin escrúpulos, fue la de los Incas. Su invasión no destruye ni aplastó inmisericorde cuanto a su paso halla; por el contrario, reconoce jerarquías y estimula virtudes; procurando o lo vez elevar el nivel cultural de los sometidos. Cuando encuentro un alto progreso en el país, lo respeto, según sucediera con el mayor de entre los Monarcas peruanos, Huoynacópac, que no tiene reparo en elevar a su trono como a **ñusta** (lo esposo legítimo y preferido) a la sin por princesa de lo stirpe shiry del reino conquistado, Quito. De modo general a las grandes dignidades de los Cortes dominadas —los curacas— se las incorpora a la nobleza del Tahuantinsuyo. A las parcialidades reacias, indomables, en lugar de aniquilarlas, transportábanlas a medios sociales que las apaciguen y vayan incorporándolas a la vida normal del Imperio. A los extrañados del propio suelo —que en comarcas lejanos hollarán paisajes afines al suyo y un progreso mayor— se los denominó **mitimaes**.

¿No es ésto una especie de simbiosis humana en la que factores diversos han intervenido con mutuo y recíproco beneficio?

Pero en el arreglo social peruano ¿dónde podría descubrirse una clase media, entre los altos potestades —nobleza vieja y lo de los curacas— de condición civil que comporte los privilegios con los dignidades eclesiásticas y lo maso del pueblo que trabajaba en colectividad para aquéllos y para satisfacer las propias necesidades? Yo por lo menos no la encuentro. Hoy dos cla-

ses privilegiadas, de origen religioso o mundana, y el resto del pueblo.

Si quisiéramos abundar en ejemplos podríamos referirnos a las calidades conservadas por los funcionarios latinos del Estado, al tiempo de la invasión germana, figurando una especie de aristocracia tradicional al lado de la nueva, de los conquistadores.

Salto a la vista lo deficiente del esquema aceptado respecto a las clases sociales. Sobre todo la denominada media, no es constante sino el producto de larga evolución democrática, apareciendo desprovista de caracteres netos y definidos, en amplísima variedad de condiciones; pues en verdad su régimen es provisoria para sus individuos, en potencia propinqua de ascender o descender a los otros grupos. El carácter político que se le atribuye es el de mediador en las discrepancias difíciles; contribuyendo con frecuencia el triunfo a aquél por el cual se decide.

Hemos ensayado la descripción de las diversas circunstancias en las que se han constituido las grupos varios de una estructura social. El proceso puede ser artificial, pero ellos devienen en clases sociales únicamente, cuando se estabilizan por el largo tiempo de vivir iguales intereses y valores, que se traducen en tendencias, usos y costumbres. De donde nacen una psicología compartida y gradas de emoción comunes. La reacción a cada estímulo, es la medida de esas semejanzas.

Aislados y de escasa solidaridad sus componentes en la existencia diaria, demuestran la comunidad de sus destinos en épocas de crisis, sobre toda cuando sus privilegios se hallan en peligro. Por eso sin intervenir aparentemente en lo político —función de los partidos— son dueños de grandes influencias en ella y a su medida se califica la importancia de cada cual.

El sustratum y sustancia de su tradición se van formando a través del tiempo: por el carácter de los hábitos sociales que emplean; por la ocupación a que se dedican; por los intereses que los unen; por el caudal de riqueza de que disponen. Todos estos factores o algunos de ellos se han presentado en la historia acompañando a las clases sociales, o se han hecho valer por sus intérpretes para calificar la que es el resultado de los mismos: los signos temperamentales, cuyo trabajo oculto determina formas de ser o hacer casi invencibles por el sujeto. Pero aquel definir por uno cuantas causas el complejo resultado, es inducirnos a error.

Algún examen de las elementos realizaremos en páginas posteriores. Pero con insistencia nos toca subrayar, que es deficiente en extremo la clasificación en los tres categorías mencionadas, y sobre todo por el mero caudal de riqueza poseída. Cada cultura etnológica y época histórico han forjado sus propios métodos de aplicación, y el mundo ha visto jerarquizaciones múltiples en atributos, en contenido y en pujanza.

Pero no es sólo eso, sino que dentro de nuestro propio cultivo —de raíz y descendencia greco-latina— no creo insustituible ni permanente el arreglo de las clases sociales o que nos hallamos acostumbrados, en términos de que, o hayan de soportarse los peligros que mantienen, o deba desterrárselos o destruirselas. En el futuro cabe la modificación como en el pasado se dieron casos numerosos de ordenamientos distintos. Podremos acostumbrarnos a ver —yo lo espero— a semejantes grupos, no en perspectiva vertical, sino en una horizontal distribución, como mosaico de realizaciones. La vida matizada y dirigida por inspiraciones muy variadas, pero no contradictorias ni opuestas, sino concurrentes.

El posado latino nos presenta por ejemplo, datos distintos de los actuales: o través de la mayor parte de su historia no se descubre, con propiedad, sino dos grupos rivales disputándose lo mismo el poder que la influencia: el patriciado y la plebe. No hay una clase medio entre ellos.

Desde el momento en que los plebeyos defraudados en sus esperanzas y promesas que les hiciera el Senado para lanzarlos contra los enemigos exteriores, resuelven abandonar la ciudad para fundar en el Monte Sacro otra de exclusiva integración suya, hasta las batallas enconadas de Mario y Sylla, los actores en el drama de la Ciudad Eterna fueron los dos, constituyendo los demás las comparsas de auxiliares.

Para la clase senatorial, sus adeptos, entre los que podemos contar aquel conjunto de personas vinculados a su causa por la clientela o por la gentilidad: esta especie de parentesco civil —que a tal conclusión parece haberse llegado, después de complicadas discusiones sobre la materia— que en nuestro lenguaje llamaríamos patronato. La plebe en sus reivindicaciones tuvo a veces el concurso —o se sumó a ello— del grupo de seres humanos que no eran hombres, los esclavos.

El Foro, recinto suntuoso de la vida pública latina, decorado con toda la magnificencia de que fue capaz su arquitectura, vió llegar a los ilustres patricios de los más antiguas familias, acompañados de cortejos inmensos de clientes y agnados; no con mero propósito de ostentación, sino para terciar en la lucha que la tuvieron de sangre con frecuencia.

Los plebeyos han de recurrir a sus propias fuerzas o a la alianza con las ciudades dominadas y desprovistas de derechos, que los reclamaban. A menos de unirse a inesperadas contingentes de esclavos.

Los perfiles borrosos de una clase medio —con atributos sociales y políticos— sólo se vislumbran hacia la época del Imperio, cuando el desarrollo de la industria, comercio y navegación, permitieron las grandes fortunas, las que no recaerían en manos senatoriales, por estarles prohibido aquellos tráficos. Eso plutocracia que conquistó el dominio económico, no pudo colocarse sin embargo en la primera categoría política.

La rígida noción de clases cerradas o semi-impermeables, recuerda la inmovilidad teórica de las castas, a que nos acostumbramos la mayor parte de los expositores, necesita de igual modo atenta revisión.

Las clases son mallas abiertas, antes que compactos tejidos, y por ellas circulan de continuo hombres que suben y bajan, en particular en las épocas de transformación revolucionaria o de intensa inquietud, en que todos los ciudadanos abandonan su sitio simulando cambios fundamentales. Ciertamente no se adaptarán desde luego al nuevo medio psicológico en que actúan; pero es así mismo verdad, que son los defensores más tenaces de los respectivos privilegios.

En fin, no es verdad para todos los casos, que las tres clases descritas graviten las unas sobre las otras, recibiendo las elevadas de las inferiores los elementos de su prosperidad, de modo que la última sea la que soporta el peso íntegro del edificio.

No sólo que la jerarquización se ha efectuado en términos mudables, sino que en numerosas circunstancias los tres grupos han recibido su sustento y los elementos de su riqueza de otro grupo, aparte y fuera de los calificados como clases sociales, al que me permito denominarla el **grupo marginal**. Ha aparecido en plenitud el parasitismo que ya hemos visto ensayado en las repúblicas de hormigos.

CAPITULO CUARTO

SOLO LOS GRUPOS INFLUYENTES EN LA POLITICA SON TOMADOS EN CUENTA PARA LA DETERMINACION DE LAS CLASES SOCIALES

Quienes estudian las afirmaciones de los escritores sobre política de la antigüedad, aprecian desde el primer momento que al tratarse de la estructura social del Estado, no para determinar sólo sus actividades políticas sino de todo orden, no se refieren a la integridad de los habitantes de un territorio, sino únicamente a aquéllas que son ciudadanos y libres; quedando en consecuencia excluidos, a más de los extranjeros, cuantos se hallaban sometidos o la esclavitud. De ahí que las democracias griegas y romanas se encuentren tan lejos de nuestros conceptos y prácticas democráticas.

Cuando Aristóteles y Cicerón hablan de la política entre helenos y latinos, de la composición del gobierno en esos países, de las fuerzas que la sustentan, de los vicios y virtudes de la República, de los grupos que intervienen en las públicas manifestaciones y de los formas adecuadas de administración para obtener la tranquilidad y el asentimiento por parte de los gobernados, se están refiriendo a los hombres libres de la respectiva patria, con absoluto prescindencia de los demás: los esclavos, son removientes en el patrimonio del amo; los peregrinos, si ejercen alguna facultad o derecho, es por intermedio del patrono y, en cierto sentido, como un desprendimiento de parte de los atributos de éste. He ahí cómo legiones innumerables de seres hu-

manos no son tomadas en cuenta dentro del respectivo arreglo social. Cuando a los esclavos se hacía referencia, era para señalar que las costumbres o la economía habían venido a menos por la ingerencia de esos factores extraños a la correcta marcha ciudadana.

Pero no son casos aislados ni transitorios en la historia los de esos exclusiones, antes se repiten con una prodigalidad asombrosa, dando la medida de los sentimientos parasitarios en el hombre.

En la mayoría de los pueblos —antes de la evolución europea de los últimos siglos, caracterizada por la tendencia a la plenitud de integración humana dentro del Estado— junto a los grupos influyentes en el vivir político y en la conducta del gobierno, se descubría la existencia de otros, carentes de medios cualesquiera para ser oídos en sus reclamaciones e intervenir en los asuntos generales. Hace falta en esas costumbres algún patrocinio implorado o tomado, para que hasta los poderes públicos llegue una voz omíga que solicite para ellos.

Así ha concordado con su apoliticismo, lo falto de consideración social y una economía tan dependiente, que apenas se atribuía a sus miembros, por benevolencia, la facultad de vivir. El legislador romano sintetizaría, fiera pero elocuentemente, su posición social al decir que les pertenece aquellos derechos "que la naturaleza ha impuesto a todos los animales", o sea, el ejercicio único de los instintos. La servidumbre de la gleba en Europa, la encomienda, y luego, el concertoje en las tierras americanas, tuvieron su símbolo manifiesto de esa degradación humana, al arraigar al trabajador del campo en tal forma al suelo de su cultivo, que en cualquier transacción o negocio sobre un fundo, se contaban las familias campesinas para calcular el precio de la transacción. De modo que el hombre venía a ser un accesorio del suelo, no de mayor calidad que los otros semovientes o los árboles.

Con todo, conceptúo los caracteres típicos más impresionantes, en el orden de referencias a que nos dedicamos —y que dan un aspecto casi heteromorfo a la sociedad— la ordenación de las castas indostánicas que fijó condiciones inmutables para cada una y prácticas profesionales prescritas. Las bráhamanes debían vivir por y para el culto, eran sacerdotes de nacimiento; los shatris tendrían por misión permanente la defensa de la **colonia**, eran guerreros; y los boycias, artesanos. El instinto colectivista parece presidirlo. Pero aparte de esos grupos, cuya situación estaba reglamentada, señalándoles potestades y derechos protegidos por la ley, existían seres impuros, rechazados de la comunidad, fuero del comercio con los demás hombres, y muy por debajo de muchos animales. Si el legislador se preocupaba de ellos era para sancionar su aislamiento. Se trataba de los antiguos pob'adres del suelo, vencidos y sometidos a la discreción del vencedor, los pratadavidichos que se convirtieron en parias; para quienes estaba prohibido que se les extendiera una mano amiga.

A esos grupos de gentes desposeídos de todo, maltrotados y heridos en su dignidad de hombres (si alguna conservan) son a los que designo como **grupos marginales**: porque viviendo centro de cierto territorio y sociedad políticas, y materialmente unidos a determinada población ciudadana, no participan en la lucha ni en los esfuerzos que comportan los intereses nacionales; ya que privados de los facultades que corresponden al ciudadano —derechos de elegir y de ser elegido— sin voz ni voto en las decisiones ni ampara de ningún género, han matado en ellas cualquier entusiasmo o emoción patriótica. Si algún derecho de naturaleza privado se les reconoce, es en límites mezquinos y con escasa protección. En lo que participan con exceso es en aportar los cargos económicos de la sociedad junto a la que viven, siendo a veces el único elemento productor.

Es el parasitismo en granda escala y con inusitado rigor.

La evolución lenta y continuada del proceso romano hacia el establecimiento del organismo de su ciudad-estado, comienza por agrupar en el interior del recinto escogido, o los poters-familia. Afincamiento, más de intención y jurídico, que material y de hecho; pues que si bien se les señala y aseguro un domicilio ciudadano a los confederados, no se les impone ni exige habitual permanencia en él. Continuando en sus rústicas viviendas acudirían cada vez que se los convoque poro decidir los negocios públicos; o por propio dictamen, para ejercitar los derechos que en su condición de ciudadanos domiciliados les pertenecía. La comodidad y el beneficio poro la defensa los arraigaría después en el lugar de manero permanente.

De ahí podemos deducir que Roma fue en sus primeros siglos una especie de confederación de familias, representados en la político por los jefes de las respectivos casas. Confederación que o través del tiempo viene sustrayendo parte considerable de sus potestades al padre de familia.

Pero pronto sin embargo ingresan a la ciudad y se vinculan o ella otros elementos, que no siendo cabezas de familia, o en caso de serlo, no perteneciendo a las primitivas ni hallándose unidos a ellos por vínculo de parentesco; se encontraron sin ubicación precisa dentro del organismo político y dispuesto por lo mismo a participar en cualquier agitación para alcanzarla. Reclamaron poro sí la ciudadanía y la obtuvieron, pero con atributos jurídicos muy mermados y deficientemente protegidos. Es el núcleo en torno del cual se condensará el grupo plebeyo transformado posteriormente en la clase rival del patriciado.

Por otra parte, un movimiento simbiótico de grandes proporciones, hizo que gente sin influencia, buscara la sombra y amparo de algún patricio para poder subsistir. Son a la manera de adictos a la casa, allegados o ello, que, útiles para los domésticos intereses, reciben en compensación su apoyo y ante todo, los beneficios del derecho, como prolongación participante. Adquieren uno especie de parentesco civil, la gentilidad. A esto parecen haber llegado los investigadores, después de larga discusión.

Por fin, se completa la población libre de la Ciudad Eterna con el concurso de los clientes: sujetas patrocinados por un ciudadano y que siendo extranjeros, no podían acogerse a ningún parentesco, por ficticia que fuere; pero que pagando el potronoto gozaba de los beneficios que de él se desprendían.

Tenemos, por consiguiente, como clases rivales entre las que se ha de entablar la lucha por la influencia en el gobierno, desde el tiempo de los Reyes, las siguientes: la de los patricios, o sea, la de la aristocracia tradicional, la vieja estirpe; y la de los plebeyos, de reciente incorporación política. Los primeros, defendiendo con firmeza sus prerrogativas; los segundos, reclamando una parte de ellas. Los demás hombres libres: o eran extraños a la ciudad, que no los incluía en sus cuadros, y sólo les ofrecía aquello que el patrón les otorgaba; o se habían incorporado a la familia formando parte de ella, como familia civil.

En horas de gran peligro, los representantes del patriciado prometían sin reservas, para abligar a la plebe a combatir contra los enemigos de la patria. Pero luego olvidadas las promesas marcíbanse cada vez más honda las oposiciones. Por eso, en protesta contra esperanzas una y otra vez incumplidas, se produjo aquel gran movimiento por el cual resuelven los perjudicados abandonar el recinto ciudadano, para ir a levantar sólo para ellos una nueva ciudad, en el denominado Monte Sacro. El hecho tuvo grandes consecuencias, porque luego de discutirse y pactarse sobre las relaciones recíprocas de las dos clases, la plebe boja como Moisés del Sinaí, portando las Doce Tablas. Iniciación legal de las conquistas que irán ampliándose o medido de las victorias sucesivas.

Los dos rivales contarán en sus batallas con sus aliados:

Yo conocemos la calidad de los aliados de la aristocracia: están unidos a ella por la gentilidad o por la clientela. Participan en los resultados de sus triunfos o de sus derrotas.

A la plebe apoyaron con frecuencia los ciudadanos de los ciudades dependientes de Roma, que reclamaban paridad con los quirites; y cuando se despierta la conciencia humana entre esos infro-hombres, que fueron las esclavas, tuvieron en ellos su res-

paído. Nunca se vió exaltación tan ferviente en este grupo de seres, ni mayor denuedo en el sacrificio de sus vidas, que en la gran revolución conducida por Espartaco. Pero fueron muy esporádicos esos brotes, el esclavo no se sentía hombre ni había quien defiende su calidad de tal.

Es éste el gran contingente de población al que ya señalé, dentro de la estructura latina, como grupo marginal. No vive en sí ni para sí, sino en la órbita del amc. Se las recoge en el campo de batalla, entre las prisiones de guerra, haciéndoles merced de la existencia física, para explotarlos como instrumento del dueño en cumplir sus más variadas satisfacciones: desde ser el cortejo en la marcha ostentoso del señor por las calles de la urbe; hasta toda clase de trabajo, dentro y fuera de Roma, en los menesteres campesinos.

Entre ellos se reclutaron los gladiadores y combatientes con los fieros del circo, para regocijo de los hombres libres; los portadores de literas y quienes los acompañaban con antorchas en las excursiones nocturnas, con peligro de ser, para cada uno, su último viaje por los reyertas inacabables entre jefes de familias rivales. Hasta en su pastre vanidad el ciudadano se servía de sus esclavos, pues quienes no tenían deudos que le acompañaran a su inhumación, manumitían o los esclavos para tener cortejo funerario de hombres libres.

Vuelvo a mantener que, en rigor, la clase media no se estructura durante la República, si bien hacia sus finales cabe distinguirse los elementos de las que podría proceder.

Es necesario que llegue el gran florecimiento de la industria y el comercio, al que asistimos en los primeros tiempos del Imperio, para que se perfila en esta constitución social la tercera clase, la que puede denominarse por su influencia política, la clase media; cuya total evolución no se a dónde los habría conducido, sin el corte violento que le dio la invasión bárbara.

Pero veamos los síntomas de semejante aparecer:

Las grandes conquistas realizadas en todo el mundo conocido, por los generales romanos, y la incorporación de los destinos del vencido o las del triunfador, habían permitido una momentánea paz, aun cuando relativa, entre los pueblos, quienes, bajo la dirección o con el benepácito romana, dedicaban sus esfuerzos a la prosperidad económica y a un más elevado nivel de satisfacciones, incluso los goces que proporciona el lujo.

Las industrias —en tan vastos dominios— se acrecientan al compás de numerosos estímulos que las salicitan: ante todo, por el conocimiento de la producción mundial en las varias ramas útiles al hambre; después, con la posibilidad de extenso intercambio de tales productos, a causa de que los mercados romanos son al mismo tiempo nacionales e internacionales: nacionales, porque se encuentran dentro de los límites del Imperio; e internacionales, porque las patrias incorporadas han conservado su fisonomía económica —brevemente alterada por los prescripciones imperiales— y recursos propios. Y luego, con el impulso dado y adquirido por el comercio: poderoso estímulo de riesgo y aventura.

La industria doméstica se fortifica y prospera, por lo mayor: sollicitación de los objetos fabricados. Pero el ritmo creciente de ésta, ha hecho surgir a su vez el artesanado: con el maestro de talleres y dos o tres aprendices que le acompañan, tomados entre los esclavos, libertos e, incluso, hombres libres. No escatiman los autores sus alabanzas para este artesanado laborioso. Pero quizá habría satisfecho las necesidades si sólo se las atendiera a las de la respectiva ciudad; mas, he dicho el aspecto internacional de la distribución, el que condujo al establecimiento de empresas de magnitud, tanto que hay autores modernos que califican a este período latino de régimen capitalista. Generalización excesiva, pues si en mucho se asemeja al que conocemos ahora con tal nombre, hay bastante que los distingue. Acaso habría llegado a resultados equivalentes, pero no los alcanzó, porque fue truncado.

Lo cierto es que grandes industrias podemos señalar en esa época. Séannos suficientes estos recuerdos: el notable maestro en vidriería, Fortin, empleaba a cientos de trabajadores en sus talleres y había establecido sucursales o corresponsalías en varias plazas; el fabricante de lámparas, Fortis, tenía una extensa distribución de los suyos, en apartadas zonas; y el ceramista gala, Pistillo, cuyos artefactos fueron tan apreciados, que se los encuentran en muy diversas comarcas del Imperio. Para ello eran indispensables vías de comunicación extensas, y las realizaron los romanos.

La Ciudad de los Césares tuvo que emprender en grande escala la construcción de caminos, principalmente por necesidades de la defensa del territorio adquirido y la vigilancia necesaria de su administración: por eso estabiliza los anchas calzadas, que desafiaron a los siglos, y menores senderos de desvío, en complicada red. También utilizará las vías naturales: las constituidas por los anchos ríos de Europa y las que el mar ofrece al navegante.

Ese lago azul encerrado entre diversos territorios romanos, el Mediterráneo —Mare Nostrum—, es atravesado de continuo por embarcaciones cargadas de todo clase de géneros, con que contribuirían a la opulencia de la Ciudad Eterna, los más alejados rincones de sus dominios. No son los grandes escuadras de triremes equipadas para la conquista ni sólo el navío de lujo con velas de púrpura, los que ven navegar las sirenas; son los barcos cargados de objetos útiles al hombre, que del un extremo al otro los transportan, derramando la abundancia en todas partes. De las Columnas de Hércules al Ponto Euxinio, era una actividad febril, colorido y agitada.

A los regodeos de los poderosos señores del mundo debían contribuir todos: sus suntuosas moradas se levantarían con mármoles venidos de apartadas tierras; de sus vasos de alabastro los proveerá la Arabia, lo mismo que del incienso y la mirra, las especias y las piedras preciosas; del marfil y el ébano, para los triclineos, la India misteriosa; de los comarcas del Gran Mogol les llegarán las sedas finísimas y de los puertos fenicios la púr-

pura para sus trajes; desde las orillas del Báltico y la Germania, el ámbar y las esclavas. Las mesas de sus banquetes debían estar cargadas de los volátiles más extraños y desconocidos; de los peces que se pescan en muy recónditos mares y de las frutas arrancadas a árboles de quimera.

Naturalmente dió empuje sin parecida a la industria de la navegación. Los armadores fueron fastuosísimos representantes de esa prosperidad; pues concurría en ellas la doble condición, la de las industriales y de las comerciantes: porque fabricaban sus buques y en ellos transportaban sus mercancías. Se contó entre los mayores a un liberto.

Tan pingües ganancias excitó la codicia imperial y los **navicularii marini** (colegio de los armadores) que hasta el tiempo de los Antoninas fue libre y de asociación particular, se transformó en público servicio con reglamentos y control del Estado.

Es interesante anotar el inmensa empeño cooperativista desarrollada en torno de los oficios florecientes en Roma. En cada rama reuníanse y organizábanse en **collegia**, pero con una superabundancia y subdivisión entre los empleos, que sorprende. Demos un ejemplo, de los menos complicados, el de los grupos textiles, con asociaciones numerosas: los bataneros, **fullones**; obreros laneros, **lancarii**; en telas de lino, **linarii**; fabricantes de mantos y capas, **sagarii**; sastres, **vestiarii**; tintoreros en púrpura, **purpurarii**. Tan diversificada estructura social tenían por objeto la defensa de los intereses de los asociados. Esos multiplicidad y matización varía de los oficios, que parecían destinadas a un colectivismo autónomo; conviértense en el Bajo Imperio y por la presión del desastre económica superviniente, en una red oficial de compromisos y deberes.

He aquí cómo nacía y se preparaba o intervenir la clase media, aquella que ocupar debió su sitio, entre la aristocracia senatorial y la plebe. La clase aristocrática, dueña del poder y la influencia política, pero privada de intervenir en los lucrativos negocios de la industria y el comercio, por considerárselos contrarios a su dignidad; la plebe, dispuesta a vivir de los recursos extranjeros, alimentándose del trigo que el Africa enviaba,

y llenando sus ocios con la áspero diversión del circo. Ante la imposibilidad de las dos crecía pujante la clase media, en cuyas manos depositaban la industria y el comercio, sus opulentos caudales, sobre toda desde que la tierra venía a menos como instrumento de producción, por la competencia de los productos naturales de las Provincias.

En apreciación etnográfica, coinciden estos cambios, con el crecimiento en prestigio de hombres de fuera de la Ciudad Eterna. La mayor parte de los armadores, en cuyos manos se acumularon riquezas ingentes, fueron españoles, africanos y galorromanos. Un senado-consulta permitió a Lucilio Africano, celebrar, dos veces al mes, en su propia finca, las **mundinae** (mercadas extraordinarias) de muy crecidas rendimientos.

Entre los capitalistas de enormes posibilidades podemos contar al banquero y armador, que hizo préstamos exorbitantes a gran número de ciudades, Rubirio Postumio. El cual no es de la clase senatorial.

El grupo de los acaudalados, por consiguiente, no corresponde a la aristocracia, sino a esa especie de clase media en formación en que se han concentrado residuos de otros grupos (menos el de la nobleza), pero defender sus conquistas ciudadanas e influir en el gobierno.

Dentro del propósito especial de este capítulo, es apartuno referirme a una peculiar condición social, que aparece en el Bajo Imperio y va creciendo en términos alarmantes. Hago alusión al colonato, que es una especie nueva de grupo marginal, producto de numerosas violencias.

La economía romana que había ido aumentando con grande empuje, alcanza su plenitud de riqueza y esplendor en tiempo de los Antoninos. Pero inmediatamente de su cenit, viene el derrumbe y la catástrofe precipitada. ¿Cómo explicar tal desenlace? Las principales causas, a mi parecer, son las siguientes:

Una espantable convulsión que amenaza a los pueblos, del uno al otro extremo del mundo conocido. Son los bárbaros blancos que han perdido todo temor a las armas latinas y codician los esplendores del imperio, los que se lanzan en concertada invasión sobre las provincias romanas.

Esas amenazas y ataques diariamente renovados, hacían que los campesinos abandonaran sus tierras, para refugiarse al amparo de las ciudades.

Pero no se habría explicado ese éxodo, en las proporciones que se dió, por obra de esas solas amenazas, sin otros varios motivos concurrentes:

En el orden guerrero, se sumaba, empeorando el panorama, la lucha o muerte que se hacían los diversos aspirantes al poder, con marchas y contramarchas de vencederos y vencidos. Los que siempre perdieron fueron los campesinos.

Y en orden a la economía rural, la circunstancia de que el suelo del campesino libre ya no rendía lo suficiente para estimular su trabajo, por los siguientes motivos: a) Porque los grandes fundos (latifundios) provistos para su laboreo de numerosos esclavos, casi no tenían costo de explotación, pues el sostenimiento del esclavo era de muy bajo precio; y, b) porque o eso competencia se sumó, y todavía derrotó, lo procedente de los suelos conquistados que remitían sus productos al conquistador.

De manera que lo causó más grave fue acoso la inseguridad del campesino y sus cosechas, por las maniobras guerreras; siguiéndolos en gravedad las económicos.

De varios medios ingeniáronse servirse los Emperadores para disminuir los riesgos, pudiendo enumerarse entre ellos los siguientes: a) Los reglamentos, que venían de bastante atrás, por los cuales se señalaron zonas para determinadas cultivos, prohibiéndoselos en otros; b) La concesión de préstamos en número para los trabajadores del campo; c) El control de precios para las subsistencias; siendo las de mayor peligro las dos siguientes: d) La obligación de incorporarse todo ciudadano al colegio de la profesión o que pertenecía, cuyo funcionamiento además se convirtió en una especie de actividad oficial; y, e) La

transformación del antiguo colonato —que fue una especie de contrato intermedio entre lo aparcería y el arrendamiento del suelo, pues se pagaba parte en dinero y parte en productos (contándose entre ellos las mejoras convenidas) e incluso en prestaciones personales— en una vinculación estrecha e irrompible del cultivador con la parcela que cultivo: el colono sirviendo a la tierra, atado a ella sin poderse alejar por ningún motivo.

El estudio de esta nueva esclavitud, de caracteres quizá más graves que lo antiguo, tiene singular importancia, porque se prolonga a través de lo Edad Medio, y es con lo encomienda, factor capitalísimo que el Bajo Imperio entrega a la conformación feudal.

El colonato representa el alejamiento de los cuadros de la vida civil, de otro contingente que irá a constituir nuevo **grupo marginal**, de mis explicaciones.

Varios otros remedios se ensayaron, para evitar el hundimiento de una economía amenazada por causas no sólo económicas; pero todos sin resultado.

Sería inconcebible el derrumbamiento casi vertical de la economía de un próspero imperio, sin la concurrencia de las ofensivas circunstancias políticas que se abatieron sobre él. Sin las rivalidades internas de los postulantes al poder, que desencadenaron guerras de exterminio y el amago de la invasión por los distintos frentes, no se habría dado las consecuencias de miseria mencionados.

Con los apuntes precedentes del suceso romano, creo haber demostrado: 1º Que la tercera clase social, o sea la clase media, apenas empezaba a estructurarse en tiempo del Imperio, cuando fue detenida en su desenvolvimiento por los sucesos cuyo recuento he hecho; 2º Que en esta clase se agruparon condiciones económicas muy dispares, desde los más pudientes capitalistas que concentraron en sus manos los instrumentos mayores de la producción, hasta quienes vivían del trabajo diario de

sus manos; 3º Por lo tanto, que las tres categorías sociales no se fundaban, preferentemente, en la cuantía de sus recursos económicos, sino en la naturaleza de sus actividades y su influencia en el gobierno; 4º Que existieran en la Ciudad Eterna, primero uno, después dos grupos de hombres sin ninguna influencia, constituyendo los grupos marginales de mi clasificación.

La invasión bárbara al Imperio Romano nos trae consigo el conflicto feudal y la constitución propia de la Edad Media. Mas ¿en qué forma?

El resultado no es el inmediato sino que fue la finalización de un proceso de constante **lucha** —no siempre cruenta— entre vencedores y vencidos. Representaban dos temperamentos sociales en acción y dos historias. Los de tipo germano, sustentándose sobre la importancia de la vecindad y la jerarquía militar; y los romanos, de conquistas ciudadanas, marginados por los deberes de familia, y de las luchas clasistas por el poder, por lo tanto, hasta cierto punto, de índole democrática. Mientras las arreglos germanos fueron de contextura autócrata, por su fin y objeto.

Entonces se sitúan frente a frente dos comunidades, que representando opuestas tendencias, están sin embargo obligadas a participar en una colectividad política.

Los restos del abatido Estado romano en las provincias, se fragmentan en ciudades, que conservan de la antiguo ciertos elementos urbanos y algunas autoridades municipales. Sobre toda las permanencias se dan en aquéllas que fueron viejas localidades organizadas por elementos latinos, según sucedía en el sur de las Galias.

El invasar, por su parte, levanta y fortifica su morado en el campo, donde se rodea de sus campañeros de armas y servidores, en vigilante espera del enemigo. Nidos de halcones se han

dicho de los riscos que sustentaban los castillos feudales, y tenían razón, pues cual aves de rapiña abandonaban sus murallas para caer sobre una indefensa población, un castillo de menor resistencia o en los templos cargados de joyas valiosas.

El campesinado temeroso, no tenía otro refugio que acogerse al alero de la fortaleza de algún fuerte campeón. De ahí las aldeas que al pie del castillo se acurrucan reconociendo el poderío feudal y reclamando su amparo.

La maquinaria administrativa romana, desmontado con violencia por obra de la invasión, tenía que dejar y dejó fragmentos sueltos en los vastos territorios adquiridos. No era de esperarse que todo se hundiera o volara en pedruzcos, ni fue ése el intento de los vencedores. Muchos de éstos, por el contrario, se sentían sugestionados por la gloria y esplendor imperiales y habrían deseado restaurarlos en su beneficio.

Por otra parte, numerosas gentes adscritas al gobierno recibiendo con regocijo a los invasores, que venían, según ellos, a rectificar errores y depredaciones de la administración anterior. Vestidos de pontifical muchos Obispos salieron a las puertas de sus ciudades, para recibir al dueño de la victoria.

Por eso, dignidades eclesiásticas y legas vemos conservarse en manos de los vencidos, con algunos de las viejas prerrogativas y honores.

Cualquiera que lea la historia inmediata a la transformación, puede encontrar lista extensa de servidores de palacio de origen latino. Y como en el régimen de los germanos el servicio personal al jefe ennoblecía a quien lo prestaba, contemplamos aparecer junta a los grupos de terratenientes una nobleza administrativa, que propiamente llega a ser la alta burguesía, en la que se incorporaban algunos profesionales, constituyendo lo que vino a denominarse la aristocracia togada.

Después los oficios y las artesanías, agrupados en colegios, con el nombre medioeval de gildas, e influyendo en las decisiones del gobierno por medio de sus prebostes, en ciertas momentos históricos muy considerados y atendidos.

En fin, las gentes sin oficio ni beneficio, maleantes y agitadores en las grandes ciudades, o muy pobres que no ganaban la suficiente con su diario labor. En ocasiones se organizaban y eran gente de combate y de ingeniosos recursos.

Tenemos por consiguiente, en este período histórico: una aristocracia feudal, dividida en señoríos de mayor o menor extensión y poder; una burguesía compuesto de numerosos grados y situaciones; y la clase baja, artesanal.

Junto a cada una de ellas puede encontrarse los grupos de sus aliados políticos: al lado del feudalismo, las altas jerarquías eclesiásticas; marchando con el artesanado, los hombres carentes de recursos que buscaban su amparo en aquél. Sólo la burguesía se conservaba aislada, pero con virtud de apoyar a los unos o a los otros, decidiendo con frecuencia del triunfo.

El colono, de los últimos tiempos del Imperio, se conserva en el nuevo régimen, convertido en la clase marginal de la Edad Media: la de los siervos de la gleba. Trabajadores que sufren casi todo el peso económico de las superestructuras que los aplastan, en medio de la mayor indigencia.

Si buscáramos causas y efectos para la constitución feudal, cabríanos encontrar los siguientes: la lucha y la victoria, señalando vencedores y vencidos, ha calificado categorías, que o la larga se resolverán en clases sociales. Como consecuencia del triunfo, quienes lo obtuvieron, se apoderaron también de gran parte de las tierras ocupadas, distribuyéndosela entre ellos y conquistando el poderío económico.

Sería extenderse demasiado penetrar en el análisis de las transformaciones ocurridas, al comenzar la Edad de los Nacionalidades; pero sí debo indicar —por las consecuencias que posteriormente arrancaré— la indiscutible influencia que tuvo, para la organización centralista del Estado, la alianza de los Monarcas con la clase media para someter la insolencia de los grandes señores. Los Reyes Católicos en España, pactan con los comuneros, confiriéndoles amplísimas facultades; en Barcelona esta clase es muy pujante y conserva sus arrestos por mucha mayor

tiempo que entre los castellanos; Luis XI en Francia se apoya en la gran burguesía para sojuzgar la independencia feudal.

En esas condiciones se encontraba Europa, cuando se produjo el hecho de mayor trascendencia universal de todos los tiempos, el descubrimiento de América.



CAPITULO QUINTO

LA CONDICION DEL INDIO EN LOS PAISES INDOAMERICANOS

1º—Las circunstancias históricas en las que se realiza el descubrimiento de América.

La condición feudal del suelo cuyo dominio se ha atribuído al Soberano como resultado de la conquista, fue en la Europa de la Primera Edad Medio de un tipo muy alejado de la plenitud de goce y disfrute del sistema quirritario. Si algo tuvo de romano fue de aquél que se presenta en el Bajo Imperio con las recomendaciones, o seo, la protección implorada por un propietario débil a un poderoso señor para la defensa del fundo amenazado. El dominio posaba o quien era capaz de mantenerla por la fuerza, quedando el uso y disfrute para el recomendante mediante el pago de las prestaciones convenidas.

Ese reglamento de los bienes raíces, del título y señoría en unos monos y el disfrute en otras, pagándolo, es la esencia del arreglo feudal de tales pertenencias. Procede de ahí y en él se engendra el régimen de subordinación de las personas y su jerarquía que son de propietarios y beneficiarios, no de hombres. Si bien ha venido a mezclarse y confundirse con ciertos atributos jurídicos latinos.

El Jefe de las milicias armadas al conquistar el suelo de Roma con sus compañeros bárbaros, se constituyó en dueño del mismo por derecho de despojo y la distribuyó entre sus próximos

auxiliares, pero no en condición de propiedad sino de usufructo, con el reconocimiento por parte de éstos de determinadas obligaciones. Una especie de pacto daba origen a la relación y se hallaba prescrito en términos simbólicos: a la investidura, con la rama y terrón que la representaban, el beneficiario debía responder prestando dos juramentos, el de homenaje y el de fidelidad. Estableciase de ese modo el vasallaje, y el deber de asistencia económica y personal al Señor en las circunstancias más importantes de la vida, cuando las necesidades crecían para el feudalista, a consecuencia de una guerra o si había de dotar a sus hijos.

De tal manera materializados y concretos eran esos pactos y los auxilios prestados respondían al beneficio de las tierras entregadas, que para su vigencia debían renovarse cada vez que un nuevo Monarca ascendía al trono. El procedimiento jurídico descrito practicase con rigor en solemnes ceremonias en los primeros tiempos, pero poco a poco perdieron solemnidad y vigencia.

Las atribuciones y costumbres regios fueron imitadas por potestades inferiores, a medida del firme establecimiento en sus manos del derecho de disponer del suelo. Los beneficiarios de inmensos campos de cultivo, incapaces o no dispuestos a trabajarlos por sí o por medio de sus colonos, las entregaban a feudatarios inferiores, comprometidos con él en vasallaje. Corto fue el espacio de campo conservado en directa administración por los feudatarios mayores, y se lo llamó **indominitato**.

Por el medio indicado las categorías feudales se enriquecieron con gran número de Señoríos, tanto más firmes en su sometimiento cuanto más próximos se encontraban; diluyéndose por el contrario en la distancia la eficacia de la sumisión.

Confiéndole muchos de los nuevos atributos jurídicos se había conservado la recomendación entre los bárbaros. Tal vez principalmente practicada por aquellos ilustres romanos, entre quienes los nuevos amos distribuyeron un tercio de las comarcas conquistadas. Su posición debió ser difícil ante la presión de los

grandes feudolistas y tuvieron que recomendarse a alguno de ellos para la salvación.

También el colonato, de conformación romana del Baja Imperia, subsiste con su rigidez y aún exagerándolo, por dar origen al siervo de la gleba, o lo que es lo mismo, al arraigo del trabajador al suelo para servirlo, pese al fracaso del sistema entre los latinos para detener el hundimiento de su economía. Parasitismo de mayores extremas que aquél que somete en forma directa el hambre al hambre, pero muy de acuerdo con el nuevo sentido de la propiedad y su aprovechamiento.

Aquel sistema feudal ha venido modificándose en sustanciales partes a medida del tiempo y la importancia que iban conquistando ciertos feudatarios, enriquecidos con las despojos de otros, o por alianzas de familia o por sucesivas herencias.

Se ha perdido lo costumbre de la renovación y entrega simbólica del feudo al vasallo, emanada desde lo cumbre de la Monarquía hasta el hidalgo más pobre; en correspondencia desaparece el doble juramento o que se hizo referencia antes. Apenas subsiste uno de ellos, pero convertido en promesa de sumisión no en pacto de mutuas garantías.

El tiempo ha ido consolidando la idea de una propiedad efectiva en el patrimonio del concesionario, no sólo con la plenitud romana del dominio sino exagerándola, porque a ello se agregaba la calidad pública de feudo y jurisdicción. La soberanía viene a ser así un título de prepotencia no de majestad, reclamada con audacia por todo feudolista que se sentía lo suficiente poderoso para enfrentar al Rey. De ahí la jactancia de un grande de España, que los historiadores recuerdan con frecuencia, quien le recordó al Monarca: Cada uno de Nos igual a Vos y unidos superiores a Vos.

La lucha de fines de la Edad Media, entre Reyes y vasallos, únicamente alcanzó a recaudar la soberanía no el dominio; si

bien no fue todo perdido y en el fondo quedaban vestigios del pasado.

En la lucha entre la ciudad y el campo —que es el aspecto político de la batalla por la organización de los Reinos— se mantuvieron tierras sin señorío individual sino de propiedad, uso y goce comunales: como suelo de pastoreo o montes donde se recoge leña para el vecindario. Los Ejidos en Castilla eran numerosos.

En plenitud de esas transformaciones hallábanse los Reinos Ibéricos cuando se dió el hecho del descubrimiento de América y muchas de esas ideas debieron venir con sus exploradores. Sin embargo asistimos aquí a un retorno hacia elementos feudales desaparecidos en Europa como formas nuevas, y desde luego a la atribución al Monarca de las tierras conquistadas, como bienes patrimoniales adquiridos por ocupación a nombre suyo y ratificada mediante cédula de su real mano. La propiedad con el sentido estricto de dominio privado se la atribuía, de ahí el nombre de realengo con que se designaba a los inmuebles.

2º—Correspondencia entre el sistema feudal y los regímenes de los pueblos cultos de América, al tiempo de la conquista.

Entre las históricas coincidencias, son dignas de destacarse aquéllas que confirieron una fisonomía semi-feudal a las organizaciones de los pueblos cultos del Continente Americano al tiempo del descubrimiento; en particular si se las observo en los **calpullis** mexicanos y en los **ayllus** peruanos.

En una y otra Monarquía, pese a los diferentes grados en la evolución que representaban, se descubren residuos de elementos tradicionales debidos al establecimiento de una soberanía triunfante entre gentes vencidas y despojadas, con el apropiarse de su suelo y de sus bienes que pasan al Monarca, quien reparte los beneficios provenientes de ellas entre sus súbditos.

Sobre todo en el Perú se observan los caracteres en plena evidencia o por lo menos estuvieron vigentes en su integridad cuando los describieron los cronistas.

Existía el dominio incuestionable del Inca sobre todas las tierras y otros instrumentos de la producción; si bien el cultivo de aquéllos y el aprovechamiento de éstos se realizaba por el común del pueblo, a cuya carga corría el mantenimiento de las altas categorías sociales, de las jerarquías y servicios públicos, el auxilio acordado para quienes no eran aptos para el trabajo —niños, viudas y enfermas— y el propio sostenimiento y el de su familia. La estirpe regia y la nobleza, de su esfuerzo medraban; con el trabajo de la gente común se sustentaba el culto; los requerimientos tutelares para los débiles sobre sus hombros se depositaron.

Es hora de que se diga la verdad sobre el ton ponderado comunismo incásico, no exaltándolo en lo medido que se lo ha hecho ni deprimiéndolo con injusticia: analizándolo y valorándolo como hecho social de consecuencias múltiples para la historia de esas comarcas.

La gravitación, con toda su pesadumbre, de las unas clases sobre las otras; la propiedad del suelo en las exclusivas manos del Monarca, quien las administraba, daba o quitaba en usufructo, según su querer y por intermedio de los respectivos oficiales públicos; la marcada diferencia en trata y condición, entre quienes hacían el trabajo económicamente productivo y quienes lo aprovechaban en el mayor porcentaje: vuelve incongruente hablar de un comunismo, en cuyo idea va inscrita la propiedad de todas y no de alguna, y la justicia distributiva entre quienes producen. Era más bien un feudalismo manso y comprensivo, con tolerable explotación a las clases inferiores y cierto providente tutela regia respecto de ellas. Como en el Viejo Mundo, el parasitismo señorial como régimen de subsistencia, pero sin el desconocimiento completo de la calidad humana de los servidores, del régimen esclavista o las segregaciones de grupos marginales. Huba, por el contrario, notables matices simbióticos que suavizan la condición servil y deparan determinados beneficios para ella: con la defensa y la policía de los costumbres encomendadas al ejército y a los funcionarios administrativos; la provisión al pueblo por el Inca de lo que le hacía falta para sus urgentes nece-

sidades; los cacerías anuales para traer la lana de las vestidos y sobre todo los grandes despensas o depósitos de víveres, para prevenir la escasez en los años difíciles; y tan paternal tutela incluso vigilaba por el matrimonio de sus súbditos y la adecuada constitución de la familia, la higiene y la moralidad en las costumbres. Disciplina muy estrecha y rigurosa que jamás les permitió comprender las ventajas de la libertad.

En el propio sentido del concepto, no existieron verdaderas clases medias ni en el México de las Moctezuma ni en el Tahuantinsuyo: allá, la Carte Imperial poblada por una aristocracia guerrera, por fanáticos sacerdotes de un culto cruel y por opulentos mercaderes; y muy abajo, aquella especie de siervos de la gleba que trabajaban por la prosperidad del país, con directa sumisión al funda y siguiendo las vicisitudes de éste, a los que Zurita los designa con el nombre de **meyeques**. Si los prejuicios castellanos no han deformado los hechos, la semejanza es muy visible entre las relaciones de los propietarios del suelo —concesionarios del Manarca que llegaron a ser dueños— llamados **teccallec** con los **meyeques**, a los que ligaban al señor feudal con los colonos, trabajadores de sus campos. Eso en el sistema campesino de trabajo y cultivo; mientras el proletariado mexicano de la ciudad parece deba buscarse entre aquel grupo de familias que habitaban determinado cuartel ciudadano, formando el **calpulli**. Es de suma importancia apuntar tal sistema segregacionista de grupos de población en barrias propios, por cuanto pudieron ser los antecedentes inspiradores de ese como apéndice de las ciudades en América, canacido con el nombre de anejo.

Que los grupos privilegiados aztecas no se jerarquizaran entre sí sino que ocupan parejas situaciones, me parece evidente, si analizamos los datos históricos conservados. Vaya como ejemplo el siguiente: la dignidad y prestigio de los mercaderes eran tales, que la más reñida batalla entre ejércitos enemigos se suspendía, si una caravana de esas ábitras de la riqueza atravesaba la comarca.

Como aspectos dispares de la evolución feudalista en México y el Perú si las comparamos con el suceso europeo, tene-

mas que el Inca consolidó en bases firmísimos el centralismo monárquico, cuyos designios se cumplían con rigor en la extensa escala de sus súbditos, sea cual fuere su categoría: la propiedad se conservó en el dominio del Inca; no existen realmente grupos marginales o carentes de beneficios o influencia política. Mientras las tribus aztecas de reciente centralización en un gobierno común, con su llegada a Tenochtitlan, han establecido una débil Monarquía. Las tierras conquistadas se dividen en tres categorías: las de la nobleza, de tipo individual y que sólo pueden transferirse entre nobles; las que cumplen con el mantenimiento de los servicios públicos, del Rey y su Corte, del culto y sus servidores, de los empleados administrativos; y los propios inmuebles de comunidades, para el vulgo y sus necesidades. Por último, existían aquí los mayeques y los esclavos: aquéllos, con los caracteres antes descritos; éstos, constituidos en razón de deudas contraídas, de venta, de peno impuesto o de vencimiento en la guerra; los dos como grupos marginales evidentes.

Encuentran los españoles tierras no distribuidas ni en propiedad ni en usufructo, como los bosques y pastos de su patria, destinados al empleo y alivio de los necesitados de cada población.

También se puede señalar la existencia de la servidumbre personal, como parece fue el caso de los yonacunas en el Perú.

Hállase de manifiesto la diferente evolución que seguía el feudalismo incásico y el azteca, y cómo a través de sus diferencias quedaba no poco de sustancial del sistema europeo del mismo tipo.

3º—Del régimen colonial para el indio.

Son las descritos en el párrafo anterior, las circunstancias y coincidencias o los que se debe atribuir la facilidad con que se establecieron en estas tierras de la conquista, instituciones de evidente espíritu y contenido feudales. Los nativos pudieron considerarlos como de raíces profundos en sus costumbres, si bien con los modalidades indispensables impuestos por el do-

minio extranjero. Era fácil habituarlos a ellas. En primer término debemos mencionar la encomienda.

En los años inmediatamente posteriores al descubrimiento, no les interesó a los conquistadores distribuirse las tierras, pues el dominio al Rey de España pertenecía por una especie de ocupación de significado romano, realizado en nombre suyo y ratificado por el adquirente. Si los inmuebles eran de **realengo** (propiedad del Rey), trabajarlos para aprovechar sus frutos, no era la intención de los explotadores, sino vivir de ellos por mérito del trabajo ajeno. De ahí nació la encomienda.

Pero la encomienda feudal europea, que era sobre todo una garantía de disfrute de las tierras por el débil propietario, que a ese efecto había enajenado su dominio a cambio de la seguridad en el usufructo, no podía aplicarse a los suelos coloniales, pertenecientes al mayor de los feudolistas, al Rey, quien no pretendía enajenarlos sino disfrutarlos por medio de un administrador. Los recomendados entonces no serán las tierras sino sus cultivadores, débiles seres sumidos en la ignorancia, según el pensar de la época, pero tenía de común con las calidades feudales, que el trabajo lo efectuaba quien no era dueño ni asalariado de éste, en beneficio del propietario y del recaudador, a quien el Monarca designaba al efecto. La encomienda, antes que un derecho real vinculado al suelo, como la tradición romana la había forjado era un derecho personal sobre el trabajador. El encomendero no adquiría el fundo sino el derecho de explotar a esa especie de semovientes que lo beneficiaba.

Pero hemos visto condiciones semejantes regir en el cultivo de los campos americanos antes de Colón, a lo menos en cuanto a su forma externa o apariencia. (Ya nos hemos referido a los mayeques).

A través de la encomienda se implanta aquí, con escasas modificaciones en el resultado, el sistema europeo del colonato, cuyo significado íntimo para nosotros se ha de fortalecer en los años subsiguientes, cuando los Reyes reconsideren el sistema de las encomiendas y lo sustituyan con la donación del suelo provisto de extenso repartimiento de campesinos que lo cultiven.

Los cultivadores campesinos son en los comienzos los recomendados o cierto poderoso señor por el Monarca dueño de la tierra, quien ejerce sus derechos y recauda sus beneficios por manos del encomendero, tan rapaz y ávido como el recaudador romano en las Provincias. Y el encomendero que debió ser tutor y guardador de los intereses del recomendado fue su más cruel enemigo, que en plan de explotación no encontró límites ni medida acreciendo sus caudales y remitiendo los residuos a la Corona Española. Por aumentar el beneficio de unos en daño de los otros cada encomienda se formaba de crecido número de recomendados, para ellos y para sus descendientes. Ninguno de los deberes impuestos por el soberano cumplían los encomenderos y las tasas y límites señalados a la cobranza de impuestos los traspasaba sin el menor escrúpulo. De ahí el acuerdo de supresión del sistema tomado en la madre Patria, al que precedieron numerosas recomendaciones o límites en la duración.

Cuando después de duro batallar contra los conquistadores, que se creyeron despojados de sus legítimos derechos y los mantuvieron hasta el último extremo, los Monarcas españoles consiguieron suprimir la encomienda, el régimen de la explotación se vuelve más coherente con las prácticas europeas de aquellos tiempos, pues se entregan las tierras en propiedad a los castellanos, junto con el reparto de los moradores indígenas de las poblaciones vecinas para el cultivo. A cada montón —medido de capacidad del suelo— correspondía un repartimiento —número de trabajadores adscritos al respectivo campo—. Los individuos del repartimiento convertíanse en siervos de la gleba, de igual condición que los campesinos europeos hasta la Revolución Francesa o de los **mayerques** de los costumbres mexicanas.

Los bienes comunales, de que todos aprovechan y gozan —aguas, pastos, leño— equivalentes a los conocidos en Castilla o los aprovechados por las comunidades de México y del Perú, se conservan con el nombre de Ejidos.

La servidumbre personal del hombre al hombre, con rigorismo y desconsideración inauditos, la cumplen los mitayos; y aparecen en gran número esos domésticos cuidadores de la casa

del amo —semi canes de alarma, semi bestias de carga— llamados los **huasicamas**. El trabajo encomendado a ellos fue duro, depresivo, sin aliciente alguno económico y agravado por el gran desprecio del blanco por estas bestias domésticos.

Como fue injusto y ocre la condena o lo administración colonial en los primeros años que siguieron a la independencia, se han convertido en excesivamente laudatorios los conceptos a favor de ese régimen entre los historiadores recientes. Fundándose éstos en el estudio de documentos oficiales en que se contenían preceptos legislativos, amonestaciones y requerimientos monárquicos para un trato blando y humano o sus súbditos americanos, se ha dicho que eso administración fue previsora y manso, se interesó por el indio y procuró protegerlo. Mas podemos conceptuarlo acoso como benigna doctrino político, dispuesto para evitar los abusos, no como práctico administrativo efectiva. Por el contrario, la frecuencia de los requerimientos, el cambio continuo de sistemas que se preconizaron, las voces admonitorios de las autoridades de la Madre Patria, nos están probando lo inhumano y torvo del proceder español con los aborígenes. Y hay que agregar a eso numerosas disposiciones contradictorios y otros que abrían la puerta al abuso: como los mandamientos en los cuales, hablando de lo ociosidad de los indios se disponían medidas para obligarlos a la actividad. La verdad es que las órdenes beneficiosas de ordinario "eran acatadas pero no cumplidas", según el socorrido arbitrio de lo época.

Lo diatriba y el elogio excesivo son injustos. Hay que calificar o los hechos históricos por lo que son en sí y no por la manera cómo los gobernantes habrían querido que sean, sin conseguirlo.

Digan lo que dijeren los documentos oficiales sobre lo igualdad de todos los súbditos, americanos o no, o prohibase en cualesquiera términos lo humillación y el explotamiento del indio; éste se convirtió al poco tiempo en la víctima inmisericorde del abuso del blanco, en cuanto poseía en el orden material o en el espiritual. Hallándose de pronto preterido, sin ninguna influencia

política y cambiado por la mismo en el grupo marginal, tal como en líneas generales subsiste hasta nuestros tiempos.

Y si grande fue en el aspecto económica la dependencia en que se lo sumió, mayores son aún sus desventuras si lo contemplamos en el campo de las relaciones sociales y de la familia.

4º—Orígenes de la familia en la colonia.

En orden a las relaciones personales de contenido sexual el caso es clamoroso y de escándalo.

El resultado inmediato de la invasión española a nuestras tierras fue el que debía ser: la confusión y desorden más completos en la conjugación de las razas en contacto, que abaminándose, se acoplaban y fundían. El instinto genésico triunfó de cualquiera prevención y de sus ardores forjóse el mestizaje americana, depositario de la posterior historio de estas regiones.

El trata de los encamenderas para sus recomendados fue crudelísima, sin el menor respeto ni reconocimiento de lo dignidad humano propia de semejantes seres. A tales extremos llegó, que las Monarcas Castellenos dictaron numerosos reglamentos para impedirla: exigiendo primero suavidad y blandura, limitanda después la duración de las encomiendas y terminando por derogarlos según se ha dicho. Pero las viciosas prácticas supervivieron o eso derogatoria.

¿En qué consistieran los abusos que hacía falta desterrar? En todo. En lo económico y lo familiar. En el excesa de cobro de impuestos y desentendimiento de las deberes tutelares mandadas, en la naturaleza y grada de los servicios personales exigidos, en el usa y abuso de la hembra para sus concupiscencias.

Nodo hay que alobar a los españoles en cuanto a sus relaciones genésicas con los indias. Impulsados par el instinta se aproximan momentáneamente y par asalta paseen los triunfadores a lo mujer para luego abandonarla, cambiando de continuo de hembra sin el menor pudor. Fue necesaria prohibir a los encomenderos habitar los sitias de su encomienda, en plan de moderar sus desmanes. Se dispusa, hacia ese misma fin, que la mucha-

cha soltera no vaya a servir en la casa del amo y la casada únicamente cuando también lo hacía su marido. Esto no sirvió de contención para el blanco sino de vilipendio para el legítimo esposo, ocultador responsable de los excesos del patrón.

Rarísima vez se produjo entre el hombre extranjero y la mujer aborígen la cortesía, que ganando la voluntad femenina vuelva la unión pasajera en durable amistad. Sin duda existieron algunos matrimonios contraídos entre españoles e indias de elevada alcurnia, pero en casos excepcionales. Por miedo más que por amor se entregaba la hembra al macho, sin compartir afectos ni entusiasmos, menos en contadas ocasiones de que los cronistas nos dejaron apacibles relatos. A la naturaleza común de esas uniones, llenas de inquietud y zozobra por ambas partes, deben aplicarse sobre todo las observaciones de Oviedo, cuando nos relata que las mujeres traídas de la Madre Patria por Diego Colón, encontraron todos hombres ricos con quienes casarse, pues, agrega el cronista: "porque en verdad había mucha falta de tales mujeres de Castilla y aunque algunos cristianos se casaban con indias principales, había otros muchos que por ninguna cosa las tomaran en matrimonio por la incapacidad y frialdad de ellas".

No obstante, de tales uniones arranca el proceso humano más trascendental que se diera en todos los siglos y el verdadero arreglo social y político de las agrupaciones de hombres en nuestro suelo. Internas realizaciones de la psicología colectiva que forja en sus fibras y tramos íntimos la Historia.

¿Cómo se acrecieron o decrecieron los caudales de esas existencias? Veámoslo:

El mestizo engendrado por el blanco en la copulación incontinenti e indiferenciado en sus encomiendas, no se hallaba en aptitud de señalar el causante de su engendramiento, todavía más, en la promiscuidad reinante, ni siquiera era dable saberse la raza del progenitor. En todo caso, el niño abandonado en el poblado y condición de lo madre, viene o confundirse con el indio, o participar de sus hábitos y costumbres, o ser considerado como una unidad entre ellos. No es sustancialmente distinto el caso de quien compartió el tálamo con el verdadero esposo.

Pero existieron uniones menos transitorias e irregulares. Duraban por cualquier motivo sentimental o de acostumbramiento. En ese caso, antes o después, al cabo de cualquier tiempo la hembra era arrojada con su crío del hogar, yendo a refugiarse entre sus parientes. A menos que un natural afecto por el hijo se hubiere desarrollado en el padre, quien lo conservaba a su lado, con reconocimiento expreso o sospecha de pertenecer al amo. Crecía entonces la consideración con que se le veía y fue el origen lejano de lo clase americana de los criollos, en virtud de un continuo acrecimiento de sangre blanco en la prole, buscado por todos los medios.

El muchacho, sintiéndose orgullosa de su sangre ibérico, querría borrar, a lo menos por el olvido, lo parte aborigen de su nacimiento. Por eso perseguirá sus relaciones sociales y buscará espasa, no entre los indios a quienes desprecia, sino entre los españoles o entre mestizos. Estos sucesivas mezclas van aclarando la estirpe y unidas a la distancia en el tiempo del porcentaje aborigen, dieron nacimiento a la presunción de lo limpieza de sangre de los criollos.

5º—La distribución humana en la Colonia.

Un país constituido por dominadores y vencidos, comienza por ser una sociedad política de grupos rivales: el triunfador como privilegiado y el resto como desposeído.

A veces el victorioso sabe captarse al derrotado y lo incorpora a sus métodos de vida: según lo hicieron los romanos en la Península Itálica; o con más decididos y mejores empeños los Incas en los comarcas de su conquista. En otras ocasiones, aquellos recogen y adoptan, consciente o inconscientemente, los caudales culturales de las poblaciones sobre los que han triunfado, siendo el ejemplo histórico de mayor alcurnia, lo sucedido con la invasión bárbara en los campos cultivados por los latinos. Y el tercer sistema de convivencia —si puede llamarse convivencia— exprésase por aquel régimen que vieron nuestras comarcas: de despre-

cio permanente y rencor repetido entre españoles e indígenas. El amor estuvo ausente en esta cópula inmensa de dos razas.

Así se explica que, sin repetidas matanzas ni persecuciones a muerte, en sólo un siglo las poblaciones del Tahuantinsuyo hubieren disminuído en diez millones de hombres. La natalidad debió restringirse en grandes proporciones por el desenfreno de esos Centauros arrolladores de jóvenes desfavoridas. Lo **incapacidad y frialdad** del relato de Oviedo estuvieron ahí. De ser verdaderos los datos exhibidos por un médico peruano, acerca de que en La Paz no hubo un nacimiento siquiera —¿debe entenderse de hijos de españoles?— en cincuenta años, sería de atribuirse en gran parte a la causa últimamente apuntada. Las extorsiones y los sufrimientos impuestos impulsarían, a sus víctimas, a abandonar las comarcas habitadas para ir o buscar su liberación en lo agreste de la Sierra. Y el trabajo duro e inmisericorde aumentó la mortalidad en proporciones asombrosas: sobre todo la explotación de las minas estuvo maldito, por el número de existencias que devoró.

Por eso, no fue cuestión de riqueza sino de estirpe la que hubo de calificar en los comienzos a los clases sociales de la Colonia. Español, igual, noble y privilegiado; indio, igual, desposeído y despreciado. Sin que los cantados cosos de excepción a favor de los aborígenes prominentes puedan variar en lo sustancial la acusación.

Claro que los despojantes se hallaron en mejor predicamento para alcanzar riquezas, pero seguirán de privilegiados no obstante no haberlos conseguido o haberlas derrochado. De ahí la petulancia ibérica que se pavoneaba en las ciudades coloniales, aún sustentada por sujetos sin oficio ni beneficio, que irritaron tanto la susceptibilidad de los criollos.

Los descendientes de los primitivos encomenderos y adelantados, sin constituir familias legal y firmemente estructuradas, bastante inconsistentes y sin raigambre en las propias tradiciones, no podían presentar un frente unido y fuerte o los nuevos llegados, dejándose por lo mismo suplantar por ellos. Pero es que éstos, o más de poseer un origen ibérico indudable, conservaban

relaciones de quienes valerse ante la Corte y ejercer influencias. Por aislados y desheredados que fueren, a alguien dejarían en tierras de España que solicitara o su nombre. Empleos, cargos y funciones les era mucho más fácil adquirir que las gentes de acá, cuyo limpieza de sangre se probaba con dificultad, para las funciones que era indispensable, y el favor de la Corte convertíase en inasequible. Por tonta la clase no nacía de la fortuna sino de la influencia, permitiendo ésta adquirir riqueza.

Hacia fines del período colonial nos encontramos con una aristocracia de sangre diversamente dotada en la económica, pues o son los usufructuarios de las altas empleos o los españoles que formaban su corte y de ellos medraban. Los españoles de España, como entonces se decía, sin que hubiere título mayor a éste. Hay quien la ha llamada aristocracia de funcionarios públicos. Pero si el nombre corresponde a uno porte de esa jerarquía no abarca a las otras hombres sin fortuna pero sí influyentes y considerados.

Luego nos encontramos con los criollos. Se afirma de ordinaria de ellos que eran los hijos de españoles nacidos en nuestras tierras —españoles de América—. Alguno vez pudo aplicarse la definición con exactitud, pero en la mayoría de los casos corresponde a vástagos de familias, cuyo mezcla de sangre era difícil de precisar por la larga fecha del suceso.

Propiamente al criollismo corresponde una situación económica de desahago y bienestar, o veces de pujanza y fausto. Descendientes de antiguos encamenderos y terratenientes que han podido ir mejorando el porcentaje blanco. Equivale a la burguesía europea, sin el significado etimológico que dió origen al nombre. Fue una alta burguesía poseedora de mayores caudales que la antes descrita, a cuya vanidad los Reyes dieron pábulo vendiéndoles títulos de nobleza, tanto más caros cuanto más oscuro era lo del pretendiente. ¿Pudo clasificarse de clase media? Acaso sí. Por la influencia de que disponía, por ser moderadora de los excesos de los demás y fiel de la balanza muchos veces en los luchas políticas.

El artesonado, de cuya organización han procedido las cofradías, antes religiosas que de defensa de clase, constituía el

pueblo. Pueblo amotinado en el reclamo de sus derechos, con frecuencia; encabezado por sus Cabildos, de ordinario; y siguiendo los impulsos venidos de los criollos descontentos.

Las dichas son las tres clases sociales, con influencia e intervenir políticos.

Pero hay en la colonia otro grupo de hombres, los indios, por el caudal completo de su sangre, o por haber recaído en ese grupo por el abandono paterno. Es el que denomino marginal, abandonado, de gente sin intereses ni influencia políticos, las que sirven a los demás y los sustentan. Su escenario es el campo; su paisaje, la soledad; su ámbito espiritual, el recogimiento de su morada interior. No les atrae lo externo, porque les lastima; no se preocupan por la político, porque no los ampara ni defiende; el triunfo de los unos o los otros les da igual: serán humillados por cualquiera. Hemos borrado en ellos el sentimiento de la Patria.

Sin embargo, como casi todo la producción colonial consistía en la extracción de los productos de la naturaleza, los únicos que soportaban la vida material eran los indios: cultivadores del campo y explotadores de las minas. Lo pequeño industria manual de la época les era también confiada en una importante proporción.

El parasitismo en grande escala fue el signo y módulo de la Colonia.

6º—Consecuencias de la Independencia.

No es necesario que se pondere lo parte con que cada uno de los grupos sociales contribuyó a la obra de la independencia; nos basta señalar los resultados en orden al arreglo de las clases en los nuevos estados surgidos.

Decapitada la clase de los privilegiados españoles, ocupan su lugar desde luego los directores de la resistencia y conductores a la victoria: los criollos reivindicadores de sus derechos y el mando militar guerrero. No sin cierto molestar y disgusto consiente la plutocracia burguesa en incorporar entre los privilegia-

dos al militarismo; pero la fuerza de los hechos lo impuso en forma irresistible.

El mestizaje inferior —de artesanos y otros conglomerados de la ciudad— no habiendo hecho en la independencia sino el papel de milicias reclutadas o de resistencia pasiva bajo el comando de los criollos, ninguno participó reclamaron en el triunfo y se acomodaron como antes al ritmo de una existencia mediocre y dependiente. No hay trastorno ni insurgencia para ellos.

Pero la inmovilidad casi pétrea, la constancia fosilizada de la conciencia, el lago muerto en el panorama social de los nuevos Estados, lo constituyen los inmensos rebaños de aborígenes. Quizá ni se percataron del gran cambio ocurrido y en todo caso no hubo transformación para ellos. En ocasiones un poco más de opresión y ensañamiento, como con las brutales medidas tomadas por Juan José Flores en el Ecuador.

Por eso que como resultado político puede considerarse menguado el proceso de la independencia. Al Rey lo sustituyó el Presidente, acaso tan autoritario como aquél; las Cámaras Legislativas eran como las Cortes de la Madre Patria, sumisos al querer del Jefe del Estado, pues de lo contrario los disolvía; el sentido democrático de los Poderes sólo se hallaba contenido en las Cortes Fundamentales, sin eficacia de vida; como en la Colonia, los mandatos legislativos "se acataban pero no se cumplían". Los empleos en adelante se otorgarían a los nuevos privilegiados.

El indio como antes, el verdadero esclavo, el siervo de lo gleba, trabajando para los demás y sufriendo sus impertinencias. Los campos igualmente poblándose con los bastardos de los dueños de haciendas y el cholo como el mayor perseguidor de indígenas.

7º—Sentido que ha de darse en América a la protección política.

Hay un problema planteado en la política moderna de todos los pueblos, el de la protección a las minorías, que consiste en el

amparo debido por el gobierno a aquellos grupos débiles de población dentro del Estado, que por serlo, están en peligro de sufrir los vejámenes y persecuciones de las mayorías.

Es singular pero indudable cómo tales grupos débiles, dignos de tutela especial, son en numerosos países indoamericanos verdaderas mayorías: los indios de Bolivia, Perú, Ecuador, Centroamérica, México, etc.

El proyecto de patrocinio no es nuevo, sino por el contrario muy antiguo, pero siempre ineficaz. Se remonta a los primeros periodos coloniales, únicamente que fueron mal planteados y resueltos, entonces como hoy.

La idea legislativa de la encomienda era la de una tutela, de uno respecto de varios o muchos. Pero como toda tutela de índole privada llevaba el peligro de beneficiar al guardador y no al pupilo. Más tarde quieren los Reyes interponer su Majestad para proteger a sus súbditos de allende el Océano, pero encuentran la ineficacia de la distancia y el rechazo por parte de los beneficiarios que debieron ser los protectores. En igual forma las declaraciones solemnes de las Repúblicas libres quedaron en meras especulaciones.

El mundo moderno tiende a la plenitud incorporadora del hombre a la acción y protección políticas, impidiendo la existencia de grupos marginales, según habré de demostrar después. En este sentido trabajan también los pueblos indoamericanos y el proceso tiene manifestaciones promisoras.

He sostenido, de años atrás, que la única conquista eficiente para el aborígen será la que alcance con su propio esfuerzo; no la que le ofrezcan desde distinto ámbito espiritual. Se le ha de facilitar los medios, eso sí, sin tratar de imponer la conducta, por las siguientes razones, entre otras varias:

El generoso impulso salvador, por parte de gente extraño, si alguna vez se da, es caso de excepción. De ordinario van inscritos en esa conducta intereses, propios del apóstol.

Aún aceptando el desprendido espíritu de quien cumple la función, hay el peligro de no acertar con el método, por no haber comprendido la psicología del protegido.

Y si de parte del conductor existe la comprensión exacta, hay el temor fundado del apartamiento y hasta la hostilidad de aquél poro quien se trata de obtener el beneficio. Demasiado burladas, por muchos siglos, las indígenas yo no pueden confiar ni entregarse con la espontaneidad necesaria para la obra fecunda. Teme en cada momento la sorpresa desdichada y dolorosa.

Animemos las organizaciones comunales indígenas, démosles facilidades de vida y trabajo, abramos los puertos cerrados de nuestra mente y nuestra cultura, para que las observen e imiten. Programas detallados en este sentido los he venido repitiendo desde hace más de doce años, sin obtener en su mínima parte el cumplimiento.



Por el contrario, no es caso aislado en el desarrollo humano el de que los más altos jerarcas, aquellos que sin ser partidos políticos poseen influencia sobre el gobierno, no sean los mayores dueños de los recursos económicos.

Imposible dudar que en el orden de las relaciones entre los hombres de todos los tiempos, la disposición y empleo de abundantes medios materiales confiere influencias ineludibles a sus poseedores, aun en aspectos que más ajetados parecen del valor en cambio, como en la salvación de almas o el reconocimiento de excelencias en las virtudes intelectuales y del espíritu; por lo es igualmente indiscutible que el centro de gravitación no es por necesidad la riqueza y que hay otras actitudes a cuya merced crecen y se superan los grupos sociales para establecer sus jerarquías.

Si bien los ejes culminantes de la República y del Imperio en forma coinciden con el desarrollo económico de la industria y el comercio, no puede decirse no obstante ni que la apo-

CAPITULO SEXTO

NO FUE SIEMPRE LA RIQUEZA TITULO EXCLUSIVO DE SUPERIORIDAD DE LAS CLASES EN LA HISTORIA

La tesis que trato de anilizar en este capítulo es la siguiente: el poderío económico no es la única causa de la influencia política ni el signo demostrativo siempre de los respectivas categorías sociales y sus preminencias.

Por el contrario, no es caso inusitada en el desarrollo humano el de que las más altas jerarquías, aquellas que sin ser partidas políticas poseen influencia decisiva ante el gobierno, no sean los mayores dueños de bienes económicos.

Imposible dudar que en el orden de los relaciones entre los hombres de todos los tiempos, la disposición y empleo de abundantes medias materiales confiere influencias indudables a sus poseedores, aún en aspectos que más alejados parecen del valor en cambio, como en la salvación de las almas o el reconocimiento de excelencias en los virtudes intelectuales y del espíritu; pero es igualmente indiscutible que el centro de gravitación no es por necesidad la riqueza y que hay otras aptitudes a cuya merced crecen y se superan las grupos sociales para establecer sus jerarquías.

Si bien las épocas culminantes de la República y del Imperio en Ramo coinciden con el desarrollo económico de la industria y el comercio, no puede decirse no obstante ni que la apa-

rrente prosperidad llevara en sí virtudes profundas y capaces de preparar un porvenir magnifico ni que el poderío económico se confundiera con el poderío político. En el primer aspecto, el suceso es el resultado de lo largo y continuada marcha triunfal de las mejores legiones o través de los senderos del mundo, cuando lo gloria de servir a lo patrio no la desdeñaban los patricios más encumbrados. El acumula de bienes saqueadas en todas las latitudes diole esplendor externo a la República y preparó lo abdicación de sus libertades en manos de los Emperadores. Y éstos, en el calmo del fausto, iban a hundir y consumir las virtudes latinos preparando el advenimiento de los bárbaros. Debiera ser eleccionadora para la fatuidad de las grandes potencias ese decaimiento de las virtudes que prepara la irremisible perdición de los enriquecidas.

En el segundo aspecto, de modo incidental he referida en capítulos anteriores, como los Senadores Romanos se hallaban prohibidos de explotar las mayores entre los recursos de las particulares, en el tiempo a que venimos refiriéndonos, las de la industria y el comercia, considerándolas menguados prácticos y casi de candición servil. Desde entonces los ocaudalados poseedores de bienes los encantramos entre los caballeros, las artesanos cuyas habilidades y su don organizativo era muy elevada y en no pocas libertos. Los senadores con la disminución del valor de sus tierras se empobrecían, sin perder no obstante el primer sitio entre las categorías de los hombres libres.

Naturalmente, a medida del tiempo, iba creciendo el círculo de los potentados y la consideración que se los prestaba a los recién venidos, a las familias salidas de lo ascuridad por obra de lo riqueza. A lo final acasa habrían preponderado sobre las demás clases pero su destina se interrumpió por obra de la Invasión. El hecho fue que se hollaban muy par debajo de las castas de antiguo linaje y tradición que prestaban prestigio al trano, recibiendo de él en recampensa apoyo y beneficios.

He ahí como se trasponen los términos: no es la riqueza la calificadora de los clases sociales, si bien la influencia de que se dispone es lo ocasión y cause del enriquecimiento.

El propio régimen feudal nos trae ejemplos muy sugestivos.

Después del esplendor que supone el reinado de Carlomagno, en todos los órdenes de la vida pública, vino el reparto del Imperio entre sus sucesores, y en consecuencia la debilidad y el empobrecimiento, cada vez más agravado por las siguientes circunstancias: a) Porque las continuas rencillas entre pretendientes disminuían prestigio y seguridad en los atributos de la realeza; b) Porque las sucesivas distribuciones fueron limitando las tierras en jurisdicción de cada uno de los Monarcas; y, c) Sobre todo porque los feudalistas inferiores habían adquirido gran pujanza, ya por el incremento de las tierras a su disposición, ya por el nuevo sentido atribuido por ellos a su derecho sobre las tierras que poseían.

El incremento tuvo lugar: bien mediante alianzas de familia con otros feudalistas y el correspondiente beneficio de la dote; o por recomendaciones constituidos por débiles poseedores del suelo; y en particular, a causa de los despojos de los unos a los otros.

Y cuando se dio el caso del olvido y desuso de las investiduras feudales renovables con cada nuevo Monarca, poco a poco fue considerándose el súbdito desligado del señor, sobre todo en el sentido de propietario, atribuyéndose el dominio pleno del feudo. Asistimos desde entonces a la opulencia de esos Señores, frente a la miseria de la familia real la cual se vió en trance, con frecuencia, de acudir al donativo y favor de sus súbditos para poder subsistir y sostener a su Corte.

Y si enormes eran las comarcas a disposición de los grandes feudatarios, su potestad sobre ellas había acrecido en términos incomparables: ya en el orden público, porque las atribuciones de la soberanía se habían adjudicado los señores sobre personas y bienes comprendidos en su dominio, con el ejercicio de la alta, la medio y la inferior justicia; y en el orden privado de la propiedad porque había ido conformándose una de índole romana con los mismos caracteres de disposición, uso, usufructo y abuso de los latinos. Dejó de ser el Monarca el dispensador de

los bienes para ser apenas el primero de los señores, con alcurnia de tal pero sin el correspondiente patrimonio. He ahí como a la alcurnia política no corresponde la de la potencia económica.

Pero si lo dicho antes es susceptible de ciertas contradicciones, no creo esté afectada por ellos el otro dato al que acudo: la de la red judía diseminada por toda Europa, que había ido acumulando caudales innumerables a través del ejercicio de muchas industrias —no siempre de las más correctas— y a quienes habían de acudir los poderosos señores en demanda de créditos para sus empresas. Eran los prestamistas universales y los financiadores de las guerras, que sin embargo no obtienen en ninguna parte prestancia e influencias políticas, sino por el contrario el desprecio y la persecución.

Quizá se alegue que eso se debe a que no disponía de los medios de producción, sino de otros bienes económicos. Pero es falso argumento el concebido en esos términos, por los siguientes motivos: las empresas de conquista en la Edad Medio fueron con frecuencia, verdaderos medios de apropiación de lo ajeno y por lo mismo la manera de aumentar los caudales del triunfador; además, poco a poco va incrementándose el comercio con grandes rendimientos para quienes lo ejercían, dando al capital la función que le corresponde en consecuencia; y la industria que ha brotado pujante después del año mil requirió también del contingente del numerario. Sin embargo la condición política y social del judío no mejora, talvez empeora, y sin lugar a duda sucede eso en los reinos ibéricos. No disponía de la fuerza física y es ésta, pero aquellos tiempos el título por excelencia de honor y respeto.

X Y si recordamos la precaria economía de muchos españoles en la Colonia, con su jactancioso pordiosear ante la morada de los pudientes, no nos parece fácil atribuirlos la calidad que efectivamente tuvieron, de clase privilegiada y la primera entre todas. Es que su condición se originaba y nacía del fácil acceso ante el gobierno de la Madre Patria, distribuidor de prevenidas y favores. Por desvalido que fuere el sujeto venido del otro

lado del Océano, habrá dejado allá a alguien que le represente y solicite por él, su voz tendría algún eco en la Metrópoli y estaba en tal sentido en mejor condición que el hombre nacido en estas tierras americanas. Los historiadores se sorprenden sin razón del sometimiento y pleitesía rendidos incluso por los ricos criollos a gentes miserables y ruines venidos de España. El influjo político era su secreto. Por eso no es sólo el alto empleado quien ocupaba la primera categoría ciudadana, sino individuos sin oficio ni beneficio, pero pertenecientes a los españoles venidos de España, como se los calificaba entonces.

He ahí una condición étnico y racial —pues no era posible desconocer que a la mezcla de sangre, supuesto casi necesario del criollismo, debía atribuirse su inferioridad— se superpuso sobre cualquiera otra consideración para determinar la clase social de la Colonia. Pero demos por probado que no era el ibero, por serlo, el mayor privilegiado, sino el grupo de gentes adictos a la administración pública, con subidos remuneraciones y perspectivas económicas. En este caso tales administradores, si bien se hallaban en potencia propinqua de enriquecerse, no eran desde el comienzo los dueños de la fortuna y menos aún de los instrumentos de la producción —sobre todo y ante todo en aquellas condiciones sociales la tierra—, repartidos entre los descendientes de los encomenderos u otros adjudicatarios de ellos, o sea los criollos.

Vuelvo a la idea fundamental antes enunciada: no son los caudales en empleo los que necesariamente califican a las clases sociales sino el grado de influencia disponible por sus miembros. La riqueza los vendrá por añadidura, como los otros calificativos de diversificación y peculiaridad.

La proximidad al gobierno, la confusión de sus intereses con los de éste, sin ser elementos activos de la política como los partidos, la fuerte presión que puedan ejercitar sobre él en mérito de los resortes disponibles, permiten a los grupos no oficiales arrancar prevendas al oficialismo. No es pues la riqueza la causa creadora de las clases sociales, con sus jerarquías y po-

siciones de preeminencia, sino que las clases privilegiadas se hallan en aptitud de enriquecerse.

Por tanto no debe tomarse la causa por el efecto, ni dar como esencias las que son meros efectos o resultados. En algunos casos claro está, se vinculan y compenetran ambas circunstancias, sobre todo como efectos revolucionarios que provocan los grupos acaudalados que no consiguieron la influencia que creen corresponderles.

Son sólo virtualidades de movimiento democrático-liberal originado en la revolución francesa, las de haber confundido las categorías de los clases sociales con la distribución entre ellas de la riqueza. Esto no significa que antes no se hayan ensayado sistemas semejantes, pero nunca con el total resultado o que asistimos en el siglo XIX.

Quizá deba atribuirse a una falta de madurez política o de interpretación real de las relaciones humanas en el plano económico, que los teóricos de la materia en nuestros tiempos no hayan podido concebir otra clase de estructura social que la de copas superpuestas y vistas en plano vertical, sin dar a la travazón horizontal de los grupos el significado e importancia que puedan tener para una vida armónico y de cooperación inteligente.

Desplazadas por obra de la revolución francesa las primeras categorías sociales, las de la nobleza y alto clero, tolerose ocupar su puesto y lugar a otra categoría de gentes, pero con el mismo sentido de superposición y dependencia, de privilegio de los unos y de desamparo de los otros. ¿A quién debió tocarle la más alto jerarquía? Tuvo que ser a la clase que menores trastornos provocara, la más despierto y activa que, experta en la política por su vieja raigambre, significara no obstante un programa renovador y de progreso: circunstancias todas concurrentes en la burguesía, y ejercitadas mediante las actividades comerciales e industriales, que hacen su aparición triunfante en las escenas del vivir ciudadana.

Vimos en Roma que tales formas de la economía no causaron el desplazamiento inmediato del Senado tradicional, quizá

porque su natural evolución fue quebrantada antes de su perfecta madurez por una revolución política inconmensurable, la que impuso la Invasión; o porque ese trastorno se originó fuera y no en las contradicciones internas de la vida ciudadana.

No creo tampoco que la revolución rusa haya dado el golpe de gracia definitivo al sistema de clases y que se esté forjando ahí un Estado sin clases. La especialización del trabajo dará calidades psicológicas y temperamentales, prácticas de vida, costumbres y hábitos distintos entre un grupo y otro de trabajadores y una especie de solidaridad entre ellos, que son los antecedentes sobre las que se cimentan las clases sociales. La única aspiración efectiva que cabe tenerse, es que las unos no se sobrepongan a las otras y trate de someterlas y oprimirlas.



CAPITULO SEPTIMO

¿PUEDE REEMPLAZARSE EL SISTEMA DE LAS CLASES SOCIALES POR UNA ORGANIZACION SINDICAL DENTRO DEL ESTADO?

Hemos demostrado como la riqueza no fué siempre título riguroso para distribuir los componentes sociales según una jerarquización de clases. Y nos preguntamos ahora: ¿No deberíamos buscar sus fundamentos y motivaciones en la naturaleza del trabajo ejercitado?

Al contemplar en perspectiva de conjunto los sistemas culturales que se han vivido en la historia, podemos señalar hechos muy sugerentes en torno a las ocupaciones de los hombres y los consecuencias de todo género que las acompañan: de colocación y orden, de costumbres adquiridas y practicadas, y de psicología individual y de grupo que generan. Efectos por otra parte que no representan en lo absoluto una novedad biológica, en los complicados procesos de la evolución.

El trabajo, o mejor, la ocupación —pues cabe y debe referirse también el calificativo a quienes no realizan trabajo socialmente útil— determino calidades mentales distribuidas entre quienes participan de la misma obra, no sólo o propósito de ello, sino en los subsiguientes actos y conducto: sea por la comunidad de intereses que implica, por la vecindad traducida en hábitos y costumbres similares o por la amistad que crea vin-

culaciones afectivas entre las familias de hombres dedicados a la misma actividad.

Vendría a representar en el proceso de la cultura el arreglo natural y correcto o que se aspira en toda constitución humana, por lo fuerza de las circunstancias que integran a desintegran los grupos, dotándolos de su espíritu, su moralidad y sus sentimientos solidarios. Con duración y eficacia tanto mayores, cuanto en innumerables veces se pralongan en el tiempo por el proceso hereditaria y de sucesión en las actividades paternas: ya debido a leyes y preceptos que las imponen, ya a causa de la natural tendencia de las descendientes de seguir la profesión de sus progenitores, o porque éstas las incitan y convencen a por las facilidades que trae consigo semejante elección.

Sin embargo esas consecuencias vienen desvirtuándose en gran parte por la concurrencia de otros móviles: la lucha por lo libertad profesional, desde muy antigua emprendida, sobre toda como resistencia decidido contra mandatos imperativos que imponían una necesaria profesión, y como resultado, las nuevas trabajos a las que se dedican las descendientes; la frecuencia de individuos que abandonan cualquier trabajo útil, para dedicarse al parasitismo, sin substraerse no obstante a la clase social a que pertenecen. Lo cual ocurre en las distintas clases, pero de manera preferente en aquellas que fundaron su prestigio y valía, en la riqueza. Hay, por otra parte, zanas como adscritas, de prolongación, a como de contagio de cada clase, formadas por grupos que fugan a que se apraximan en el continuo juego ondulatorio de las fuerzas vitales. Por fin, existe en el hombre el afán de buscar nuevos contactos o experiencias para mejorar su rango y subir en consideración por lo que unas y otras van perdiendo su fisonomía original y como que se desdibujan.

Aparecen contactos espirituales y similitudes nuevas, no forjadas en la mero ocupación y las consecuencias nacidos de ella, sino en distintas requerimientos de conducta o de apreciación temperamental. Por esos extremos van cambiándose las fatalidades emocionales que a la clase distinguen, dándole fisonomía imprecisa y dotándola de resortes volitivos diver-

sos. Era fácil entonces la desorientación de la sociología, cuantas veces se trató de calificarla y sobre todo de hollar el estímulo interno que lo pone en movimiento. Creciendo en extremos inmensos las dificultades por la proliferación de grupos incorporados al estrato respectivo, cuyos ligámenes son mucho más aparentes y notorios. Pero no son las mentadas circunstancias lo más lamentable para la plenitud de concepción de las formaciones culturales o que nos referimos, sino lo indeciso y vago de las manifestaciones sociales de las clases como toles, su débil estructuración y sus fluctuantes lineamientos.

En la realidad que viven algunos países indoamericanos, supongamos, donde por tácito convenio o por imposición política de los más fuertes, se abandonó el duro y poco espectacular trabajo de la tierra a los indígenas atándolos a ella casi como los semovientes al suelo de su cultivo ¿Podría confundirse a estos siervos de la gleba, desposeídos de cualquiera participación política, con los raros grupos de hacendados que se preocupan de la producción de su heredad o con los hijos-dalgos de escasos bienes que tienen que dedicarse personalmente o en asocio con sus familiares a roturar la tierra y sembrarlo por no disponer de medios para contratar peones que las hagan? Seguramente no, y en ningún sentido. Aún en los casos extremos de alquilar sus brazos para el cultivo, no se mezclan ni confunden con el indio, no participan de sus costumbres, no forman unidades emocionales con él. Gozan de cierto prestigio sobre los aborígenes, quienes los respetan y sufren sus humillaciones. Lo cual se explica porque en las realizaciones de nuestra forma de vida ha intervenido con gran pujanza el valor etnológico de los grupos, que si no lo ha moldeado todo y transformado, ha sido ingrediente de los mayores en la combinación.

Hoce falta por lo dicho un delicado discernimiento circunstancial para dar a las clases sociales su verdadero sentido, contando con todos los elementos expresivos, externos e internos,

pero confiando a estos últimos el papel fundamental que les corresponde y que los aparentan únicamente aquellos.

Lo que debo proclamar sin restricciones, por mi íntimo convencimiento, es lo siguiente: aspirar a una sociedad sin clases sería lo mismo que preferir el amorfismo inicial de los grupos humanos, en una confusión inextricable de actividades, funcionamientos y relaciones.

Pero al mismo tiempo me declaro inconforme con la manera de comprenderlos y practicarlos en la actualidad. No creo indispensable la subsistencia de clases superpuestas, con una gravitación económica invencible de los unos sobre los otros; siendo de desear, por el contrario, y muy posible, el arreglo de las actividades sociales dentro de una inteligente cooperación de los grupos y en un ordenamiento de equivalencias políticas y no de subordinaciones.

La aspiración indudable de nuestros tiempos es la de constituir a todos los pueblos del Globo en verdaderas Repúblicas de trabajadores. Lo que equivale a decir, en un sistema universal de trabajo que a nadie excluya, significando el término doble advertencia: el derecho del trabajador para reclamar el adecuado empleo de sus actividades y su deber de ejercitar un trabajo socialmente útil. Esto es, situarlo a cada quien en el campo apropiado a sus capacidades de trabajo y exigirle el rendimiento o que el grupo tiene derecho.

¿Podría ello traducirse con propiedad como distribución sindicalista de la población? ¿El sindicalismo cumplirá a plenitud con los verdaderas exigencias del mundo moderno? Veámoslo:

Por ahora, en los regímenes democráticos liberales —que es el título al que aspiran, o lo proclaman, por lo menos, la mayor parte de las naciones del Mundo— el sindicalismo confronta sobre todo una posición de lucha y defensa de los sindicalizados y sus peculiares intereses, en orden a su trabajo y los beneficios que de él se desprenden, dentro de los actuales sistemas

de la propiedad y régimen del trabajo. Su entraña es la política antes que la técnica y mejoramiento de los rendimientos, abandonados a los patrones y capitalistas a quienes benefician semejantes progresos. Apartándose en este sentido en forma radical de las agrupaciones artesanales y las demás unidas por la función en los pasados siglos: supongamos las gildas y gremios de la Edad Media, o las cofradías del régimen colonial hispanoamericano. En estos, la defensa de clase era lo secundario y derivado del fin primordial: el mejoramiento de la labor para los unos o del sentimiento religioso para los otros. La fuerza de los sindicatos está en la magnitud o proporción con que se reconozca entre sus componentes la comunidad de sus intereses y la gravedad de los peligros a los que deban hacer frente. Estas peligros, en gran parte, es de rivalidades o contrapuestas aspiraciones. Faltando uno cualquiera de tales elementos, el sindicato no existe o tiene otro contenido y virtualidad sociales. El propósito primordial en ellos es el de obtener fuerza y respeto dentro de los factores constitucionales del Estado.

Concebido el sindicalismo moderno en los términos que dejo dicho, no es ni puede ser el método apropiado para una ordenada y tranquila cooperación entre los ciudadanos. Lleva, por definición, los estigmas del recelo constante y la disposición permanente para la violencia. Se arman para defenderse contra sus enemigos: el capitalismo, los otros sindicatos o cualquiera corporación a lo que la califican de rival. Su designio no es la tolerancia sino el equilibrio de fuerzas que le permita no ser atropellado por el contendor. En términos de la estrategia internacional de hoy diríamos: permanecen en constante guerra fría hasta que cualquier incidente la transforma en lucha verdadera.

Semejante darwinismo político no puede ser la seguridad buscada en una constitución de tipo mutualista: la simbiosis perfecta o mutuo acomodamiento, para exigir de la naturaleza la plenitud de todo desarrollo. Más aún, reconoce y como que consagra el arreglo de jerarquías y dependencias, sumando sus

esfuerzos para oponerse al poderío de las clases dominantes. No van a destruirlos, van a lucharlos.

Bajo otro ángulo de contemplación, ¿podrían llamarse sindicatos las agrupaciones de trabajadores rusas de la misma rama de la producción vigiladas y protegidas por el Estado a par el partido comunista? Sí, cambiando el natural sentido del término, creado en las borrascas del mundo capitalista para atenuar los moles del liberalismo de tipo individual. Pero entonces sería preferible cambiar la designación para evitar equívocos.

El trabajo se organiza y disciplina en la Unión Soviética de acuerdo con las respectivas líneas de producción y el rendimiento se lo distribuye por un proceso administrativo complejo. El Partido estimula y vigila las actividades controlando al propio tiempo al gobierno a fin de que no se aparte de los fines revolucionarios. Si alguna oposición cupiera respecto de los sectores del trabajo por quien la ordena, sería en ese caso con el Estado. Lo que no es concebible en tan rígida disciplina impuesto.

A mi modo de ver la que está creando el régimen bolchevique, es un nuevo sistema de distribución de la sociedad en clases, más natural y que responde en consecuencia mejor a los fines biológicos de su papel. No se concreta al mero arreglo externo y circunstancial del trabajo común en cada rama y la coordinación de todas en el gran esfuerzo creador de la República; sino sobre todo a la creación de una psicología propia de cada falange de trabajadores.

No se si reproduce con exactitud la realidad vivida en los colchones, el relato admirable que Galina Nicoloiévna realiza en su gran novela "La Siega", pero si no es una traducción estricta de lo real podría llegar o serlo fácilmente: el interés apasionado que los responsables de la labor ponen en superar a lo hecho en otras colectividades y ese compenetrarse de cada uno con los afanes del grupo, que van creando emociones contagiosas entre los más diversos sujetos. La psicología del estímulo creador viene a reemplazar con gran ventaja a la envidia y el egoísmo de otras competencias.

De ese modo van forjándose matices sentimentales y de es-

píritu, que tienen de su verdadera personalidad al grupo. Y como no hay superposición y categoría en el trabajo, se afana cada uno en una noble competencia para hacer mayor y mejor obro. La vigilancia es mutuo entre todos para dar cima al propósito común, vinculándolos así en obra, en sentimientos y aspiraciones. Se tiende a lo que en mi concepto representa la justa constitución clasista: una ordenación de los grupos humanos a medida de sus intereses inmediatos, pero sin sometimiento ni dependencia de los unos respecto de los otros. Cada cual ocupa su lugar en un arreglo horizontal y bajo la suprema vigilancia del Estado. Las diferencias entre los diversos agregados permanecen y deben permanecer para dar de sí un arreglo rico y variado en la entidad político y social, sin representar dependencia ni sometimientos, excepto a los autoridades administrativas.

Después de las anteriores explicaciones valvemos o formular los primitivos interrogantes: ¿Cabe la existencia de una organización política sindicalista aparte y fuera de la lucha de clases? Y luego, ¿Los sindicatos constituidos sin propósitos de defensa sino de trabajo disciplinado y estímulo de perfección no han de devenir, más pronto o más tarde en indiscutibles clases sociales? Nada perdería la estructura social del Estado al convertirse en el arreglo pacífico de las diversos grupos, permitiéndoles a éstos la estabilidad que dé consistencia y sentido de unidad, de donde se deducirían las características psicológicas atribuidas y de costumbres que califican a la diversidad de clases.

Sólo que las meras categorías de producción económica no son capaces de agotar la íntegra vida de los organismos que estudiamos, ni aún ampliándola a la federación de sindicatos. Hay mucho que está en categoría distinta de los medios de producción material e incluso sirven para beneficiar a éstos.

Refiriéndonos concretamente al propio sistema de la producción: hay el ordenamiento de las actividades y coordinación de las mismas, muy distantes de los métodos de arreglo económico, a del debido engranaje de las empresas para tal resultado. Entre otros muchos aspectos de ejemplificación podríamos referirnos al importantísimo del comercio exterior, no protegido ni

resguardado en forma suficiente por ningún sistema de cooperación entre las actividades privadas de las diversas naciones, en especial, en esta hora del mundo en la que cada gobierno, según su método propio, está controlando este aspecto de la riqueza pública y de la prosperidad común.

Existen en las sociedades políticas otros muchos aspectos de importancia que los propios de la producción de bienes materiales, que siendo de significación para el progreso de los pueblos requieren una actividad continuada y permanente; dando como resultado una conducta profesional cuyas consecuencias, al prolongarse en el tiempo, pueden conducir a la estabilidad, emotiva y mental, caracterizantes de las clases sociales. Por esfuerzos que se hagan para catalogar a la religión, supongamos, entre las actividades económicamente productivas, es difícil conseguirlo. El ejército consume y no produce, y puede ser indispensable en ciertos momentos y circunstancias nacionales.

Y sobrepasando a cualquier aspecto funcional particular, el del arreglo jurídico de las relaciones humanas, donde todo es apreciado bajo el régimen de la justicia y el orden. Es técnico especial, irremplazable en forma suficiente con el entendimiento interno entre trabajadores o externo entre sindicatos. La adecuada aplicación de las leyes entre particulares o grupos, no se obtiene por el mero asentimiento de ellos, tiene complejidades mayores, incluso para interpretarlas. Son de distinta índole la alineación y orden físico en la labor de producir mercancías, y la destinación o armonía sociales dentro de cada pueblo para mantener el derecho de cada cual.

En realidad, la jurídico-político cabe tomarse como una especie de sistema nerviosa radial: un centro propulsor de energía de esta clase —núcleo gubernamental— y filamentos o cordones, líneas de funcionarios al margen de los sindicatos, clases y grupos para mantener el orden evitando colisiones.

La función jurídica hoy como nunca se vuelve difícil, desde que se ha superado la noción liberal de círculos aislados de vida pero cada sujeta —de las enseñanzas de Kant— para sustituirlos por interacciones de cooperación y mutuo auxilio.

CAPITULO OCTAVO

LOS RASGOS CARACTERIZANTES DE LAS CLASES SOCIALES

1º—Caracteres Morfológicos.

Los procesos mentales estimulantes de la conducta de cada uno, repetidos, por mucho tiempo, van estabilizándose en prácticas, costumbres y procedimientos propios, que dan su sentido particular de vida a las existencias. Si cada cual habitara un rincón del Planeta sin comunicarse con sus semejantes, representaría una individualidad y destino peculiares, pese a la comunidad hereditaria que corresponda a varios, pues ésta no es sino propensión que hace juego y responde a las circunstancias, que de ser diversas cambian en el resultado.

Pero la experiencia de siempre nos muestra y la lógica de las necesidades humanas impone la convivencia en agrupaciones de menor o mayor extensión, donde se reciben estímulos de conducta de índole muy próxima y en ocasiones idéntica. Ahora bien, los estímulos idénticos deben conjugarse en función de las dataciones personales, unas de raíz y origen hereditarios, otras, netamente personales, como la particular conformación fisiológica; de donde emergen o proceden de nuevo variantes en la respuesta. He ahí el inquietante balance de aproximaciones y distancias en cualquiera existencia colectiva. Las aproximaciones mayores se darán si sobre temperamentos forjados en igual claustro hereditario, que en las mismas circunstancias nacieran y crecieron, intervienen idénticos experiencias: los gemelas de una familia.

Cuando cambia cualquiera de esos factores, cambio a su compás el resultado. Y el producto es tanto más similar cuanto concurren mayor número de coincidencias. El proceso deviene así circunstancial y mudable, como mudan los elementos, y tanto más próximos serán los resultados, cuanto concurren ellos en mayor número.

Con el crecer de cualquier comunidad, se fragmenta en grupos con propios intereses y necesidades, con tanto mayor deslinde y fosa de separación, cuanto aparezcan diversas por condición económica, por régimen de familia, por estirpes desiguales o por razas: siguiendo un orden inverso de gravedad. Los intereses vienen entonces cambiando y multiplicándose y a su medida los fórmulas de vida que se practican. Cuando la disconformidad es original y primaria, según sucede en los deslindes impuestos por la conquista y el sometimiento, hay una rígida descomposición y superposición de grupos que se denominan, en los casos más graves —de disparidad racial— castas. He ahí a las existencias floreciendo en campos contiguos y sin embargo distantes en sus manifestaciones. Cuando es la discrepancia entre los elementos naturales la que ha impuesto o preparado dichas diferencias, son rígidas e inflexibles las reglas sociales que las acompañan y protegen, y sólo el transcurrir de numerosas generaciones pueden borrarlas o siquiera atenuarlas; el proceso va de lo heterogéneo —caso de excepción biológico— a lo homogéneo. Cuando a un cuerpo homogéneo se va separando en funciones e intereses diversas, se sigue el camino opuesto, de que surgirán las variedades. El uno es un sistema integrador el otro desintegrador.

En largos períodos de lucha apasionada, bárbaros y romanos se combatieron, la incomprensión de los unos y la repugnancia de los otros, eran tabiques impermeables poro cualquiera ósmosis social. Pero la convivencia en las mismas comarcas por tiempo indefinido, bajo estímulos semejantes e intereses parecidos, fueran creando las semejanzas que permitieron confundir a los grupos de los altos feudalistas con los de los principales empleados de Palacio en una sola designación, que fué lo de lo aristocracia. Sin embargo la mayoría de los primeros se reclutó en-

tre los germanos y de los segundos entre latinos. De la homogeneidad israelita nacen las doce tribus de Judoh con sus particulares caracteres. Y por los dos opuestos caminos se ha llegado a la creación de las clases sociales. ¿Cómo se presentan entonces en la realidad de las existencias?

La conducta se ha diversificado en pluralidad de manifestaciones, matizando el cuadro social de sus apariencias. Es esto lo que se trata de describir en el presente párrafo.

El tiempo y la constancia de hacer en cada fragmenta del grupo social segmentado, va dando el tono peculiar a los existencias segregados, y con trozos tanto más firmes cuanto más riguroso sea el aislamiento. Es el sentido que cada uno confiere a la respuesta conveniente o eficaz a los estímulos que recibe o a los intereses que mantiene. Sobre todo y particularmente la nota específica se da como un tono sentimental o de decoro del grupo, que crea, tonifica y matiza las experiencias; siendo lentos de ordinario los cambios, pero pudiéndolos apresurar con el curso de numerosas circunstancias aisladoras: supongamos que el contraste es obra de la conquista y el rencor, cuando en pugna se mantienen los grupos, sea por intolerancia de vencedores o vencidos, o por haberse impuesto un régimen rudo o de indebida arreglo.

Pero las peculiaridades tan lentamente adquiridas y a veces con costoso esfuerzo, son don y virtud transmisibles por un proceso hereditario, o mejor dicho por varios procesos hereditarios: los que al individuo como ser viviente corresponde, como inclinaciones o disposición a cierta conducta; y aquella indebidamente nombrada herencia social, que es imitación, contagio y destino obligado, como régimen de la familia, estirpe y clase. Por esos medios adquiere espontaneidad la conducta para los miembros del grupo, mientras es difícil, ardua conquista para quienes no pertenecen a él. Es que a veces no es otra cosa que un tono, una matización en el comportamiento, un espíritu que lo vivifica, una aurea que la rodea. En actos materialmente parecidas se aprecian desde luego intención y ánimos diferentes.

Las clases aristocráticas europeas, después de varios siglos de esmeril en las Cortes bastantes convencionales de los Monarcas que iniciaron tales movimientos culturales, pudieron alcanzar la finura y pulimento que tenían hasta las postrimerías de su historia triunfante y que como supervivencias hereditarias los transmitieron a su descendencia. Los buenos modales se hallan en ocasiones en toques tan sutiles que no es fácil decir como se quebrantan o pierden, ni dar reglas exactas para mantenerlos. De ahí el haberse descubierto un término también muy impreciso, pero elocuente en su vaguedad, para designar el quebrantamiento —no de los prescripciones mandados sino del espíritu animador— dicese, se ha cometido una inconveniencia. No se trata de un franco desconocimiento de los reglos sociales ni de una verdadera desviación de ellas, sino de la pérdida de cierta eficacia o del tacto debido. Una pregunta inoportuna, la intervención a destiempo en un suceso, anticipándolo o retardándolo, pueden representar tales quebrantamientos. Mientras la misma pregunta o intervención realizadas a tiempo, serán no sólo correctas sino amables y bien recibidas.

¿Cómo adquirir los modales de gran señor que hacen dar sin humillación para quien recibe, reprender o amonestar sin insolencia, criticar con superioridad y sin amargura, apraximarse al ineflor sin confundirse con él ni rebajarse de su propia nivel? El recién llegado —el **parvenue**— el nuevo rico, procurando copiar las excelencias de la educación que admira, no hace sino una caricatura de la misma, digna de toda burla. Ha copiada sin identificarse ni valorar su espíritu, demostrando lo ficticio y forzado de su conducta. Por eso es excesivo en las demostraciones, ignorando el preciso límite, y al menor descuido revela su verdadera condición. El caer de los años, uno tras otro, sobre las estirpes humanas, van dejando algo de sí que no se sustituye con nada. Son los imponderables de un recándito sentido de vida, el claro- oscuro de las existencias dispares.

He visto la elegancia con que una gran dama daba a besar su mano al caballero que le visitaba y el torpe además de la burguesa que quizo imitarla. La manera como una aristocrática pe-

netraba amable y sonriente en su salón, conservando el prestigio y altitud de su alcurnia, llamaba señoras mías a las personas reunidas, y ocupaba un asiento entre sus contertulios cual si fuera un trono. Nadie se sintió humillada ni menospreciado, consideraron que ocupó su propio lugar. Mientras las amabilidades de la esposa de un mercader enriquecido, me parecieron tan ficticios, tan desacostumbrados, tan fuera del lugar, adquirían tonos tan insoportables y de protección insultante, que nadie pudo permanecer por largo tiempo a su lado.

Creo natural y de fácil explicación, y no mera apariencia de pose aristocrática, ese disgusto, disfavor, ese mal ver de los gentes de una clase superior a aquellos que intentan por todos los medios intraducirse en sus círculos, y su apartamiento del trato ordinaria de hombres cuyos modales chocan con los suyos propias. En el un caso son tan incongruentes con el propio temperamento las actitudes que mantienen, que se hacen visibles en cualquier momento las discrepancias entre los hábitos tradicionales con lo debido a la nueva educación, pues esta no otorga, y desconoce todo aquello que el tiempo y la experiencia dan y el cultivo a la larga conquista, confiriendo un tono de falsa y postizo a lo que hace el simulador.

Todos los días encuentro un par de ancianos, cuyos afabilidades y pulcritudes están gritando o distancia el esfuerzo que los cuesta: querrían ser afables y son empalagosos. Suena a cristal rajado próxima a hacerse trizas. Y en caso de conservar el sujeta su rusticidad natural, es fácil comprender que disguste y fastidie a quienes hacen gala de pulcritud.

Fué la sensación de incongruencia, de desarmanía con los nuevos llegados, la que condujo a la nobleza romana a despreciar a los bárbaros, no obstante los esfuerzos de éstos por captarlos. El prestigio de los romanos ero estupendo entre los huestes triunfadoras, y la cólera y el desprecio casi insensato por parte de áquellos a éstos. Por eso se afanaban los dominantes a conquistar con dádivas a los dominados, habrían querido restablecer la pompa y el ceremonial del imperio y su refinamiento decadente. Mas las viejas estirpes patricias y senatoriales, recibiendo los do-

nes no ocultaban su apartamento y disgusto de los donantes. Refiere uno de los historiadores de la época, que cierto señor de vieja estirpe latino escribía a un amigo suyo: tu los huyes cuando son malos y crueles, yo los detesto aún cuando sean buenos y dádivosos. El conflicto era casi orgánico, de repugnancia, como lo volvieron o sentir al contacto con los hunos: esos comedores de carne cruda, impregnados de sudor de bestias y hombres, los caballerías de Atila a cuyos soldados los llamaban "los hediondos". Sin embargo Atila, rehen bárbaro en la Corte de los Emperadores, había aprendido los más tortuosos pasos de la diplomacia romana, que los practicó con alta sabiduría en su lucha contra Oriente y Occidente, sin adquirir jamás la elegancia y postura de los senadores.

Es el tiempo y continuidad de empleo ejercitados sobre las cosas o la conducta, los que van puliéndolos o lustrándolos. Nada suple o la virtud de esas continuas repeticiones. Como un anécdota de los más expresivos para prefigurar en nuestra mente el suceso, voy a referir el siguiente: a cierto jardinero inglés se le inquiría acerca del modo de obtener la perfecta uniformidad del césped en los parques de la Gran Bretaña, tan envidiada por la jardinería de todo el mundo. El interrogado explicó, la manera de conseguir es muy fácil: se lo recorta con proligidad cada mañana, y esto durante doscientos años.

En lo humano las imitaciones no remedan a la realidad o corto plazo, sino que requieren un entrenamiento muy largo en forma de volverse habitual y espontáneo la conducta, pues de otro manera nos están amenazando de continuo las desviaciones y tonos falsos. Y éstos en la práctica diario se transforman en ridículos y grotescos, o poco que el falsificador se descuide o no tenga una gran dosis de perspicacia. La literatura europea del siglo pasado fué abundante en relatar existencias parecidos entre los hombres de negocios enriquecidos o los generales de fortuna resueltos o conquistar su puesto entre las altas categorías.

Los hijos del Padre Goriot y sus yernos, en la famosa novela de Balzac, evidencian las contradicciones y dificultades nacidas del vivir en esferas sociales que no nos corresponden, y los sacri-

ficios impuestos por esas convivencias a quienes se hallan en semejante situación. Aquel padre enriquecido en el comercio, que acrecentó céntimo a céntimo la fortuna, para luego entregarla en abundantes caudales o sus ávidas y siempre necesitadas hijas; puede considerarse como una exaltación trágica del amor parterno, en síntomas casi mórbidos; pero al mismo tiempo cabe simbolizarse en él las inauditos exigencias de las clases privilegiadas para quienes sin pertenecer a ellas, quieren incorporárseles. La familia íntegra es víctima de esos destinos, pero hay una figura en la cual se ha extremado el holocausto, el padre humillado y despreciado, al que alguna vez se le permite escurrirse entre los resintos reservados o la servidumbre de los fastuosos morados cuyos despilfarros él sólo los costea. Lo mayor miseria y ultraje para el progenitor, para quien sustenta un brillo que no borra la mancha de origen de sus descendientes. El patetismo de las situaciones personales opacan un poco al sentido social de la obra.

En la inmensa epopeya de Emilio Zola, que el autor titula: "Historia Natural y Social de una familia bajo el Segundo Imperio", se ha hecho la disección más completa que se conoce de los estratos sociales del pueblo francés pudiendo el sociólogo extraer enseñanzas admirables sobre composición de las clases, caracteres propios de las mismas y relaciones entre ellas. La familia Rougeon-Macquart, arranca su origen de la sensual Adelaida Fouque, hija de los más ricos labradores de la comarca. Especie de matriarcado el suyo, pues los hombres que le dan sus hijos apenas pasan por su historio, como los zánganos fecundadores de la Reina en la colmena. De este árbol burgués recién plantado procederán ramas y raíces adventicias múltiples en la genealogía: unas para elevarse y escalar las mayores categorías, otras para hundirse y sufrir espantosas derrotas. Descrito todo en prodigiosos cuadros y vibrantes relatos.—El pueblo que sufre y padece o quien se le humilla y despoja, toma o veces sus revanchas y, en ocasiones, muy crueles. Eugenio Rougeon asciende hasta los más altos escaños del Poder, y desde esas cumbres reparte favores y recibe las humillados adulaciones de la aristocracia; juega

a la popularidad con descarados arbitrios, confiriendo o quitando honores. Pero la venganza apasionada y furiosa encuéntrase en manos de una mujer, la deslumbrante cortesana Naná; la hija del albañil borracho, Coupeau y la abnegada víctima de innumerables desastres domésticos, Gervasia Macquart. Nacida y criada la hija en la miseria—cuando se derumbaron las esperanzas de Gervasia porque el vicio se apoderó de su marido, venciendo en la lucha entablada por ella para salvarlo—no encuentra más salida a los maltratos paternos que la prostitución. Linda, traviesa y descarada, sabe subir de los bajos fondos hasta conseguir el cetro del París galante, a cuyo amparo destroza inmisericorde, nombre, prestigio y fortuna de varios representantes de la nobleza, sin ceder ante la compasión jamás. Familias enteras dejan en los fastuosos salones de la mujer mundana, dignidad y dinero, honorabilidad y corrección.

Es manifiesto que la comprensión perfecta de la psicología de las clases sociales no se da—sino en contadas circunstancias—en la mente de quien no pertenece a ellos. Son perspectivas distintas las apreciados, valoraciones diversos las que se ofrecen al juicio de cada cual, por el centro donde mora a se sitúa. "El mundo de los Guermantes" de Proust, es un ámbito de conciencia crepuscular en el cual sus actores se mueven como marionetas o impulso de ficticios sentimientos. Pero de cuanto el extraño se burla y menosprecio, puede ser motivación muy honda en la clase respectiva: crecido prestigio de abolengo, historietas de hazañas increíbles cumplidas por los antepasados, triunfos y honores militares propios o de sus amigos. La ironía del hombre de distinto medio para todo ello, cabe justificarse, por una mejor apreciación de los valores humanos a que responden, o se explica por resentimiento de vejámenes sufridos. ¿Quién sin embargo es árbitro seguro para la valoración? ¿Acaso en su propio medio no hay minúsculos intereses que se los enfatiza?

En "El amante de Lady Chatterley" de Lawrence, propiamente el conflicto deviene sexual, surgido de desvíos amorosos con que la naturaleza compensa o castiga ciertos excesos mentales y de refinamiento en las familias de viejas estirpes privilegiadas;

cuyos vicios los condujeron a un decrecimiento continuo del vigor y o lo exocervoción de los nervios atormentados. Es el propio sensualismo incontrolable que tanto se ha dramatizado en la literatura y el cine de nuestros tiempos, de la gente de alcurnia que busco en el futbolista o el luchador quien satisfaga sus ansias de violentos contactos. Es una manero de neurosis uterino que reclama enérgicos reactivos. El contraste es ruda oposición y áspero sabor de lo nuevo que sacudo nervios entumecidos en la placidez del destino conquistado, en "El amante de Lady Chatterley".

Me viene a la memoria el recuerdo de una mujer a quien conocí. Lo llamaban madama de la viruta y aserrín, por haber alcanzado su fortuna con el trabajo de carpintería de su esposo. A su economía desahogado quiso unir la que conceptuaba la aristocrática elegancia de la existencia diario. Todo era en ella ademanes ficticios y rebuscados, pero con tan poca acierto y cordura, que lo cortesía convertíase en adulación, las gallardas posturas en brutal insolencia y el idioma escogido estaba plagado de términos no apropiados o contrarios a lo que quería decir, apareciendo con bastante frecuencia las palabras deformadas o con pronunciación incorrecta. En determinada ocasión refiriéndose a un ébrio consuetudinario manifestó, es un ébria prastitucionorio. Se volvía difícil guardar compastura en su presencia, pues ello era un conjunto de ridiculeces e incongruencias.

Por otro lado la aristocracia defiende con vigor el exclusivo empleo de sus actitudes y modales, se resiste o entregar al extraño el secreto de ellos y requiere de los suyos el completo sometimiento o los reglos empleados. Y son tan naturales y comprensibles esos designios, cuanto es timbre de orgulla para la aristocracia el haberlos alcanzado como demostración tangible de su superioridad de la cual no abdicará, sino forzados por las circunstancias. Pero ello no es el resultado de exclusivo reconocimiento propia o auto-calificación, sino expreso o tácito asentimiento de las demás clases. De ahí que al ocupar su puesto político, cualquier grupo inferior, luego de una revolución triunfante, trate de imitarla en sus modales.

Sinembargo no ha de creerse que sea peculiaridad aristocrática la defensa de las propias costumbres y conducta, corresponde también a las demás clases quienes rechazan, casi con rabio, cambios en el comportamiento de sus miembros; excepto cuando hayan decidido suplantar a los superiores como queda dicho.

Menos acatadas y prestigiadas ante las demás, las formas de conducta que practican las clases inferiores, son no obstante para la comunidad correspondiente firmes y resistentes, y cerradas y vedadas a cualquiera invasión de fuera o a cambios esporádicos dentro del grupo. No se toleran los fugas ni los renunciamentos, como tampoco las ingerencias ajenas. El compañero que se aparta es un traidor al grupo y hay que perseguirlo; el extraño que se introduce es un espía y sensor de los actos de los otros, debe desconfiarse de él y apartarlo.

Hay casos en que, por numerosas circunstancias de índole privada, sujetos pertenecientes a una clase han caído en otro inferior, en especial por alianzas matrimoniales —porque el amor enreda cualquier destino— pues entonces se han convertido en víctimas de todos y para todos. De los de arriba, porque los descanocen y los desprecian; de los de abajo porque no los acogen con simpatía y no rara vez los humillan por su caída y sobre todo porque en estos moldes o los residuos de ellos que conservan, ven el diario reproche a los suyos, mas ásperos y rudos. Los mismos que los aman y por quienes se han sacrificado, encuentran a la larga incómodo el contraste y la violencia empleados para atenuar diferencias. La víctima hace desesperados esfuerzos por adaptarse venciendo numerosas repugnancias, pero se encuentra con hábitos demasiado arraigados para descuajarlos de su vida. La tragedia ronda o toles existencias desorvitadas, y se desencadena el rato menos pensado. Claro que semejante gravedad no será, si las clases sociales respectivas son próximas, sino cuando están bastante elejadas.

Un muchacho atrayente aunque de humilde posición social, ostentando el título de una profesión honorable, había logrado conquistar a una joven de alcurnia. Ella siguió abnegado al espaso al seno de su familia, pero el contraste entre su anterior

modo de vivir y los de su nueva familia, era tan rudo, tan diarios los inconvenientes sufridos, tan sin solución las discrepancias entre los hábitos de sus antiguos parientes y los nuevos, que al poco tiempo enloqueció la joven, siendo preciso recluirla en un manicomio. El aislamiento de los esposos respecto de sus parientes y un entrañable amor en ocasiones, ha realizado el milagro de unir estrechamente a los cónyuges.

A veces decide, consciente o inconscientemente el grupo, adoptar los hábitos de aquel al que lo ha desplazado y trata de sustituirlo, como si supusiera que con sustancialmente unido a ellos vinieran el prestigio y dignidad. Tal ocurrió con la alta burguesía francesa triunfante, luego del vencimiento del Rey y la aristocracia del Antiguo Régimen. Entonces se trata de un gran movimiento táctico en que empeñada la mayoría no puede perjudicar a ninguno, sino por el contrario conferir excelencia a quienes lo logran o se aproximan por lo menos. Lo que si se da con todo rigor son las dificultades de aprender e imitar; convirtiéndose en una obra de muchas generaciones de paciente iniciación y diario cultivo. Pues corresponde al papel de nueva psicología que habrá de imponerse lentamente y después de vencer un sinnúmero de dificultades.

No temo insistir en el análisis de esa doble condición que supone el suceso histórico: el plan puramente individual del óvido e inescrupuloso que desea triunfar por encima de cualquier obstáculo, persona tan bien calificada por Rómulo Gallegos como la trepadora; y el plan político que quiere ornamentar sus avances con el prestigio de lo externo y decorativo.

Las clases sociales, no en plan de conquista y ascenso sino de conservación, son celosas de sus atributos y no conscienten de los miembros que las constituyen manifestaciones de independencia o iniciativas perturbadoras de sus costumbres. De ahí el resultado final en cualquier evasión de un sujeto de su propio círculo, al desertor no se lo acepta de buen grado en la nueva categoría a que aspira y es rechazado con rencor por los antiguos compañeros. En consecuencia su aislamiento se caracteriza: por el ferviente afán de forzar a los unos a que los reciban en su se-

no, resuelto a cualquier sacrificio para conseguirlo; y una endurecida e insolente persecución para los abandonados compañeros, en especial cuando los cambios han sido de las esferas inferiores a las superiores, pero en los mismos casos de descenso para conyencer a sus amistades del decidido propósito que lo anima. Con notable énfasis se ha caracterizado en el Ecuador, hasta hace poco tiempo, este insurgir de las copas bajas a las altas y el desprecio demostrado por quien cree haberlos alcanzado, o la gente de baja ralea: el mas despreciable de los hombres, se ha dicho, es el cholo enzapotado. (1).

En nuestro tiempo ha surgido un gran nivelador de las costumbres y prácticas, me refiero al cine educativo. El cine educa aún sin pretenderlo, tiene algo de positivo incluso en los cosas de exhibiciones no recomendables, o lo menos enseña ciertos modales y comportamiento. Rarísimo es el caso de ser total y absolutamente pernicioso. Y por medio de sus enseñanzas es que la conducta del ciudadano tiende a perder mucho de la irreductibilidad entre los diferentes grupos, a medida que se extiende y populariza. Este y otros factores hacen que en nuestro siglo, tan cruelmente democrático y **standarizador**, las diferencias vayan siendo cada vez menos aparentemente visibles, si bien todavía indudables. A la camarera de vuestros hoteles si la encontráis en un salón de gran lujo, sobre un fondo brillante y magnífico, difícilmente la distinguiréis de una gran dama en el primer momento, pero poco a poco y con una observación atenta y perspicaz podréis subrayar lo falso y postizo de los ademanes. Los propios actores del teatro, tan acostumbrados a simular papeles de altos personajes, no llegan a conmutarse con ellos, de manera de poder vivir en sociedad como sus modelos vivirían. La dificultad de traducir en forma exacta el papel que se lo ve representar al personaje que no es miembro de nuestro grupo, ha dado falsos mirajes

(1)—Sabido es que se llama cholo en el Ecuador al mestizo de blanco e indio, y que el uso del calzado no se generalizó entre ellos sino hace poco tiempo.

a escritores de los más notables, que a veces traducen como ficticias actitudes naturales. Rasgas realmente minúsculos para las demás, tomen en su mundo una importancia imposible de comprender por los otros. La etiqueta tiene sus reglas, en pura lógica, insignificantes; en la práctica, de respeto inconvencional.

Pero habiendo señalado los datos experimentales externos, no hemos desentrañado el proceso profundo de su creación, lo cual se da con mayores o menores relieves si se refiere a grupos étnicos heterogéneos u homogéneos, mas en fuerza de equivalentes circunstancias.

Lo comunidad de ocupaciones exige aproximamientos de variada índole entre las personas: creo por ellos amistades, simpatías o simples actos de cortés comunicación, de los que han de proceder relaciones inter-domésticas de los llamados de vida social. He aquí un campo vastísimo de sugerencias que influirán en la fisonomía de las clases. El círculo de sus amistades representando ordinario para el ciudadano la clase a que pertenece, con las consecuencias de todo índole, entre ellos la de imitación y semejanzas, deliberado en forma espontánea.

La señora tal, este caballero, han causado sensación entre sus relacionados por la ornamentación de sus salones, por el traje que llevan, por sus actitudes ante tal o cual circunstancia, por el trato amable o condescendiente? Pues es preciso aprenderlos y superarlos. De ahí el repetido afán de copia y mejoramiento que van reglamentando en secreto la conducta de los grupos. Claro que eso es lo exterioridad, la casaca puesta, el coturno empleado para desempeñar el papel de cada uno en sociedad. No corresponde al significado de sus mejores intereses, pero por un extraño juego de acciones y reacciones los formula e interpreta —aun cuando no en todo caso— según me prometa analizar después. El suceso se da en particular cuando las costumbres se han estabilizado en hábitos firmes y precisos como decoro y prestigio de clase.

El caso se presenta como concurrencias incidentales, que al perdurar por mucho tiempo tienden a confundirse, induciéndolos a considerar a las unas como los insustituibles revestimientos de las otros.

En muchas ocasiones se ha extremado el aprecio de las exterioridades y se han formulado los juicios bajo sus signos exclusivos, dando como consecuencia el calificar de clases sociales a grupos incoherentes, formados por sujetos que desempeñan papeles ocasionales en el arreglo político, según pasa con aquellos constituídos por los empleados públicos de una administración. Sin embargo, hay casos en que si es dable hablarse de estos grupos como de centros estabilizantes de una clase social. Así ha sucedido en las Gobernaciones coloniales para las que se eligieron entre los hombres de la Metrópoli quienes debían dirigirlos. Los españoles venidos de España a las tierras americanas de la conquista, en su mayor parte traían la investidura de cargas y empleos públicos. Al llegar éstos a su residencia creaban el núcleo alrededor del cual se reunían los demás habitantes ibéricos de estos comarcas, creando una especie de corte o clientela —según la categoría del empleado— formado con asociadas, adictos, aliados, comensales o protegidos. Constituían la aristocracia peninsular soberbia y lleno de desprecio por los hijos del suelo. Lujo y vanidad, ostentación, cinismo y suficiencia constituían sus características: el trabajo despreciado por ellos, no los mejoraba y la procacidad en la conducta no los humillaba, si se la ejercía sobre los hombres y mujeres de la tierra de su morada. Las leyendas, históricas muchas, de Ricardo Palma, nos lo describen o lo vivo, y los historiadores de la colonia no han sido menos enérgicos al relatar esas costumbres. Ejemplo vívido es el del historiador González Suárez. He ahí como el empleo y cargo público se transforman en raíz y origen de una clase. Pero es fácil averiguar que ello se debe, no al empleo propiamente tal, sino a la calidad de persona investida con él.

Nace casi siempre de una especie de segregación, selección y aislamiento, —buscado o impuesto por las circunstancias—, entre los administradores y los administrados de los regímenes

coloniales. Corresponde en parte a la necesidad de mantener el prestigio metropolitano y en otra mayor responde al contraste evidente entre las costumbres practicadas. El colorido y encanto de lo extraño y nuevo poro el turista no perduran par larga tiempo entre quienes deben vivir permanentemente dentro de una sociedad que no comprenden o cuyas prácticas los disgusta. El Residente francés, el gobernante nombrado por Ingloterro poro sus dominios, considerándose superiores por origen y sangre a los sometidos o, según dicen ellos, a los protegidos, los menosprecian y sin intención o con ello lo demuestran en los diversas circunstancias de la vida. Pero aún sin esa natural prevención, encuentran o codo instante algo que choca con sus costumbres a que no lo entienden, por cuyo motivo se alejan y aislan, evitando otro contacto que el rigurosamente oficial. Los habitantes del país por su parte reaccionan de manera violenta o en resistencia pasiva. Pueden no llegar o lo guerra, pero la hostilidad está latente. En esos circunstancias cada cual se recluirá en su círculo y en sus propios prácticos.

Al bengdow del Virrey rodea la exuberancia del jardín tropical, recargado del color, el perfume y lo forma de plantas del país. El éxtasis soporífico que envenena con sus emanaciones inundo el recinto y no se encuentran lejos las alimañas de lo selva. Pero el interior de lo residencio se tapizo y decora según las exigencias de lo moda en la Gran Bretaña. Aquí serán recibidos los príncipes y magnates indígenas, poro los grandes ceremancias o los bailes de cortesía, se rendirán reverencias y se derrachará amabilidad, en un marco suntuoso e impresionante, pero muy lejos estaremos de cualquiera intimidad y sentido de mutuo entendimiento. Lo natural y efusivo podrá darse solo en las reuniones de ciudadanas británicas.

Aún na se ha escrito lo historia espiritual de las colonias, o mejor, su proceso sociológico, donde tendríamos lo explicación adecuado de muchísimos sucesos conocidos sólo en el resultado final. Los móviles de los acciones se descubren más que en el acontecimiento externo con sus supuestos causas y efectos, en los impulsos y fermentos internos predisponentes de cualquiera con-

ducta. Lo externo es el estallido, la explosión; lo interno la eficacia acumulada de mativaciones. Existe una expresión común y familiar que sintetizó muchísimas experiencias: de la abundancia del corazón habla la lengua. La vida es hondura y no superficie, lo externo engaña cuando no se lo interpreta en el justo sentido de la causación interna. Al historiador de las pueblos hasta el presente, sólo le ha impresionado la concatenación externa de las sucesas y en ocasiones ha debido atormentar las hechas por incluirlos dentro del programa por él imaginada. Mas que de la Filosofía de lo Histórico —con frecuencia apriorística y sensacionalista— debemos valernos de su Sociología: penetrante, realista y conformada por las hechas. El dato diario y humilde ha sido desestimado ante la fulguración y magnitud de grandes acontecimientos; por eso su descancierta en numerosas interpretaciones. ¿Es concebible que el asesinato de Sarajevo haya precipitado la primera guerra mundial? No, es ese un hecho episódico en conflictos de inmensa preparación y largo origen. El relato que parece anecdótico, con frecuencia tiene mayores dosis de verdad que los documentos oficiales, aún de aquellos donde no se trate de desfigurar las hechas.

A pesar de su abundancia entre las sucesas humanas, el régimen colonial es de excepción y representa circunstancias particulares dentro de la normalidad histórica. Corresponde al parasitismo con sus más graves caracteres: grupos de personas extrañas al medio, que se apasentan en él para succionar las fuentes de la riqueza, vale decirse, las económicas de la naturaleza física y las representadas por el trabajo de los aborígenes. La explotación en gran escala y por los medios más rudos y violentos, o, por la ineficacia de éstos, por la astucia y el engaño —que o todo se acude para cumplir la finalidad prevista— Padría significarse su candición con un término no superado en ningún otro lenguaje, el de origen quechua **huairapamushca** (traída por el viento). Especie de insectas devoradores de los cosechas, como una invasión de langostas.

Después de los análisis precedentes nos corresponde concluir que, no obstante el atributo político perteneciente al empleado público por propia definición y ser tal atributo virtualidad característica de las clases sociales, según hemos señalado con anterioridad, no podemos calificar a aquel grupo dentro de estas categorías, por los siguientes motivos: 1.—Porque su intervención en los asuntos del Estado es directa y manifiesta, no del carácter que ejercitan las clases sociales. Pues a éstas no les pertenece los negocios públicos, ni las tendencias partidistas, ni el comprometerse en cierta política, si bien sus intereses favorecidos o perjudicados por determinado régimen, los hace simpatizar con uno u otro. 2.—Porque la intervención militante de la clase es siempre esporádica, mientras la política es destino de cada hora para el empleado público. Puede no ser partidista, acaso deba no serla, pero es efectiva y eficaz. 3.—Porque el grado y magnitud de las influencias políticas del empleado público responden a su jerarquía y a la naturaleza del papel encomendado, yendo desde una muy poderosa y definidora hasta las minúsculas posiciones cuya influencia es casi nula. Por lo mismo, no cabría designarlos con designación común por tal atributo, habríase de distribuirlos en grupos varios, deduciendo de ahí que no es término calificante ni agrupador. Mientras a cada clase corresponde una fuerza y virtud que, no siendo de cada uno, pertenece al grupo y como tal lo ejercita. Las alianzas más variadas cabe celebrarse, es cierto, pero lo mismo sucede con los partidos políticos a quienes sin embargo nadie los ha llamado clases. 4.—En la escala de los funcionarios y servidores del Estado, todos tienen de común la riqueza honores y satisfacciones de quienes se encuentran en lugar muy prominente y los pequeños y menores, de donde se desprenden numerosas consecuencias por la manera de conducta y deberes sociales cumplidos. Las costumbres tienden a ser dispares e inspiradas por la respectiva clase que cuenta al empleado entre los suyos. 5.—Porque la permanencia y continuidad en el tiempo, que excede de los límites de la vida humana por ser historia de las estirpes, no se dan en las funciones del gobierno, (excepto en casos rarísimos), por lo que ha

desaparecido para ellos la gran causa unificadora de los procedimientos sociales.

Debo completar el cuadro costumbrista con el relato de las maneras de empleo de la riqueza. Fijese bien que hablo del empleo de la riqueza no de su obtención ni de la dotación de la misma entre los particulares; pues he repetido con insistencia que el monto de los caudales disponibles no es el único índice para clasificar los grupos objetos de este estudio. No es subestimar la importancia económica, ni desconocer la tendencia del último siglo a concederle puesto de privilegio entre todos los otros fenómenos, sino señalar su riguroso papel. Debo proclamar enfáticamente que no están en segura e ineludible relación los caudales de nuestro patrimonio y el modo de emplearlos. Hay sujetos que harán lo inenarrable para lucir y triunfar, simulando un fausto superior al impuesto por sus recursos. De modo especial en las clases superiores y entre los asaltantes de distinciones que pretenden elevarse sobre su propio rango. En contraposición ocurre entre los menos favorecidos, que incluso el hombre pudiente no consume en la cuantía que sus posibilidades económicas lo permiten; no por avaricia siempre, sino en la mayoría de los casos porque no experimenta la necesidad o se sienten hostiles para cuanto conceptúan lujo inútil.

¿Quién no ha asistido al derrumbarse de una gran familia? ¡Cuántos desesperados esfuerzos por evitarlo! ¡Cuántos lances desconcertantes! ¡Qué sinnúmero de subterfugios, de trampas de sorpresas para sus acreedores! Causa lástima, produce desolación, sin poderse evitar un poco de ironía ante tantos y tantos ridiculeces a las que se acude poro ocultar el desastre. Cuantas vanidades humilladas, cuantas grandezas destruidas y por los suelos: suplicando en reserva a los unos, impresionando a los otros con falsas empresas, fingiendo ante los menos perspicaces la opulencia un tanto despreocupada pero sólida de aquellos cuyos pagos se re-

tardan por descuido, en fin, engañando o todos. Pero conservar las apariencias se acude a cualquier recurso, pero la quiebra y humillación definitivas son inevitables. El decorado suntuoso oculta la miseria, y el orgullo en su punto hasta el final; a menos de sacrificarlo en aras de un beneficio económico. El prestigio de lo grandeza ha sentado sus reales sobre todo en lo decorativo y externo y hace falta defenderlo hasta el último extremo. Por deber, cuando no por convicción, necesita gastos ingentes para el sostenimiento del prestigio.

Uno de mis viejos amigos que veía venir al suelo su fortuna, se humanó a emprender en un negocio lucrativo, pero eran tales su desconocimiento del mismo y el poco cuidado en la vigilancia de los gastos, que en cortísimo tiempo consumió su ruina. He visto a la anciana señora soportar como la más grave afrenta, la orden judicial para su comparecencia a confesar; llorando de despecho por verse obligada a cumplir tal orden.

En contraposición es fácil observar, como humildes trabajadores, guardando el escaso caudal que no llega a cubrir sus necesidades, una parte mayor o menor, para sus épocas difíciles y sin trabajo, vanse acostumbrando al sistema de ahorro, día a día, mes por mes, hasta llegar a atesorar fortunas en ocasiones considerables. Alguno ha dicho, lo difícil es llegar a conseguir determinado nivel económico, que alcanzado, la riqueza va acrecentándose de manera natural y progresiva. Pero el sujeto ahorrador entre tanto ya se ha acostumbrado al método de vida que comporta numerosas privaciones, las que dejan de serlo para convertirse en hábitos de subsistencia. Algún otro ha dicho: no se acumulan nuestras riquezas en proporción de los ingresos que tenemos, sino del espíritu de ahorro que nos distingue. Y la gente pobre enriquecida por su esfuerzo propio, conserva el mismo ritmo de economía no obstante los abundantes medios a su disposición, por fuerza de los costumbres y por no hollarse atraído por las comodidades tan indispensables para sujetos de más alta condición. No es la avaricia el único motivo de su conducta, sino la incapacidad de gozar en ambiente distinto o con mayores bienes. Un Director de Asistencia Pública formulaba juicios ad-

versos a la posibilidad de incorporar al indio o la vida culta, sobre el hecho de haber constatado que los asilados de esta raza en los hospitales, en muchos casos, abandonaban el lecho blando preparado para ellos para tenderse en el duro suelo. Es visión precaria y poco comprensiva de quien así juzga. Todo lo nuevo y extraña a nuestras costumbres debemos conquistar con lentitud y luego de numerosos ensayos. La Europa tradicionalista no se acostumbra hasta ahora a indudables avances de los norteamericanos, supongamos a la ducho en los baños. Sin embargo cuanta superioridad existe en mil refinamientos europeos aún no comprendidos por el yanqui.

Canocí en mi juventud un opulento señor enriquecido en el ejercicio de uno mayordomía, que entregaba a sus hijos abundantes recursos, contribuía con largueza a los expendios de las comunidades religiosas, pero su vida privada era de una austeridad y pobreza repugnantes: su lecho lo constituía un pequeño tablado sobre el que se extendieron por colchón pieles de ovejas.

A esos económicos conservadores de su fortuna, suceden con frecuencia herederos que la desvanecen en pocos años. Lo causo frecuente es su propósito de ascender en consideración y respeto en la medida de los recursos que tienen, y no en la medida, sino en proporciones mucho mayores, para vencer las resistencias de las viejas categorías, destumbrarlas y comprar el derecho de sentarse junto a ellas. De esta índole son los ostentaciones de los nuevos ricos y de los rastacueros simuladores de fortuna.

He ahí el empleo de la riqueza prestando equivocados mirajes y dando origen a juicios falsos. Como la posesión efectiva de la fortuna disimulada o desconocida o sin empleo adecuado, para poder razonar por sus demostraciones la jerarquía social de sus dueños.

El aspecto digno de dilatados análisis sería la condición complicada que afectó a la clase media en los varios aspectos descri-

tos hasta ahora, por su posición intermediaria entre la alta y la baja, sufriendo en distintas proporciones el influjo de la uno o de la otra; a veces con salarios y medios de fortuna próximos o las de la clase baja y teniendo que guardar un decoro que reclama muy superiores rentas. O de aquel artesanado u obrerismo especializado cuyo aumento de renumeraciones no los ha hecho cambiar de régimen. Pero respecto de la clase media hará falta un estudio particular de ello para distribuirla en su propio destino junto o los otros.

Nado existe de definido ni claramente visible en la morfología de las clases sociales, no es posible trozar en rigor y a lo vivo lo propia fisonomía de codo uno, las líneas que debían dibujarlos, se difuminan y hasta tienden o desvanecerse a paca que se procure fijarlos; pues siendo indudables las diferencias entre los grupos aparecen más bien como síntomas, matices, tintes, tendencias, un cloro-oscuro en el cuadro de los relaciones humanas. Un toque inesperada de sensibilidad poro quienes no forman parte del grupo, un tono inimitable poro las extraños, es cuanto quedo muchas veces de sus intervenciones.

Sobre todo los clases no se estructuran ni funcionan como toles de una manera continua y aparente, no son creadas por lo voluntad de ningún organismo o persona; nadie hasta ahora las ha formulado en sus desinencias exactos ni han establecido los reglos de su aparición, se los aprecio en forma intuitiva antes que razonada. Son desarrollos naturales y no reflexivamente queridos, peculiaridades adquiridos dentro de una comunidad humana como producto de los similitudes de ocupación que el tiempo y el contagio mental los estoblizon. Más que verdadera conciencia de una comunidad de fines que engendre simpatías, significado confluencia de intereses y aspiraciones, de juicio de valores, motivos de rivalidades y egoísmos en el ordinario proceso de las existencias. Es el diario y continuo fluir de sus experiencias y conducta que estimula en igual sentido a todos los miembros de la misma categoría, pero sin que los ate un propósito de comunidad. Por el contrario, se sienten rivales y hostiles, procurando la superación y predominio de los unos sobre los otros en el juego de

exhibición y prestigio de los atributos. Sin embargo en momentos difíciles y de peligro para la generalidad, cuando sus privilegios se discuten y los jerarquías de las clases están amenazadas, se agrupan y disciplinan casi de manera automática sus individuos.

Traduzcámoslo a la política lo dicho con anterioridad. Sabemos que no hay clase social activa sin alguna influencia ante las órganos de la administración, pues los grupos sin prestigio ante ésta ni tomados en cuenta en el balance de fuerzas, es grupo marginal de mis explicaciones. Pero eso no significa en sus manos atributos administrativos ni don de gobierno, ni siquiera militancia en cualquier partido o respecto de cualquier régimen. No forman cuerpos electorales propios, no tienen clubs o partidos estructurados por ellos en los tiempos modernos y cada cual por sí ocupa o no un escaño entre los detentadores del poder. Cuando se habla de un partido aristocrático o democrático, no se lo hace teniendo en cuenta la condición de las personas adheridas a él, sino la bandera que ostenta, los reclamos que mantiene. En los partidos populares de todos los tiempos se han inscrito numerosos aristócratas, ya para medrar a su amparo o por propia convicción; los luchadores en beneficio de las causas aristocráticas casi siempre fueron gentes plebeyas vinculadas por uno u otro motivo con la aristocracia. Sin embargo en momentos de peligro para sus privilegios o derechos, las clases se agrupan y organizan sus cuadros de comando, olvidan diferencias y todos unidos —con las excepciones antes mencionadas— marchan a la batalla. Ese elemento semi-líquido y casi gaseoso se consolida poro desintegrarse después. (Mayores detalles serán consignados posteriormente).

Las anotaciones morfológicas que nos hemos empeñado en señalar, no nos han dado ni podían darnos un escorzo acusado de los sujetos de nuestro estudio, sino meras insinuaciones dispuestas para las particulares comprobaciones, a sea un cuadro de valores adaptativo a las circunstancias. Y las calidades correspondientes al asunto son las que explican los frecuentes desva-

ríos imaginativos en los autores que, aspirando a la precisión sólo encuentran vaguedad, y tratan de sobreponerse a ésta. El rigor científico de la descripción se escurrirá siempre entre las mallas del tamiz empleado, por denso y compacto que se lo suponga. Mas no es ese el único peligro, sino otros varios, entre ellos: que lo externo es demasiado aparente y superficial para fijar sustancias, sin dejar de señalar derroteros y trazar ideogramas; los datos se hallan sometidos en exceso a la interpretación de cada observador, conteniendo sin embargo en sí mucho de objetivo y real; y que la conducta respande con sorprendente ductilidad a las incitaciones de la imitación para no despistar fácilmente a quien los estudia en las apariencias, si bien conserva sus esenciales atributos, como hondos caminos abiertos en la sensibilidad y la emoción para sutiles demostraciones temperamentales. Hay que buscar las secretas fuentes emotivas y valorativas, entre ese abundante concurrir de síntomas, apariencias, signos.

Una señora austriaca que había vivido por muchos años en Buenos Aires me declaraba: los argentinos no saben comer; pues si sus manjares son succulentos y abundantes, carecen de los refinamientos tan en uso en los costumbres europeas. No es lo mismo beber cualquier vino en copas de cristal ordinario que en atrás de bohemia, comer en bajilla común que en loza de Sebres. El hogar halajado con muebles, cortinajes y alfombras por mucho tiempo guardadas en nuestras casas, tiene un confortante calor y un sentido íntimo que no se consigue con ningún dinero. Las prendas de vestir conservadas por muchos años en nuestros cofres y que usaron varios generaciones de nuestro estirpe, no pueden ser sustituidas por nada. Hay algo que quedo y perdura como humano aliento en la morada que vive una familia generación tras generación, en los objetos que usaron, en los prendas que vistieron.

Lo misma entre las naciones que entre los individuos, hay algunas que han conquistado su destino, han cumplido su proce-

so histórico, han estabilizado sus stomentos sociales y políticos; y otras que aspirando o alconzorlos, dudan y desvirtúan el proceso. Las naciones americanas, todos, se hallan en este tronce, desde los Estados Unidos de Nortemérico hasta la Argentino, convirtiendo por lo mismo lo investigación en más difícil. Sobre todo la aristocracia cuyos símbolos ton lentamente se formulan, no pueden tener cánones fijos en nuestros países: 1.—Porque en muchos lo inmigración representa el caudal mayor de los favorecidos por la fortune, no teniendo tiempo ni modos de estabilizar sus prácticos en hábitos rigurosos. 2.—Porque el signo de mayor aprecio en este momento de lo diferencia de clases es el económico, lo que habría tenido que desembocar en nueva formulación de categorías de valores sociales. 3.—Pero antes de la conquista mencionada en el número anterior, una revolución profunda se ha operado en el mundo moderno, como mero aprecio de valor en cambio y en el insurgimiento de la política sindical que luchará contra tal poderío. Puede decirse que otras coordenadas regirán poro el mapa de las clases sociales en el viejo y en el Nuevo Mundo.

2º Los aspectos psicológicos.

La psicología individual del ser humano responde a estímulos personales inmediatos, y a otros ancestrales y de lejano origen familiar, o sea transmitidos por herencia. En el sujeto se encuentran presentes el propio destino y el de lo estirpe. Podemos decir que en nosotros viven nuestros antepasados y de nosotros arrancan varias de las que se considerarán en el porvenir peculiaridades de tal estirpe. La psicología de ella es por lo tanto, el desarrollo congruente de su historio mental evolutiva. Lo cual a más de no significar identidades personales no representa tampoco un avance continuado, armónico y lógico, sino sometido a las variantes impuestas por las fuerzas biológicas concurrentes, los determinantes del medio físico y social y los circunstanciales. De manera que en cada cual confluyen las experiencias del posada y las propias, los ritmos emotivos pretéritos y los presentes adquiridos por cada uno. Conquistas de to-

da índole que la memoria de la especie capitaliza, y aportes nuestros del diario vivir.

Ante todo nos corresponde inquirir por los caudales mediatos de nuestra psicología, las que recibimos elaborados y en comunidad con los demás del propio grupo, para luego señalar como se operan y actualizan en cada conducta y los aportes particulares a ésta, debidos a cada iniciativa.

Y debemos apreciar en el hambre y su psicología original, cierta infrestructura, no de líneas seguras y definitivas, sino maleables y de adaptación, que trae al nacer. Es a la manera de propensiones e inclinaciones, pero también algo más concreto y real, configurado y firme, que son los instintos. Los instintos como memoria de la especie, en la humano, si bien dirigen y encaminan, pero no se imponen a lo menro de una fatalidad invensible o regla sin excepción en la historia particular y momentánea del individuo, aún cuando sí en su conjunto y ordenando la vida del grupo, son los calificantes de su conducto. Molde variables para experiencias múltiples.

A la manera como algunos colorantes se fijan y afirman por la sumersión sucesiva del objeto en varios baños de consistencia diversa, así el individuo humano recibe múltiples sumersiones en numerosos impregnantes hereditarios. La raza es el primero de los impregnantes que perdura en los grupos humanos, como una posición a sentido orientador de la vida. Yo he significado con rasgos muy genéricas el sentido de semejante impregnación, bajo el prestigio y a la luz de los conocimientos históricos, cuando demostré como a los arios los había calificada el sentido político y de organización del Estado, en el interior del mismo; y en el orden internacional, su ideo de predominio a un imperialismo capaz de convertirse en el pensamiento de un gobierno universal. Mientras entre los pueblos amarillos predominaba la excelencia de las virtudes domésticas, incluso en las relaciones oficiales de los grandes Imperios. (1)

(1) Véase mi obra, "Los nuevos signos de la cultura en el mundo de la post-guerra". (Quito, 1942)

Significado biológico un tanto más preciso nos ofrece la contemplación de cada nacionalidad, si ella es, según yo la he calificado, mutación dentro de la especie; o sea, variedad durable que no responde a sólo las circunstancias ambientales.

Junto a ella la estirpe de que descendemos, múltiple o una, con esa especie de endogenesis o exogenesis que nace de la conjugación entre parientes o extraños. Y lo que debemos a nuestros inmediatos antepasados. O con una distinción que a veces se usa: lo atávico y lo simplemente hereditario.

Pero si son tan extensos y múltiples los aportes hereditarios ¿ellos calificarán en plenitud cualquiera existencia con seguridad completa? No, por los razones que a continuación digo:

En una hipótesis desde hace larga fecha sostenida por mí, (1) mantuve que la herencia biológica de los caracteres no representaba dotaciones seguras y específicas de los atributos de los ascendientes repetidos en sus sucesores, sino una cierta propensión a determinado orden de resultados, en forma tal que, sin reproducir necesariamente las calidades del progenitor puedan dar de sí equivalencias de naturaleza parecida o similar. Materializando el proceso e inscribiéndolo en los portadores del mismo, me atreví a señalar a los determinantes o genes como meras activadores del suceso viviente, a la manera como actúan los enzimas o fermentos en lo químico inorgánica u orgánica respectivamente. No entran en el producto como elementos constitutivos pero lo favorecen. Y siendo en este sentido neutros, se hallan en aptitud de servir, sin desgaste, a numerosas experiencias y realizaciones. Con aplicación de tal hipótesis cábeme explicar que, las características de los ascendientes no siempre se han de reproducir idénticas en la descendencia, sino de acuerdo con los medios que rodean al sujeto en el momento de fijación del atributo: medio uterino con sus deformaciones momentáneos o continuas, el ambiente geográfico y físico en general que lo circunda, y las exigencias sociales en sus varios grados.

(1) En mi libro "Los resultados sociales de la Herencia" (Quito, 1936) hállase expuesta la hipótesis a que hago alusión.

El estímulo externo pone en acción los activadores transmitidos y fija la orientación y el proceso formador. ¿De esta manera no pudiera mediar en la disputa entre la escuela de Lysenko y las de sus opositores?

Si queremos esclarecer los móviles de la conducta en el hombre o siquiera emitir juicios un tanto acertados sobre ella, hace falta inquirir por los ámbitos fisiológicos y mentales dentro de los que se desenvuelve. El campo mejor explorado hasta ahora respecto de las operaciones del sujeto es el de lo conciencia, significando por ella el espacio mental iluminado a plenitud por el yo operante, o sea el que se halla controlado por la persona y responde a sus decisiones. Este recinto visible para cada uno, donde se reciben las incitaciones y actúan los comandos que dirigen nuestro comportamiento, encuéntrase delimitado por franjas o bandas de distinta intensidad en luz y exposición, la una por debajo del umbral de la conciencia, y la otra más allá y fuera de control o con control remoto y apenas perceptible para el yo. Lo inconsciente sumido en una nebulosa en el comienzo, se va ensombreciendo a medida que nos hundimos en su entraña; y lo supraconsciente, que es supraracional y ligado a las mayores energías disponibles en los destinos humanos, no es la tiniebla sino la claridad, si bien la claridad distante que no nace de nuestra mente como de su foco, sino a ella se impone y en ella se refleja, por lo que desconcierta a la persona dotada de sus dones, pues supera a cualquier intento directriz: la adivinación, la visión a distancia, la premonición, los conocimientos que no proceden de juicio ni razonamiento sino son intuitivos, como la ciencia infusa.

Tenemos por lo dicho: un espacio señoreado o dominado por la mente, en el cual la voluntad puede ejercitar las iniciativas de que es capaz; el profundo abismo de lo inconsciente, en cuyos más lejanos círculos se encuentran las raíces de la existencia de la especie, junto a los conquistas de la vida para poder supervivir, y además todo aquello que la inteligencia ha perdido como iniciativa en fuerza del hábito de hacer, para sumarse a los recursos espontáneos; y las reberveraciones de lo milagroso

o irrevelado, de aquel conocimiento que desligándose de los métodos ordinarios del saber nos pone en contacto con cosas y seres, relaciones y dependencias distantes y sublimes. Como nota común y ligante a esas varias esferas del pensamiento, los signos de placer y dolor, dándolos temblor e impulso de acción, y las emociones en que tales notas se traducen.

De todas las enseñanzas de Freud, la que a mi modo de ver es digna de la mayor alabanza y reconocimiento, es la que ensanchó y dió preponderancia, sobre el limitado teatro de la conciencia, a las demás fuerzas temperamentales y éticas concurrentes para conferir a la persona su relieve, incluso explicando por ellas las modalidades conscientes. En verdad era inexplicable el abandono del mayor número de los recursos para contentarnos con una parte limitada de ellos, a veces apreciando los efectos con olvido de las causas. Lo excesivo en el freudismo es el papel asignado al **libidum**.

Para no complicar más aún la lectura de este trabajo de suyo tan difícil, me abstengo de internarme en las constataciones y ni siquiera descripciones de las realidades señaladas. A mi propósito es bastante recordar ciertos datos y resultados que se dan en el proceso de las existencias y van a forjar la trama de nuestra conducta. Desde luego nos impresiona la importancia para todos los seres vivientes de los instintos. Cuyo nombre cubre inmensa disparidad de realizaciones, entre las cuales quiero destacar la siguiente: sus maneras de constitución.

Los instintos animales tienen dos orígenes diversos para la especie: los primitivos y originarios nacen de la propia expansión de la vida y los esfuerzos del ser organizado para conservarlo. Condición esta aplicable a todos los seres no inorgánicos. Se produce antes de la aparición de la conciencia individual en el reino de lo viviente. Sus calificativos debieran ser, por natural destino, la presión del exitante y la seguridad de la respuesta. Y así parece acaecer en los animales pero no en el hombre, como lo explicaré poco después. Otros instintos —los peculiares de cada especie—, sobre todo genéranse en hábitos de hacer, repetidos por muchas generaciones, y que convertidos en automáti-

cos por la repetición, fugan del campo de la conciencia para sumirse en el régimen de lo inconsciente. La transmisión hereditaria continuada por siglos, restando todo lo individual, lo transforma en patrimonio del grupo. A estas manifestaciones del instinto son a los que cabe denominarse con rigor, memoria de lo especie, en vez de ser calificativo genérico.

He ahí el primer síndrome hereditario: los instintos de varias categorías que rigen las existencias y las tiñen de intenso matiz emocional, por ser cumplimiento de funciones fundamentales y descarga de acumulados exitantes en el organismo. Sin embargo, para el hombre, esos complejos revisten peculiaridades muy suyos.

Los naturalistas nos han dicho: el ser humano parece provisto de menor número de instintos que sus antepasados animales, y, en todo caso, con calidades menores de seguridad en su comportamiento (1). Y los psicólogos nos han dado la siguiente explicación: la verdadera conquista del ser racional es lo de los dominios de la inteligencia y el razonamiento para conducir sus actos, o sea, número considerable de caminos o posibilidades entre que elegir. Su conducta es electiva y selectiva, no soporta los rigurosos mandatos y aún a riesgo de la inseguridad en los procedimientos prefiere el poder de la iniciativa.

Con una ingenuidad y decoro difíciles de mantener en el escabroso temo elegido, Longo —o el autor que fuere del relato— refiere los amores de las no iniciados e inocentes Dafnis y Cloe, entre quienes el instinto genésico despierta emociones imprecisos y ansias renovadas cuyo destino no comprenden. Susurra a sus oídos la voz del instinto pero no la entienden. En vano gente experimentado sugerirá a los amadores modos y formas, sólo la experiencia será capaz de salvar el conflicto. Nunca quizá fueron descritos con mayor magistralidad los vocacio-

(1) A la afirmación de algunos sobre el menor número de instintos en el hombre han opuesto otros criterio contrario, pero todos coinciden en la falta de fijeza y claridad del comportamiento instintivo para nosotros.

nes del instinto y el dulce tormento de no saber responder a sus requerimientos.

Remy de Gourmont con la espléndida riqueza de imaginación y de lenguaje que acostumbra, ha tratado de poner en evidencia como todos nuestros órganos y facultades tienen un destino concurrente, "la conservación de la vida", lo que equivale en sus explicaciones a "la conservación de la especie". Señalando al mismo tiempo las emboscadas y sorpresas que obran en tal instinto para desconcertarnos y dirigirnos por sendas indebidas (1)

Con suma cautela y encanto refiérenos uno de los hermanos Goncourt, en su novela "Querido", el difícil y desconcertante paso de la niñez a la pubertad de una jovencita que creía morir por la evacuación natural del exceso de sangre núbil.

Dos portes se descubren en este instinto primario, el genésico: el cumplimiento de la función vital a que corresponde, para el que hacen falta actos precisos y determinados; y el matiz afectivo circundante y penetrante, en la satisfacción del deseo. Por ser conocimiento lo uno y conducta a resolverse, tiene las mil encrucijadas de la elección; por ser lo otro facultad en gran parte fisiológica de cumplimiento de una actividad, tiene la seguridad afectiva por encima de cualquier propósito. La voluntad se quiebra en este punto y se impone lo emotivo sobre lo inteligente.

¡Cuántos han sentido crecer en su corazón pasiones reprobadas por su entendimiento y en qué sinnúmero de casos el acto reflexivo que condujo a un matrimonio conveniente no ha sido castigado con el más duro fracaso!

Los instintos, por tonto, en el hombre son hereditarios pero no de seguro destino sino en el caudal emocional que los acompaña. Siendo iguales estos atributos en los instintos originarios y primordiales que en los secundarios o causados por los hábitos convertidos en espontánea acción.

(1) Remy de Gourmont, especialmente en sus obras, "Física del amor", "Un corazón virginal" y "Cartas de un Sótiro".

Las pasiones revelan el predominio de lo emocional sobre cualquier otro aspecto de la existencia. Es el alineamiento en formación defensivo y combativa de las fuerzas fisiológicas. Puede ir acompañada de un vivo conocimiento o de estados crepusculares de la conciencia, si bien esto último es lo ordinario. Las pasiones son la tortura del hombre o son su exaltación, a medida del objeto o que se aplican sus enormes fuerza y vitalidad. El hombre apasionado es capaz de nobleza o perversidad, pero no es el supremo egoísta que se lo recluta entre los calculadores y fríos, casi siempre carentes de imaginación y de acendradas virtudes.

Lo apasionado, por ser agitación fisiológica al mismo tiempo que mental, deja tras sí cambios fisiológicos de importancia, en esa especie de memoria orgánica que dichos cambios significan, en cuanto pueden reproducirse sin presencia actual del estímulo. Las pasiones son por lo mismo caudales hereditarios transmisibles a la descendencia.

De las varias pasiones a que se halla sujeto nuestra naturaleza, la que ha sido exaltada y casi divinizada por el cristianismo, es la ira: no sólo en los transportes de indignación de un San Bernardo, cuando llamo a juicio a todas las potestades espirituales, que hicieron de la Tierra y sus bienes como cerrado de su ambición y avaricia; no sólo en el cíclico tronar del Gran Gibelino, llamando a cuentas y condenando sin remisión los siete pecados capitales entronizados en la gloria y vanidad de soberanos laicos y eclesiásticos; no sólo en Moisés que rompe rabioso las Tablas de la Ley, en contemplación de la incandescencia y temeridad de los israelitas; sino en la propia figura inmaculada de Jesucristo, irgiéndose terrible para fustigar a los mercaderes profanadores del Templo. Aún el orgullo pierde su aspecto bestial cuando es reconocimiento de las altas virtudes del espíritu y apartamiento con repugnancia de los vicios comunes que mancillan a un grupo o clase. Lo sórdido e intolerable es el egoísmo que se suplanta a todo y nada arriesga, recagiendo en cualquier campo cosechas propias y ajenas, como si cuanto existe fuere su heredad y patrimonio. Es la avaricia de todos los

bienes terrenales y el despojo convertido en precepto, pero no luchando para obtener sino reptando para subir.

Y por ser las pasiones en la genialidad de los seres, historia y creación relativamente reciente, debemos adscribir las entre los determinantes de los caracteres nacionales: aquellos que producen el sentido del honor y la gloria, de catástrofe y dolor, de fuerza o impotencia.

Y si ascendemos a las llamadas esferas superiores de la mente, donde se forjan las abstracciones y las ideas generales; vemos que los hombres las adquieren mediante experiencias repetidas realizadas en colectividad, con sus semejantes, y mutuas influencias entre los agrupados. Las experiencias de cada uno sumadas a cien mil experiencias de sus contemporáneos, que mutuamente se comunican y a millones de las generaciones sucesivas, heredadas de aquellos, formulan en una palabra o concepto que las recoge y concentra. Pierden lo que tienen de particular y concreto, para ser genérico e indeterminado. Su contemplación detallada y completa corresponderá hacerlo cuando estudiemos los caracteres sociológicos de la constitución de las clases.

Así como los estados placenteros o dolorosos son la aurea que rodea a los instintos y sensaciones, la emoción acompaña y vuelve tensa y vibrante a las decisiones de actuar correspondientes a los estados pasionales; y las ideas puras, los altos juicios y las conquistas subidas de la razón, se revestirán de color y en tusismo, dejarán de ser fría contemplación de sucesos desinteresados, desde que los penetre y anime un hálito afectivo que los transforme en sentimientos, cuyo objetivación es el arte: arte de concebir y amor sus concepciones, la ciencia; de perseguir y sublimar emociones amplificándolas y generalizándolas, las bellas artes.

Las ideas abstractas, los juicios o ellas inherentes, la fuerza del razonamiento, son sobre todo adquisiciones debidas a la estirpe e incorporadas como patrimonio de lo mismo en función del medio social donde se producen. Son la economía y coordina-

nación de los trabajos sociales, guardadas en la caja de caudales de ese conjunto humano.

He de reforzar mi criterio, insistiendo en que, el sustratum hereditaria psicológico se encuentre sobre todo en las estados afectivos de las varios órdenes enunciados: dolores y placeres orgánicos, duros y toscos en las sensaciones directas recibidas por el individuo, pero excedidos y agigantados en las experiencias de la especie; emaciones de impulso forjador y reivindicativo, en las grandes pasiones; y decantada y purísimo luz, en los nobles sentimientos de los mejores. Sobre esos fondos se bardan y florecen los múltiples exitantes de la acción y el régimen y el ritmo de la conducta.

Y si todo es fluctuante y sujeta a variaciones en el caudal hereditario, su indeterminación es mayor al referirse a las ideas generales y abstractas, pues para ellas no hay sino una especie de contorneado o prefiguración del contenido, que se convertirán en realidades mentales con los materiales propios de cada sujeto. De ahí la disputa sobre su calidad de esencia de las cosas o de sólo apreciaciones personales de las mismas.

Compréndese como los elementos últimos temperamentales pueden coincidir sin confundirse, preparando la estructura sentimental propia de los grupos. Pero son tan poco aprensibles y materializables, tan poca objetivos por su propio condición de síntoma o coloración del hecho y dato, que nos explicamos el por qué no es fácil destacarlos y menos aún describir su proceso y contenido, ya que al hacerlo hay que sustantivarlo en lo que lo contiene o a la que se le atribuye. Y si no se ha podido pesar ni medir los aportes sensibles hereditarios, tampoco se ha hallado el cuadro de Mendelejeff de las emociones y sentimientos, por más que estos sean de especificidad mayor.

En el orden de lo instintivo —yo quedé subrayado— sus repeticiones se dan con aquella devaluación que en el hombre tiene el instinto, para conferir ancha margen a la inteligencia, que es por naturaleza electiva y de vastas posibilidades.

Agréguase a cuanto se ha apreciado en los análisis precedentes, el choque y conflicto frecuentes de herencias dispares, por

La conjugación de seres de distintas estirpes o de dotaciones disímiles por cualquier motivo, con ese difícil acomodamiento y selección de atributos que es su corolario; y se completará el gravísimo conflicto ante el cual nos hallamos para precisar y prever el resultado.

Sobre los indicados fondo y propensión, temperamento de origen hereditario y perdurable, vienen los experiencias de cada uno, o sea la cristalización de los propios atributos. ¿Cómo se lo realiza? Con intervención del medio circundante.

El caudal hereditario biológico y psíquico que los antecesores entregan a sus descendientes, es uno especie de crédito indeterminado en cuanto a los bienes con que se lo pagará, lo que depende de las circunstancias concurrentes a la época de cada vencimiento. Y esto ocurre desde la vida uterino hasta la finalización de cada existencia. La vida prenatal es lo rodeada de los más densas influencias extraindividuales. Dependiendo íntegramente de la madre, su influjo se deja sentir en todo momento, lo penetra y lo constituye. En consecuencia el desarrollo hereditario se dará a medida y en la dirección que ese ámbito biológico lo determine. Si la madre es plena de salud y fuerte, sin preocupaciones ni disgustos: las condiciones serán óptimas en el empleo de las dotaciones hereditarias del feto. Si las circunstancias son las contrarias, el pago será hecho no en bienes sino en toras y peligros. Al lado de ello hoy que contar con aquellos otros factores que no siendo hereditarios lo simulan: el contagio en el feto de las enfermedades momentáneas de la madre.

Luego el niño en el mundo, a descubrirlo y a realizarlo. Pequeño Simbad de viajes innotos, que llevo un tesoro sólo válido en sus monedas, los recursos de su herencia: valor en cambio, en los accidentes de su recorrido, inagotable y siempre creciente o compás de sus nuevos conocimientos. Los lugares que descubre y con los que se enriquece su mente, son: primero, el hogar

doméstico, habitado por sus próximos parientes; luego el jardín de infantes a donde acuden los hijos de gente de la misma posición social y posteriormente los otros grados de la educación.

He ahí como en nuestro porvenir van marchando unidos lo individual y lo social, en uno como destino paralelo permanente de conquistas del individuo en preparación de modelos colectivos. No se pierden las iniciativas particulares, pero en su mayor parte son dadas y se despiertan al influjo del medio en el cual se actúa. Ahora bien, si las dotaciones hereditarias son similares, el teatro donde se desenvuelve la existencia igual, llamándonos con las mismas voces y provocaciones, es fácil explicarse los parecidos.

Pero se ha de subrayar con el debido énfasis la presencia característica de cada personalidad. Hay mucho de propiedad exclusiva del sujeto: como constitución orgánica; sensibilidad de respuesta a los estímulos; claridad, intensidad, hondura, brillantez o sombra en el ejercicio de las dotes intelectuales; energía o blandura de la voluntad. Y no todo ha de atribuirse a desigual influjo del medio sobre los aportes hereditarios. No es raro el caso de desviaciones temperamentales en una familia que sorprenden y desconciertan a cuantos la conocen. Todo el ámbito físico y mental ha sido idéntico y sin embargo el resultado totalmente opuesto.

En determinada provincia de nuestra República vivía una familia ilustre, cuyos destinos parecían estar favorecidos por un sinnúmero de ventajas. La conducta de sus miembros era modelo y regla de comportamiento para los mejores hombres de su sociedad. Notables figuras ilustraban su genealogía, bellos rasgos de heroísmo se contaban de sus miembros y nada pugnaba entre ellos contra las costumbres y moralidad comunes. Pues de sus entrañas nació y a sus pechos se amamantó la figura de contraste: un malvado, en toda la extensión de la palabra, escandaloso y cruel, sólo subsistía por el atropello y la violencia, para lo lujo y la ira, y para todas las pasiones desenfrenadas. Capitán de asaltadores de camino, había sentado sus reales en cuevas descubiertas a las estribaciones de un cerro que domina profundo

barranca en cuyo fonda se precipita tumultuoso y ancho río. Allí tenía éste nueva Barba Azul el castillo de sus concupiscencias, a donde arrastraba a doncellas de las más varias categorías. La imaginación popular le rodeaba de atributos muy raros y le prestigiaba con una aureola casi demaniaca. Sinembargo la nobleza de su estirpe se demostraba en algunas rasgas heroicos o generosos. Fue una especie de héroe popular de todas las maldades e infracciones de la Ley.

En sentido cantraria pero coherente ¿acaso el abolengo de las Ganzaga —gente de garra y de presa— no se prestigió con la figura de macedumbre pocas veces igualada, de San Luis?

Para matizar las cuadros temperamentales, fuera de lo dicha hasta ahara, debemas referirnos a lo siguiente: cualquiera que sea la espantaneidad en la conducta y el grada de autamatisma en el hambre, es evidente que respanden sus accianes a procesas psicológicos, en mayor o menor grada, complejos, que engendran nuevos estados en la mente a en el montaje orgánica respectivo, a en unas y otros según los efectos ordinarios. Incluso las que se llaman reflejas candicianadas, na se producen por los meras mecanismos primordiales, sina con complicados aportes subconscientes y en mérito de una memoria argánica profundamente individualizada. De mada que la conformación que en nuestro cerebro adquieren las octas resueltas, antes de cumplirlas, vienen a madificar las relaciones íntimas psicológicas inspirándalas para la decisión final y para respander o ella, consciente o inconscientemente, así como enriqueciendo el tesoro de sus experiencias y memorias.

Lo repetición de semejantes actuaciones impuesta par las circunstancias de la propia existencia, influye en la adquisición de hábitos permanentes; los que imitados par otras sujetas del grupo, se convierten en maneras sociales; y cambiadas en espontánea hacer y transmitidos par herencia, pueden ariginar, a la larga, patrimania de lo especie con el nombre de instintos, a a lo menos de la estirpe, en calidad de actividades no reflex.

No puedo inhibirme de plantear a lo menos en el presente acápite, algo que siendo proceso y resultado colectivos tiene sin embargo resonancia individuales de las mayores, me refiero a los sistemas imitativas que forman juego y se confunden con frecuencia con el contagio mental.

Hoy imitación: cuando un sujeto a resuelto, espontánea o reflexivamente, efectuar actos o seguir una conducta practicados por otras personas. Y contagio mental: si alguien en presencia de demostraciones físicas correspondientes o un estado de ánimo, siente surgir en sí el ánimo respectivo, o medido de su temperamento.

En el primer caso hay una actividad social propiamente dicho, que coordina formas y modos de procedimiento del respectivo grupo de personas, con resonancias internas, claro está, en la conciencia del imitador que le aproximan al modelo, en la medida de la dependencia existente entre la ejecución y los datos espirituales que los constatan. Mientras en el contagio mental se conserva la independencia del individuo en su esfera interno, donde se reproducen no las motivaciones de otro sino las propias. Lo externo aquí es sólo el despertar, lo llamada a las internas resultadas. Si imito, dependo de alguien y o él me aproxima; si sufro el contagio, es la propia vida resuelta por sus medios, si bien en virtud de estímulos que sienten también los demás. Los ejemplos se darán cuando hagamos la investigación sociológica de la constitución de las clases sociales.

Los semejanzas están dadas por consiguiente, cuyos contrastes deben buscarse en las dotaciones particulares: intelectuales, emotivos y sensibles; no muy discordantes en la mayoría de los casos dentro del grupo que mantiene una existencia común, pero en ocasiones distantisimas en su diapason. Debiendo eso si repetirse que ni lo uno ni lo otro se expresan en cifras,

ni dibujos, ni contornos claros y determinados, sino en cierta estimativa genérica que en impresiones muy imprecisas se traducen.

Se ha descrito a la aristocracia inglesa como un tanto rígida, pero pulcra y respetuoso de lo ajeno dignidad; correcto, pero fría en sus modales por el temor a exteriorizar las emociones que lo concideran de mal gusto. Así su corrección corresponde o externas apariencias y excesivo respeto o las jerarquías. Casi no se va a más allá cuando se la describe dentro de la sociedad británico o la que confiere dignidad y prestancia tradicionales. Pero ¿qué se ha dicho con aquellos epítetos? Acaso nudo; quizá todo. Nudo como calificación real y concreta de actos realizados. Trátese sino de pintar un cuadro histórico con tan débiles fundamentos y el más autorizado historiador o cronista no nos presentará sino una caricatura de la existencia inglesa, un museo de cera con galvánicas agitaciones. Será todo, como postulado de conducto, etiqueta social, regla cuyo quebrantamiento merecerá el durísimo reproche de sus iguales, pero interpretada y aplicada por quien corresponde.

Ateniéndonos a semejantes normas es fácil comprender la enormidad del escándalo que representa cualquiera transgresión. Mucho peor si se desconocen todos los preceptos y se hace sarcasmo de ellos, según se lo hizo por aquel demoniaco personaje, para los hombres de su generación y de su categoría social, que es para nosotros eminente cumbre entre los personajes británicos de mayor prestancia, el poeta Lord Byron.

La burguesía francesa es ordenado, económica, práctica; enemiga de las exageraciones y del desplante; en contraste con la bullente vida del pueblo, sobre todo en las grandes ciudades y en las épocas de agitación en que todo trastorno, vuelca y desprecia. ¿Se refiere a la burguesía que trabajó denodada para sustituir a la antigua nobleza, o a la pequeña burguesía ansiosa de tranquilidad? ¿Y cual es la línea de deslinde entre la una y la otra?

En la América, aún no han tenido tiempo las clases de cimentarse con sus características diferenciales bien definidas, o por lo menos esto sucede en las superiores categorías.

En la América Sajona, porque las grandes fortunas, que son los atributos correspondientes a las clases privilegiadas, dentro de la organización propia del presente siglo, corresponden o reolidades recientes y en todo caso en proceso constitucional: crecen y sobresalen a cada instante nuevos empresarios o hábiles capitones de la industria, emergiendo desde muy abajo, en la mayoría de los casos, sin haberse afincado firmemente como grupos estables. Las clases están por formarse en la psicología de sus hombres, hasta ahora sólo inspirado por la fortuna que los sopló ciega, hacia destinos inesperados. No han cumplido el ciclo necesario a su cristalización. Sus abocetadas formas temperamentales, que no son sino el trazo primario de un sistema de correspondencias y de intereses, se han querido sintetizar en un concepto común pero de escaso sentido: los americanos son unos niños grandes. Es que se las ve eufóricos en el goce de su fortuna, queriendo vivir cual si el mundo fuera una pelota de fútbol que lo han de conducir a patado limpio a donde ellos pretendan. Su falta de modales no corresponde del todo a un estado infantil sino a una educación defectuosa de quien no sabe ennoblecer el empleo de sus riquezas, como si los estuviera permitido todo por poseerlas. Y si los encontráis afables, francos y obsequiosos con sus amigos, a poco que los escudriñéis y analiseis vereislos protectores y llenos de suficiencia. El golpecito en la espalda que os dan, a tiempo de ser confianzudo además, es el espaldarazo por el cual os declaran dignos de su condencencia. Y no distinguen en esto a hombres y naciones los senadores americanos, que ponen a cada instante un temblor de cólera y miedo entre los estadistas europeos o quienes omenozan sin rubor, suspender el plan de préstamos si no se someten a sus exigencias. Es el caos de una inmigración exorbitante llegado de los cuatro puntos cardinales, creando su incongruencia

ética y social, apenas mitigada por el propósito definido y apremiante de hacer fortuna (1).

El suceso en la América Indígena responde a otras circunstancias: a la necesidad originaria de jerarquizar grupos étnicos, cuyos aportes temperamentales diversas, a la vez que perturban los torrentes hereditarios, son elementos concurrentes de una riqueza de posibilidades para la prole, que recibe de ambos lados notables contingentes. Mas de momento, las concurrencias perturbadoras son las que rigen y dominan cualquiera sociedad mestiza. De manera que la propia figura del mestizaje fué la primera sobre la que hacía falta trabajar, sin haberse alcanzado del todo hasta este momento su estabilidad y armonía.

Además, suprimida la nobleza ibérica en nuestros países, ocupó su puesto el criollo distinguido, quien estaba en el caso de forjar los hábitos de la nobleza. Copió desde luego con escaso éxito las costumbres de las cortes virreinales y de los audiencias, y ha intentado dar su peculiar sentido a la vida, sin conseguirla: ya por el poco tiempo transcurrida, ya por la flexibilidad a que tuvo que acostumbrarse en atención a los varios factores que la integraron, como las militares de fortuna y la aristocracia de toga o la profesional. Así nos encontramos con una clase privilegiada de escasas tradiciones que no consiguió siquiera el barniz superficial de la burguesía del "Vieja Mundo". Y fuera de los motivaciones señaladas para impedir la constitución de una aristocracia robusta entre nuestros pueblos, la circunstancia del cambio reciente del título para esa categoría, que sustituye lo étnico y racial por el predominio económico o de la riqueza. Plutocracia, mejor como un peligro que como una realidad en muchos de nuestros Estados. La aristocracia vendría a reclutar entances sus efectivos en la banca, el comercio y la in-

(1) El notable comentarista diplomático inglés, Harold Nicolson, llamó muy a lo vivo la atención entre los primeros días de este enero de 1954, sobre la conducta despreocupada y poco tímida de los yanquis en el orden internacional, al crear un sentimiento de malestar en las demás cancillerías.

dustria. Y donde hay grandes yacimientos mineros explotados por compañías extranjeras, el crédito privilegiado les correspondería también a los altos empleados de la explotación.

3º Sociología de las clases.

Cualquier penetrante estudio de una realización social impone al investigador fijar la materia propia de su estudio o delimitarla de cuantos próximas están o se lo asemejan.

En orden a las clases sociales, numerosas indicaciones hemos hecho a lo largo de este prolijo ensayo, sin disimular las dificultades ingentes que se presentan, pero la calificación primero y luego para caracterizarlos. Hoy tenemos que agruparlos e insistir sobre aquellos datos, si hemos de perseguir como pretendemos, determinar las causas de su formación y el papel social cumplido o que puedan cumplirlo en el porvenir.

Inquiriendo por las motivaciones que las dan origen, señalaremos que su constitución no es obra reflexiva ni decidida por el hambre, sino efecto natural del comportamiento de los factores que intervienen en los varios estratos o círculos sociales. Corresponde a una fórmula genérica de integración biológica, aplicada a los diversos organismos individuales y colectivos. Ciertamente que la batalla y el triunfo pueden ser las causas ocasionales de la diversificación, mediante discrimines y segregaciones que han de aprovechar las clases para su estructura, pero el resultado es de distinta índole y no previsto por el conflicto político. Nacen del tiempo y las costumbres desligadas de las reglamentaciones estatales. Es resultado espontáneo del convivir humana y los cuadros que en su interior se forman, no rara vez en oposición directa con los programas de los Poderes Públicos.

El sistema segregativo no fue plan de la Corona Española, sino por el contrario habría deseado la comunión entre sus súbditos del uno y otro lado del Océano. Esto se desprende de aquellas declaraciones en las cuales los Monarcas recordaban a los hombres de la conquista como, castellanos e indígenas eran igualmente súbditos de su Majestad. Y si más tarde se tomaron pre-

cauciones respecto a la copulación entre conquistadores y vencidos, fué para evitar los excesos de violencia, de prostitución y de irresponsabilidad de los primeros. Nunca se prohibió el matrimonio entre ambos y cuantas veces quisieron concertarlo obtuvieron la bendición nupcial. Lo prohibido era lo satíricas de estos nuevos centauros que recorrían campos y poblados tumbando a mujeres de toda condición sin reconocer otra ley que el instinto.

Las clases se establecen, por tanto, sin intervención, sin consentimiento e incluso en contra de los proyectos administrativos y de gobierno. En los propios castas, las similitudes que se alcanzan de vida doméstico y de hogar, o las separaciones, profundos por esos motivos, no arrancan del precepto político sino del diario transcurrir de las existencias en su aislamiento bastante despectivo o rencoroso.

Los castas no responden a una disciplina y organización visibles y objetivamente apreciables, sino a una conducta privada que se generaliza dentro del grupo de semejantes. Nadie podrá configurarlas ni señalarlos deslindes precisos. Pero es relativamente fácil catalogar a cada hombre en una u otra de ellos. Esto significa que no se las ha dictado reglas concretas de procedimiento a las que se han de someter sus componentes, ni hay autoridad capaz de hacerlo. Se crean sus costumbres más por prácticas realizadas que por un Código promulgado.

Sin embargo no cabe afirmarse que carezca de sanción el desconocimiento de sus fórmulas, pues la tienen en el desprestigio, deshonor y desprecio que acompañan al miembro de una clase que se aparta de los métodos o dinámicos en uso, que en los casos graves llega a una especie de expulsión o aislamiento del culpable.

Pueden seguirse los pasos sucesivos por los cuales entran en vigencia los modales afectos a una clase. Existen en los grupos personalidades distinguidos y respetados, cuyos designios se escuchan con atención y sus actos se repiten devotamente. Pero la prestancia y dignidad no es patrimonio de alguno o algunos sino de muchos, de donde procede una lucha interna selec-

tiva: pues los adeptos de cada cual preferirán las iniciativas de éste sobre todas las demás. De cualquier manera las modelos comienzan por ser acogidos no impuestos, seleccionados entre varios, no únicos; que su vigencia invencible sólo llega mucho después, cuando la costumbre los ha sancionado. Si son demasiado violentas e innovadoras las prácticas exhibidos, les es doble triunfar de modo momentáneo, sobre toda en las épocas de gran agitación, pero están condenadas a una existencia muy precaria. Supóngase la insolencia que en esta hora del mundo proclaman algunos sindicatos, en forma de reacción contra las clases dominadoras y explotadoras del trabajador, cuyos excesos de seguro se moderarán cuando se obtenga un justo reacomodo de los grupos, que es la tesis sensata. Sin embargo debemos estar prevenidos para no sindicar a los clases como responsables de muchos de los exageraciones o desafueros cometidos o su nombre, y cuando en realidad fué su obro, no se la ha de señalar como verdadera actividad clasista y que le corresponda en tal sentido, sino como esporádico militancia en la política nacional, forzadas porque sus privilegios o atributos estaban amenazados o por el intento de conquistarlos nuevos dentro del Estado. Quiero que no se olvide que si las finalidades de las clases están muy alejadas de la política, no se encuentran privados de intervenir en ella: ya con el sentido de influencias ejercitadas ante el gobierno —función indirecto pero propia del grupo para alcanzar la protección administrativo a sus intereses— a con participación eventual en la lucha, en los casos mencionados. Y con exactitud este es el temperamento por el cual atravieso el mundo en este instante: los clases sacudidos en sus más íntimos soportes y resistencias, quieren ventilar los problemas de su supremacía y hasta de su existencia, bajo la propaganda fabuloso de una sociedad sin clases, o, la de mayor contenida humano y convincente, del arreglo y transacción entre ellas. Yo he de proclamar de nueva: no es cansustancial con la distribución de la sociedad en clases la lucha permanente entre ellos, ni las contradicciones, ni la superposición de los unos sobre las otras. Cabe el arreglo cooperativa que los sitúe o las unas junto o los otras en un pla-

no horizontal de mutuas referencias y apoyo, incluso en la distribución de los diversos bienes disponibles. Los álgidos instantes, como se ve, borrando rivalidades y resentimientos agrupan los intereses en juego a en pelagra bajo propios comandos para la batalla, donde cada cual toma su puesto. Pero lo oportuno será resolver los conflictos en el parvenir, no en combate campal sino en la negociación y el buen entendimiento.

No dudo en señalar al sistema constitucional de las clases como de interno forja y estructura temperamentales, entre grupos de hombres que responden a intereses comunes distintos al de otro u otros grupos, dentro de una determinada sociedad política. En cuyo caso los recursos dispuestos y que se evidencian en la práctica —éticos, culturales, económicas, etc—, son medios hábiles para el resultado, que la favorecen o dificultan, le confieren una tonalidad u otra, pero no pueden, no deben confundirse con el producto que de ellos se sirven y con distinta eficacia en cada caso. Es esa confusión la que ha desconcertado a los investigadores en la materia, tomando la parte por el todo y el continente por el contenido.

Dados las características discernidos, nos toca asistir al proceso sociológico de su establecimiento: según el objeto a que responden, los medios que a tal objeto corresponden y el resultado final obtenido.

Es ley universal en la asociación de las seres y sus elementos —bien para constituir organismos individualizados a de tipo colectivo— el tránsito de lo homogéneo a lo heterogéneo, y en la función, de lo indefinido y múltiple a lo especializado y concreto. De ahí que sea cosa obligada para cualquier perfeccionamiento desligar y diferenciar formas y procesos de actuación. A tal objeto responde dentro del Estado la constitución de las clases sociales. Pero no habiendo intervenido en su formulación la voluntad del hombre, ni para crearlas ni para reglamentarlas; su evaluación procede de naturales estímulos que, si el ser humano

puede favorecerlos o estorbarlos, no cabe atribuirse a un querer reflexivo suyo. En el instante en que voluntaria decisión aparece y se formulan preceptos para alcanzar un fin determinado, a surgido una nueva realidad que no es la clase, pudiendo marchar a su vera o abarcar a sectores varios, confundirlos o incorporarlos en el propósito: así, si los individuos elijen o se les impone una manera de trabajo, se da origen a las profesiones; si se los señala postulados políticos o aspiraciones de tal orden, nos hallamos en presencia de los partidos; si conseguir se pretende la riqueza, brotan en distintos planos las empresas, las industrias, el comercio, la agricultura y la condición dispar de cuantos a la respectiva actividad se dedican, y sus varias asociaciones; si se persigue la cultura, la instrucción, el arte, formulanse las academias y los círculos intelectuales. Cabe que las clases en ciertos momentos tomen posiciones propias en cualquiera de esos respectos, pero ello no las califica. Decide supongamos la aristocracia apoyar a un caudillo de bajo extracción popular pues le ofrece firme apoyo: ni al caudillo lo ha ennoblecido ni ha adoptado la clase sus métodos de vida. Los grandes caudales facilitan mejores medios de vida, pues el trabajo impuesto no ocupando todo el tiempo, permite el cultivo de la inteligencia, la comodidad va mejorando el trato y las costumbres, es probable que el lujo refine los modales: todo ello sinembargo no es resultado seguro de la riqueza. Grupos de trabajadores intelectuales lo consiguen en gran parte sin disponer de abundantes medios económicos.

Se ve como se escurren de entre nuestros dedos anciosos de aprisionar los determinantes de la conducta en aquellas realidades, y cuando de dibujar sus fisonomías tratamos, los trazos son difuminados, pues apenas apoyamos el lapiz para precisarlos, cambian de contenido y representación. El etnólogo se encuentra de pronto ante el examen de tipos de población: razas dispares, mestizajes múltiples, poblaciones ciudadanas y campesinos. Se ha desviado sin notarlo. La tendencia materialista de lo historia, hállose en presencia de los medios de producción: y decide explicar las jerarquías por sólo el caudal de la riqueza disponi-

ble. El cultivador de los signos culturales se dejó seducir por ellos: hay grupos de gentes ilustrados e ignorantes, y las que se aproximan a las unas o a los otros. El político observa la conducta de los ciudadanos: y los designa como aristócratas y demócratas, confundiendo y equiparando la aristocracia con la clase elevada de la población y la democracia con la popular. En cualquier caso la apariencia, la demostración externa, el síntoma, considerándolo como esencia y sustancia, y cada cual según su preferencia. Los sociólogos no afiliados tercamente a un sistema, hacen el acopio de las varias representaciones, intentando por ellas descubrir y describir las clases, y casi siempre fracasan. Es que olvidan la alerta necesaria, de que no son sino manifestaciones superficiales de algo profundo, y sometidos a numerosas variantes. Eso sí, es fatal, dentro del reconocimiento que hacemos, el uso de líneas fluctuantes y vagas, como paso con varias otras creaciones espirituales de la naturaleza, y la mayor de todas, la nacionalidad.

Después de cuanto he enunciado, la pregunto fundamental para mí es lo siguiente: ¿cómo se establecen las clases dentro de cualquiera sociedad organizada? No es requerimiento histórico sino funcional. No aludimos a un comienzo cronológico sino aquello que puede acontecer en cualquier momento. Se forjan y realizan —respondo— con toda evidencia, a través de las ocupaciones y destino que asignan a su existencia cada grupo ciudadana. Quiero marcar los relieves de este pensamiento: no digo, ni creo posible admitirlo, que las categorías de ciudadanos decidieron establecer las clases, pero sí que reconocen para cada una sus peculiares intereses y afanes. Así mismo no hablo del trabajo sino de la ocupación, porque el sin trabajo —por no encontrarlo o porque no lo desea— no dejó de ser miembro de su clase y su empleo actual o en potencia corresponde al de su grupo, como le pertenece su conducta. Trabaje o no trabaje el obrero vive una existencia similar a la de los demás, en prácticas, usos y costumbres, en el modo de concebir las relaciones y de realizarlas. Y semejantes coincidencias se forjan por múltiples condicionantes, algunos de los cuales voy a valorarlos.

La primaria ligazón se encuentra en ocasiones en motivos religiosos o en problemas del trabajo. Bajo esas advocaciones se organizaron durante la Colonia las Cofradías y los Oficios. En las primeras predominando con absorbente predominio el patronato eclesiástico, cuyo santo titular es el patrono de cada uno de los cofrades. En los Oficios sí se tenía en cuenta los intereses específicos, pero no propiamente del trabajador, ya que de ordinario se reunían para discutir y acordar mejoras de trabajo y rendimiento en su arte y profesión. De ahí no podían salir las categorías clasistas, no sólo porque se las multiplicaría en términos desconcertantes, con naufragio del concepto, sino porque no corresponde a reales diferencias de comportamiento con cualquier otro que deseara participar en los propios actos, y además unifica en gran manera a los dispersos, por ejemplo, los miembros de las diversas Cofradías pueden tener fervores iguales. Con todo, arrancaron de ahí y fueron instrumentos notables para inaugurar ciclos de la formación clasista, por los motivos a exponerse en seguida.

Los cárdenos reflejos del crepúsculo han caído sobre la ciudad recostada a las faldas de abrupta montaña. Las sombras rpidamente van extendiendo sus dominios y en la alta bóveda ecuatorial —bombillas de mágico luz— las estrellas titilan. Sobre las calles ya en tinieblas, compacta multitud devota prende sus cirios para la procesión. En ondas cubiertas de rico brocado una figura tétrica y patética, el "Ecce Homo" que notable tallista lo había esculpido. Marcha la imagen balanceándose sobre los hombros de robustos esclavos del Señor, cubiertos de largos vestidos talarés de color morado, de lo cabeza a los pies, con tres huecos en el rostro, para los ojos y la respiración. Suena lento el doblar de los campanas, y voces de temor y de cólera vibran en las plegarias de los fieles. Asperos chasquidos de látigos dominan el clamor y la sangre brota de los cuerpos macerados. Es el desfile religioso de los flagelantes.

Viven todavía entre nosotros testigos que relatan escenas no muy diversas de los saturnales o dignas de los derviches danzantes adoradores de la diosa Koli. En la noche de tinieblas de

la Semana Santa, las luces iban apagándose una a una y los devotos descubriendo sus espaldas para la gran penitencia colectiva. En la oscuridad se oía el crujido de las disciplinas, los lamentos en tonos diversos y crueles suspiros. El mazoquismo en grande ejercitado en el interior de los templos. Así fanatizaba y encendía el clero las turbias pasiones del pueblo, preparándolo para los más escandalosos actos de crueldad de nuestra historia. El contagio mental debió ser exasperante, y prendía en la carne voluptuosidades que se ejercitarían luego en el salón de baile y en el hogar.

El contagio mental es uno de los grandes problemas a que han de atender con esmero estadistas y políticos, educadores y moralistas, por las extrañas resonancias que tendrán en la conciencia de cada cual; siendo el peligro mayor en las reuniones ocasionales de muchos individuos por la forma en que se expresan y su violencia. Sin embargo en nuestras descripciones no corresponde hacer grande hincapié en él, por su carácter eventual y transitorio, y no continuado como el que crea las costumbres y hábitos.

Eso no es desentenderse de la importancia tremenda que tienen para interpretar cualquier resultado social o histórico los sucesos de explosión y violencia, el mecanismo de las fuerzas impulsoras que intervienen y los resultados. Por ejemplo explicar un hecho sugestivo del que se desprenderían muchas consecuencias: ¿por qué son los débiles, tímidos y retraídos los de mayor impulsividad en la borrasca? ¿Qué energías acumuladas representan? ¿Qué emociones se han sumado a las suyas presentes para templarlos en coraje y decisión?

El propio campo de nuestras apreciaciones es el de los actos continuados —llamados conducta— y los repetidos —originadores de los hábitos— pues ellos responden de la formación y fortalecimiento de las clases sociales. Veamos entances como bratan en el seno de una sociedad y como se estabilizan.

Motivaciones religiosas o del trabajo —las dos elegidas anteriormente entre otras varias de similar eficacia— pueden mantener unidas para sus fines a numerosas personas; pero esa es unión transitoria y con objeto definida, mas, es al mismo tiempo motivo o incitación a ligámenes de mayor permanencia y sobre todo el tipo genérico, no limitado a cierto propósito. Luego de las horas dedicadas a los concretos problemas de su misión, vienen aquellos de sociabilidad en que el hombre busca la compañía de sus semejantes para conversar y reír, distraerse o murmurar. Es el esparcimiento necesario al espíritu, no carente de enseñanzas sino propenso a numerosas y fácilmente captadas. Incluso la murmuración, por ser juicio y calificación de acciones ajenas, es normativa, siendo el vicio que lo corroe la amargura o maldad puesta a realizarla. Ese vivir y juzgar, mantener o rechazar, se practican en las reuniones provocadas por los compañeros de labor, ya en sitios públicos y concurridos por cualquiera, a donde acuden los conocidos, ya en el interior del hogar, a donde han sido invitados los amigos. En estos lugares será donde se moldee el temperamento de pequeños grupos primero y luego de extensas participantes que constituyen las clases.

En el lugar de reunión sus conversaciones e inquietudes comunicadas, se referirán en primer lugar a sus ocupaciones ordinarias, y como ellas no se reducen a sólo el taller a la fábrica, la oficina o sitio de estudios, sino a cuanto la vida sustenta o ella exige, se ve a que gran espacio de las existencias afecta. Allí se pondera y razona todo, dando su veredicto sobre cuanto se ha puesto a discusión. El nuevo método descubierto para el trabajo, la organización distinta que se lo ha dado, las costumbres del patrón y del obrero, la vivienda del vecino, sus hábitos y sus recursos, la moda y sus transformaciones. Si algo inusitado ha surgido, si prácticas desacostumbradas se observan, se las valora y se resuelve imitarlas, modificarlas o rechazarlas. Pero como al lugar público acuden no sólo los individuos de una fábrica o de una ocupación sino de varias similares, las relaciones se extienden y complican en una red inmensa de sujetos y lugares concurridos por ellos. Es así como incitaciones diversas pueden venir de dis-

tintos campos, en unas como ondulaciones que se extienden y chocan al encontrarse. De un punto ha partido cierta iniciativa y de otra la que la modifica y contraría, las adeptos de cada una la ocojen y propalan, y se discuten y oponen. Nacen de ahí la contrastación para elegir las, la transacción para modificarlas, o el rechazo de todas substituidos por otras.

Principia a circular por los salones de las altas jerarquías nuevos modelos de comportamiento, los cuales llevan consigo a el acierto indudable en la invención o el prestigio del nombre de quien los lanza. Entonces son acogidos con fervor por cuantos concurren a ellas y se pone todo empeño en imitarlas. También aquí, y más que en ninguna parte, la lucha por impanerse es muy fuerte, tomando en ocasiones caracteres bravías; pero el que triunfa es imitado, copiada con devoción. De esta manera y por la repetición continuo de las mismas modelos vienen formándose los hábitos, hábitos que, como sabemos, dejan cierta huella permanente entre quienes los cumplen; y que transmitidas de generación en generación, son las modelos conservadas y enseñadas entre los partícipes de una clase: los educan a su medida.

De esa manera repetidas y propagadas se afianzan como costumbres de las gentes de cierta posición, las que prestando su asentimiento continuo y propalando sus excelencias, las vuelven obligatorias como patrimonio suyo transmisible a la descendencia, a lo que la educan en el respeto de sus normas, ocasionándose de esa manera lo que se ha venido a llamar la herencia social. Así protegidas y consagradas esas adquisiciones se vuelven obligatorias y sancionadas con el deshonor, el desconcepto y en ocasiones graves la expulsión de quienes las quebrantan.

De ahí la importancia que tuvieron en los pasados siglos los salones para las clases privilegiadas, pues eran las talleres de su refinamiento y buen gusto. La clase media en la centuria anterior se refugió en los clubs y cafés, dando lo nota como de foro público para determinadas profesiones, entre ellas la de los escritores y periodistas. La taberna acogió al artesano, al obrero, al trabajador manual. Y junto a esos lugares públicos y abiertas a cual-

quiera, también se difundían las innovaciones con el concurso de la vida hogareña visitada por los amigos de la familia.

Los salones en nuestro siglo han perdido prestigio, los cafés han desaparecido como centros de reunión y tribuna para discutir problemas, y las tabernas van siendo sustituidas por los locales de los sindicatos. Consideran mejor, aún las aristocracias tradicionalistas recibir a sus relaciones en un hotel de gran lujo o en el bar de moda, que inquietarse en preparar su morado para la fiesta. El teatro y el cine son lugares de cita para cualquier género de personas. El club se ha popularizado y los instalan ahora los sindicatos para sus miembros. Lo cual nos va dando la impresión de cambios sustanciales en la conducta que habrán de reflejarse en la organización de las clases sociales. La propaganda día a día crece en magnitud, eficacia y generalidad. El cine y la radio llegan a donde quiera y la televisión aumentará el resultado en grandes proporciones.

Pero ¿cómo se hace posible la imitación en tan amplios extremos? Por la disposición psicológica que la prepara. El caudal hereditario similar entre los miembros del grupo: bien sea la herencia individual dispuesta en emociones, sensaciones, muestras de la inteligencia y de la voluntad, y sentimientos de todo orden; cuyo despertar y estímulo se debe al ambiente dentro del cual se actúa. Concurriendo en consecuencia dos contingentes para la semejanza: la igualdad hereditaria y la de los estímulos a que responde. Toda esto quedó descrito cuando se trató del aspecto psicológico de la constitución de las clases; dotaciones que siendo individuales crean el ambiente propicio para efectos colectivos. Y fuera de eso, para presionar en el mismo sentido, la herencia social común: de prácticas cumplidas diariamente entre los diversos agregados de la misma clase social —familias, gremios, sindicatos, corporaciones, etc.—. A cada instante vemos proceder a nuestros amigos o gentes de nuestra condición en determinado sentido; y tenemos que atenernos a ello. Produciéndose de contragolpe variantes en nuestra psicología, porque a toda actuación corresponden resonancias internas de tono y duración particular. De manera que las correspondencias externas e inter-

nas son mutuas y perdurables. Y lo individual y colectivo inter-vienen y se compaginan.

Agregamas todavía e insistimos —porque cualquiera in-sistencia es menor a la indispensable para el esclarecimiento de tori complejas problemas— en que la aceptación de las madelas, habiéndose efectuado par una selección minuciaso y segura den-tro del grupo, a lo que se han sametido las generaciones paste-riores y los han afianzado en fuerzo de su larga duración; es lo natural que su cantenido, con las propias notos y expresianes, se exija de las miembros de la respectiva colectividad. De ahí arran-can las sancianes morales estructuradas para su defensa perma-nente; sienda al mismo tiempo privilegio y virtud amparados con-tra invasianes ajenas. Si trotáramos de definir su esencia diría-mos: es el uso y empleo que cada categoría do a los bienes de que dispane. No es un canjunto de bienes atribuibles, porque los clases representan destinos de orden moral; mas se cumplen y ejercitan en usa de las recursos materiales y espirituales o su al-cance.

SISTEMAS DE VALORES

Aquí correspondería intentar una teoría extensa y adecuada de los valores, su esencia, el pronunciamiento respecto de ellas y el respeto social que los acompaña; pues traduciría muchas de las conquistas particulares. Pero vendría a complicar el estudio en gran manera, no pudiendo sin embargo abstenernos de hacer las consideraciones más indispensables en torno al asunto.

Una guerra muy extensa y llena de escaramuzas se ha hecho en la Filosofía de la primera mitad de nuestra centuria en torno de la calificación de los valores, comprendidos por unos como sustancias y realidades en sí, por otros como apreciación de atributos. Sin entrar en discusiones filosóficas, propiamente tales, vamos a exponer nuestro criterio al respecto; pues es necesario que comencemos por entendernos acerca de lo que se quiere significar con el término valores. Nosotros hallamos estos aspectos: a) Es la que sirve para satisfacer alguna necesidad del hombre. Diremos del agua que sirve para saciar su sed; b) O tomamos en cuenta el valor económico: comparando el de una cosa con una medida común o en trueque con distinto objeto. Lo correspondiente al valor en cambio: esto tela cuesta cincuenta sures, o puede cambiarse un metro de ella por dos de lo exhibida atrás; c) O corresponden a un sistema de comparaciones y preferencias: el brillante vale más que cualquiera otra piedra preciosa. Refiriéndose los tres juicios a posiciones mentales muy diferentes tienen sin embargo origen y motivación comunes: el aprecio social de sus cualidades. Veamos en el caso menos aparente, el primero: si satisface o no a una necesidad del hombre, lo

será desde el instante en que sea reconocido por él tal atributo. Hay innumerables riquezas en la naturaleza no utilizadas por desconocidas, ellas mismas o sus propiedades, que por lo tanto no han adquirido valor. Con mayor claridad se aplica lo dicho al tratarse del valor en cambio, ya que es obra de consentimiento y acuerdo entre las voluntades el aprecio diferente de lo comparado: este bien vale el doble, el triple, el cuádruplo de aquél. No corresponde siempre —y aún podemos agregar, ni de ordinario— a la inimportancia de la necesidad satisfecha, sino a convencionales aplicaciones. Recuerdo un cantar popular que caracteriza ese trastorno en el aprecio de las satisfacciones: “Los gitanillos tenemos todos el rostro alegre y el cuerpo loco. Y no comemos, y no dormimos, pero bebemos y nos reímos”. Y en el tercero de los elementos de la división hallamos, que no es en rigor la utilidad la que cataloga a los objetos de modo indefectible, sino los condicionantes de la elección: dificultad de conseguir, alcurnia del trabajo hecho, moda, afición, costumbre: por una pintura puede pagarse millones y su modelo ser sujeto despreciable o ruín.

En la apreciación de los valores que realizamos en este instante vamos a servirnos de la tercera acepción, refiriéndonos por tanto a méritos convencionales de factura social. Son en consecuencia creaciones colectivas en las que ejercita su don selectivo cada comunidad. Méritos efectivos o atribuidos por un conjunto de hombres a bienes físicos o intelectuales, en un orden o jerarquía determinada. El lugar señalado a cada cual es variante en las diversas categorías sociales; pues si hay algunos recursos cuya potencia y eficacia se imponen sobre los demás, la mayor parte están sometidos al juicio humano. Y al ejercitarlo las clases han hecho catálogos dispares, de la relativa importancia.

Con amable ironía en ciertos casos y en otros con acre sarcasmo, se ha ridiculizado en la literatura el agudo sentido del honor en las clases privilegiadas, que las impulsa a lances quijotescos, de los menos recomendables en el Andante Caballero y a extravagancias incomprensibles para quienes no participan de sus ideas: duelos, provocaciones, escándalos por un desaire o

descomedimiento sufrido. El puntillo de honor se exagera en ellos y los vuelve suspicaces y rencorosos, porque viven de la exterioridad y la apariiencia, del respeto de los demás y de las opiniones ajenas, más que cualquiera de los otros grupos ciudadanos. Además, el decoro de casta es para sus componentes muy superior al mero prestigio personal.

Mientras la burguesía confiere mayor importancia a las virtudes privadas y domésticas, consistiendo su orgullo de grupo en la corrección y tranquilidad de la conciencia, siendo adquiridas como pago a su comportamiento o comprados con el disimulo y aún con medios económicos. El buen humor y el grato pasar con sus familiares y amigos es la máxima de sus aspiraciones; encontrando por tanto su felicidad en la vida cómoda, sin grandes refinamientos ni privaciones. No le intereso tanto los juicios de otros como los propios suyos: se juzga y transige consigo mismo al enjuiciar su conducta. Si ha cometido una injusticia o un abuso, una moldad, piensa que las circunstancias le obligaron o que pagó y compensó con cualquiera buena acción o que el sujeto la califica de tal.

El vulgo, rudo y de escasa cultura, tiene en la satisfacción de sus apetencias lo meta, sólo alejada o postergada por las amenazas o el temor mundanales o supraterrrestres. Se ha interpretado en ocasiones los ásperos modales del pueblo, como nacidos del propósito definido de éste, de contrastar o demostrar su falta de asentimiento a la pulcritud de las altas categorías cuyo refinamiento se le antoja siempre postizo y convencional, o mejor, forzado y para humillar a sus inferiores. Alguna vez puede ser verdadero ese designio, mas no es lo ordinario, pues las clases inferiores, por una larga tradición se han acostumbrado a respetar y admirar a las superiores, y aún cuando el respeto haya desaparecido, subsiste el afán de imitarlas y asemejarse a ellas, ascender. Que va embebido incluso en los movimientos revolucionarios. Eso no se opone a la jerarquización diversa de los valores en cada estrato, pero sí permite el reconocimiento unánime o casi unánime dentro de una sociedad de algunos de ellos y la posible coincidencia eventual en algunas apreciaciones.

Del humorístico Gil Blas de Santillana las escenas de los petimetres y de sus criados: éstos haciendo fisga y murmurando a sus amos, trataban no obstante de imitarlos en sus modales y costumbres. Lleno de realismo y de ironía es por ejemplo el capítulo de los amores de la bella Aurora con Gil Blas, en la que aquélla imita a una gran dama y se hace pasar por viuda recatada y vendida por la gallardía de su cortejante, y él por un noble mancebo deslumbrado por los encantos de la dama. El banquete de los sirvientes es de un naturalismo estupendo y de sarcasmo notable a las maneras de los señores.

Debemos subrayar una deducción fácil que surge de nuestros análisis precedentes: el reconocimiento común, por todos, de ciertos bienes como supremos —sea a la manera de un asentimiento permanente o transitorio— lo que muda la conducta de una clase respecto de las demás, supongamos en una cruzada unánime por las libertades nacionales. El acendrado sentimiento de Patria e independencia que hacen luchar a las clases desheredadas de las colonias españolas, por los privilegios y prevendas reclamadas por los criollos, fautores de la revuelta.

CONCLUSIONES

Los análisis anteriores respecto a la valuación en jerarquía de los bienes dentro de cualquiera sociedad política, nos conducen a las siguientes conclusiones:

1ª Lo específico para la constitución de las clases resulta, a la postre, la apreciación por parte de ellas de los valores sociales. Cada cual no sólo les confiere un orden de preferencia, sino su sentido, su vigencia y su virtud;

2ª Eso no quiere decir la carencia de valores universales o aceptados en común, pues hay algunos que tal sentido tienen en cada tipo cultural humano, o impresiona así a las más altas potestades como a los sujetos de inferior alcurnia o posición en el respectivo país;

3ª Los valores culturales de significado y aprecio intelectual en sí mismos, sólo se realizan y ponen en práctica por intermedio de los materiales que los traducen y dan eficacia, los divisas monetarios para comprar y vender —entre otros medios— para adquirir objetos físicos en que se traducen las exigencias de nuestra naturaleza: vestir, alimentarse, morar en cierto sitio y con tales o cuales requisitos, cumplir estos o las otras satisfacciones de orden moral o religioso, de ciencia o de arte. Si no disponemos de los medios económicos las satisfacciones aspiradas no serán nuestros, o serán en menores calidad e importancia. Ellos son los condicionantes para la conducta, pero no son la conducta;

4ª De ahí que consideremos equivocado el tomar los medios para una realización, por su real cumplimiento. Por ejemplo la riqueza o el desahogo por una vida fastuosa a cómoda. Quien na es rico, no podrá cumplir su propensión al fausto; pero quien carece de esta propensión, no empleará sus caudales en tal desig-nio;

5ª No son en verdad los medios disponibles los que califi-can la conducta, sino el comportamiento de cada cual respecto de ellos.



3ª Los valores culturales de significación y apreciación intelectual en sí mismos, sólo se realicen y ponen en práctica por intermedio de los materiales que los traducen y dan eficacia, las diversas ma-terias para comprar y vender —entre otros medios— para ad-quirir objetos físicos en que se traducen las exigencias de nues-tra naturaleza: vestir, alimentarse, morar en cierto sitio y con-templar a cuales variaciones, cumplir estas o las otras satisfacciones de orden moral o religioso, de ciencia o de arte. Si no disponemos de los medios económicos las satisfacciones aspiradas no serán nuestros, o serán en menor calidad e importancia. Ellos son los condicionantes para la conducta, pero no son la conducta;

CAPITULO NOVENO

DE LA CLASE MEDIA

(Volviendo una vez aún sobre el proceso constitucional de las clases en cualquiera sociedad política de alto desenvolvimiento cultural, lo vemos establecerse como un temperamento forjado al golpe de la realidad vivido y costumbres practicadas, sobre los dotaciones hereditarios comunes al grupo. Lo que se traduce en una forma peculiar de valoración de los bienes sociales y su empleo, con el concurso de los objetos físicos de que se sirve el hombre en el desempeño de su papel en la existencia. Políticamente la clase puede ser el tegumento sobre el que se asiente el gobierno, pero la administración pública no es función ni destino de ello; las realizaciones administrativas no coinciden con las propias de la clase, porque éstos son privadas, particulares y espontáneas. El régimen gubernativo puede hollarse a servicio de uno u otro grupo ciudadano, según lo fuerza pública de que disponga, o al servicio de todos, en los momentos mejores de las democracias y cuando la tranquilidad se ha posado en una República y hoy acierto gubernativo. /

Como se ve, existe algo interno y profundo por lo que calificarlos, cuyas apariencias y manifestaciones respondiendo a ese caudal secreto, irrumpe con caracteres propios y peculiares en símbolo y demostración externa de sus secretos móviles y requerimientos. Quienes sólo describan en su configuración manifiesto o las clases, pueden acertar o no, que en el mejor de los casos nos darán un retrato formado de imágenes superpuestas y por lo mismo desdibujado, sin llegar a iluminar ni comprender su naturaleza,

ni explicar el proceso de su establecimiento. De ahí la necesidad continua de rectificaciones que se nati en los autores (1), na sólo par la fluctuante y vaga de las rasgas, sino par la inseguridad de los caracterizaciones externas que corresponden a califi-can a otras manifestaciones de vida, o son comunes a varias. Y si a todas afectan las descritas circunstancias, crecen y se complican cuando el empeña es el de descubrir las calidades representativas de la clase media.

En esa especie de encuesta o recolección de materiales que la Unión Panamericana solicitó de las especialistas en la materia, sabre la naturaleza y papel de la clase media en Latinoaméri-ca, hallo en la introducción con que camienza cada volumen, estos notables párrafos debidos a Mr. Theo R. Crevenna, de la Oficina de Ciencias Sociales:

"Quizá debemos reconocer que hemos partido de la **suposición** de que existe una clase media en América Latina y que este esfuerzo esté eventualmente destinado a comprobar esa existencia mediante el concurso de numerosos observadores. . . . Creemas que si efectivamente existe una clase medio en la América Latina, el hecha representa una circunstancia significativa en lo vida de nuestros pueblos. Cabe, en consecuencia, contestar a atras preguntas: ¿Qué influencia tiene una clase media independiente sabre la estabilidad social del país? Y esta influencia ¿es constructiva o tiende a desorganizar la estructura social existente?

(1) —Yo mismo me veo en el caso de reconocer y proclamar que hubo mucho de precipitado y superficial en un estudio realizado por mí, o requerimiento de la Oficina de Ciencias Sociales de la Unión Panamericana, cuyo publicación se hizo en el VI volumen bajo el título de "Estudio de la Clase Media en el Ecuador". Su carácter más que nada descriptivo hizo que na se ahondara bastante en la materia, dejándome un sentimiento extraño de insatisfacción, causa y motivo de la presente obra, cuyo sentido rectificativo, en porte, es sobre tado esclarecedor y de sucinto análisis de los elementos, proceso y comportomienta. En particular exhibo mi teoría sobre los grupos marginales y el contenido psicológico de preformación de los grupos.

Luego:

"Aunque la importancia de las clases sociales en la estructuración de nuestra sociedad es hoy generalmente reconocida —como se advierte pasando revista a las numerosas publicaciones e investigaciones sobre la materia— **poco sabemos de las circunstancias que han motivado, de sus rasgos característicos y de su influencia en la regulación social.** En contraste con la **vaguedad** del término clases en su sentido popular, el concepto de clase social ha sido aclarado y definido por distintas disciplinas sociales.

"Aunque no se haya llegado a un acuerdo universal acerca de la definición de este concepto, algunas **suposiciones** con respecto a los característicos de las clases permiten determinar criterios útiles para la identificación de una clase social. Por lo pronto suponemos que las personas que llegan a pertenecer a una clase social pueden ser identificadas por sus ocupaciones, por sus intereses y prejuicios, y por la comunión de ideas con determinados grupos y aspiraciones. /

Y en seguida:

"¿Qué papel representan las clases sociales en la organización y funcionamiento de la sociedad? Desde un punto de vista sociológico, las tres clases sociales —alta, media y baja— asemejan como la trama dentro de la cual se mueven grupos aislados y vinculados por sus actividades, sus relaciones económicas y sociales, y diversas manifestaciones de su vida cotidiana. Estos grupos —y no las clases sociales— son las que mantienen y establecen relaciones de cohesión a través de los estratos sociales. En la estructura complicada de estas relaciones entre un grupo y otro, y entre grupos e individuos aislados, encontramos que la distribución numérica, la cohesión y la evolución de las clases sociales nos ofrecen indicios significativos con respecto a la totalidad de la organización social de una nación a grupos de naciones".

La primera cuestión a deducirse de las reflexiones transcritas, es uno de muy hondo contenido, y se refiere a la posibilidad de sociedades evolucionadas y distribuidas en clases, que carez-

can de una clase media. Materia interesante desde luego y digna de contemplarse en sus varias perspectivas:

a) La mencionada clase social se halla ausente o está por formarse en varios momentos del desarrollo cronológico de los pueblos; b) Además, posee una genealogía especial en cada una de las culturas en que se la contempla; y, c) Le corresponde calificantes distintos según el medio en el cual actúa y los diversos instantes de su constitución.

a) Con datos históricos ya pude señalar como la mayor parte de la vida de la antigua Roma se formuló y transcurrió, en el orden político, con el mero concurso de patricios y plebeyos, comenzando apenas a estabilizarse entre los dos, los grupos de mercaderes e industriales. Cosa semejante me fué dable mantener respecto de las civilizaciones precolombinas de América (1) De manera que la sugestión de la posible falta de clases medias en pueblos evolucionados encuentran respuestas históricas convincentes.

b) La clase media es producto de las circunstancias y obedece a ellas. Así como próximos al patriciado estuvieron los caballeros romanos y a la plebe el artesanado, unidos ambos extremos por la condición de los industriales y comerciantes, en proceso natural pero lento de forjar la clase media, suspendido por la invasión bárbara; la Edad Media se caracteriza por otros sistemas integradores: situados frente a frente y en lucha los señores feudales campesinos y los hombres libres de la ciudad, hallaron su punto o lazo de unión, o mejor aún, el amortiguador de sus rivalidades, en los restos de las altas categorías latinas conservadas en el favor de los invasores. De entre ellas, quienes a la larga no se confundieron con la nueva aristocracia —por el prestigio supongamos y la influencia nacida de los servicios presta-

(1)—En el estudio "Las clases sociales en Chile" del señor Oscar Alvarez Andrews encontramos: "En Hispanoamérica por la forma como se produjo la conquista del Continente, las clases sociales lógicamente quedaron formadas por dos grupos fundamentales: conquistadores españoles que pasaron a ser la clase alta, aristocracia, y aborígenes conquistados que pasaron a ser la clase bajo, el grupo trabajador".

dos— convirtiéronse en el grupo burgués de la función moderadora señalada.—En nuestra América, matriz de una cultura y población mestizas: abandonado el aborigen a su destino propio segregativo —que lo cambia en elemento marginal —la disputa biológica se entabla entre el hombre nacido en el suelo —de modo general y casi unánime cabe decirse mestizo— y el venido de fuera —contingente casi exclusivamente español durante la colonia—. Entre los dos prospera lentamente y se yergue el criollo, cuya pureza de sangre, verdadera —en contadas ocasiones— o ficticia —por el lejano cruzamiento que dió origen a su estirpe— los confiere la calidad de factor intermedio dispuesto a conquistar la alcurnia a que se cree acreedor.

c) Si a las diversas situaciones de los propietarios o trabajadores campesinos pudieran clasificarse como clases distintas, es evidente que serían nuevos puntos de apoyo o diversos requisitos descubiertos los que nos permitirían hacerlo; en la propia descripción de sus fisonomías serían dispares con los productos urbanos. Pero hay en particular que, correspondiendo las clases a la estructura social del país en que se establecen, son sensibles a los cambios fundamentales de dicha estructura. Si se va de un tipo nómada a otro sedentario, es evidente que nuevos estímulos animadores darán de sí otros temperamentos y estratificaciones que los tradicionales. Si el capitalismo rige y modela una sociedad, sus estratos irán formándose a su medida, aún cuando antes hubieren sido dominados por incidentes etnológicos. Si el proletariado triunfa y suplanta a las demás clases, y las destierra y extingue de modo permanente, sustituirálas por nuevas que tengan su punto de partida en el trabajo y ocupación entre personas que se dediquen a los mismos, en comparación con quienes practiquen otros, pues su psicología e intereses no habrán de coincidir. (1) La diversificación psicológica es fatal y

(1)—Estamos a tiempo de aclarar que la noción de intereses no se refiere en esta obra a sólo los intereses materiales o económicos, sino en general a la apreciación de los valores por el hombre.

necesaria entre los individuos, y las variaciones sociológicas de consecuencias notables para una conveniente estructuración social.

En contemplación sincrónica del proceso de su conformación, la clase media sigue el ritmo de las demás o se atiene al suyo propio, ya que puede ser coetánea a las otras o posterior. Posterior, como en el caso del estado romano, descrito en esta obra con algunos detalles; o cuantas veces es el resultado de una circulación constante de sujetos que ascienden de planos inferiores, sin poderlos confundir con las más altas categorías, y aquellos otros que descienden de su jerarquía y se ven confundidos con grupos que no son los suyos.

He aquí por qué la clase media es la que nos dá, más que ninguna otra, la impresión de estar formada por grupos casi inconexos. Sobre todo el hecho se confirma y enfatiza en los pueblos latinoamericanos, según se puede apreciar de los numerosos trabajos incorporados a los "Materiales para el estudio de la clase media en la América Latina". Es que me atrevo a decir: en nuestro Continente no se han estratificado aún las clases originadas a raíz de la independencia, se hallan en el proceso de su fijación. Los que debieron ser a los comienzos de la colonia verdaderos estratos —lo español y lo indio— no juegan en la República su papel configurador: lo ibérico, por haber sido decapitado en la revolución emancipadora; y, lo aborígen, por ser contingente de segregación política o grupo marginal. De ese reconocimiento la clasificación hecha por mí, de clase mestiza alta, media y baja. Era modificar los términos calificantes de lo antiguo sin transformarlos: los elementos etnográficos rigiendo todavía la vida y en trance de crear situaciones estables. En propiedad el grupo intermediario revasando el límite superior, aristocrático, y delimitando posiciones en los demás. Tenemos pues lo tradicional en fermento y empeño, pero perturbado por factores de última época aspirando a dar otro sentido a la vida social: el que de la industria y el comercio fomentando la riqueza privada. De ahí estos resultados: a) Las clases en nuestra América están aún en formación y por lo mismo sin una fiso-

nomía claramente delineada; b) La raíz etnológica todavía subsiste como motivadora de distinciones; c) Pero vienen nuevos estímulos sociales a sumarse y a tratar de reemplazarlos. Por lo que es el momento adecuado de hacer balance y selección debido de ellos. Distinto arreglo de coexistencia de los grupos no parece en exceso difícil, o por lo menos no hay obstáculos invensibles para alcanzar orden y cooperación entre las clases, en lugar de superposición y lucha: si impidiéramos polarizarse los bienes de cualquier índole, aproximando distancias en lugar de fomentarlas, si los medios estimuladores de la conducta fueran muy próximos, o más bien los sistemas educativos que dichos medios traen consigo: no sería necesario la oposición entre los grupos sino muy fácil su colaboración, sin quebrantar las peculiaridades que a la sociedad da movilidad y vitalidad.

Hay un punto teórico sobre el cual no puedo hallarme de acuerdo con el Sr. Crevenna, es el de su afirmación que señala: la vaguedad del término *clase* en su sentido popular ha sido aclarada y definida por las diversas disciplinas científicas. A mi parecer, decir lo contrario es lo acertado: el vulgo tiene un instintivo discernimiento de las jerarquías que hace las califique y clasifique sin mayor reflexión; mientras el científica ha fracasado con frecuencia en sus esfuerzos por definir las y caracterizarlas. Y esto es muy explicable, pues en tanto los unos anotan lo que ven, los otros trotan de interpretarlo. Clarísima muestra resulta la selección de definiciones que trae consigo los cuadernos tantas veces citados de la Unión Panamericana. Helas aquí:

De Alfred Meusel:

"Lo *clase medio* incluye en sus filas o los empresarios de capacidad media, ya sean de la industria o el comercio; o los meros productores de bienes, como los artesanos y granjeros; al pequeño tendero y comerciante; a los burócratas y empleados asalariados".

Wernicke, Johannes:

"Pertencen por regla general a la *clase medio* las personas que poseen una cultura superior o la común, habiéndola odqui-

rido en las escuelas más adelantadas; que en su profesión no realizan una actividad puramente corporal o mecánica, sino más o menos intelectual; que regulan, dirigen e inspeccionan el trabajo mecánico de los demás, disponen de una renta medianamente elevada e incluso de un cierto capital”.

Lhoemme, Jean:

“Clase medio: el conjunto de grupos sociales de carácter predominantemente profesional, **similar a las otras clases, pero por la particularidad de que ninguno de los grupos tiene por sí misma verdaderas características de clase.** Cada una de estos grupos está constituido por personas que: 1) No pertenecen ni a la clase alta ni a la baja; 2) tienen conciencia del hecho de que no pertenecen a ninguna de ellas; 3) no tienen la esperanza de alcanzar la clase alta, ni temer de caer en la clase baja”.

Germani, Gino:

“Los sectores urbanos de la clase media pueden dividirse en dos grupos principales: 1. Personas económicamente autónomas, con actividad profesional a sueldo —antigua clase media (artesanos, pequeños y medios comerciantes, agentes auxiliares del comercio, corredores, comisionistas e intermediarios, profesionales libres, pequeños y medios rentistas).— 2. Dependientes, cuya actividad profesional se dirige a las cosas o las personas, pero que requiere en todo caso el empleo prevalente de facultades intelectuales (aún en trabajos automáticos y sin funciones directivas) —nueva clase media (Empleados de todas las categorías, funcionarios, profesionales, técnicos)”.

Müffelman, Leo:

“La clase media es aquella en que se incluyen las “individualidades económicas” que perciben una renta regular, y que o bien desarrollan una actividad productiva de carácter autónomo, o bien efectúan, en situación de dependencia, labores que son puramente mecánicas”.

Schemmeller, Gustav:

“La clase media incluye a los que poseen un negocio propio o tienen un empleo seguro: las propietarias rurales que poseen

de cinco a cincuenta hectareas; los propietarios de capitales que no exceden de cien mil marcos y con rentas que van de 1.800 a 8.000 marcos”.

No precisa ser un Argos intelectual para apreciar a primera vista y en relieve, el desconcierto de las definiciones truncadas, no sólo si las comparamos las unas con las otras, sino dentro de la propia carga psicológica que cada una lleva. Esto a pesar de no haberse tomado en cuenta en ese grupo o las definiciones de tono y contenido etnológicos, tan frecuentes entre los escritores latinoamericanos. Y es de subrayarse el valor indiscutible de los autores escogidos. Tomemos pocos ejemplos al acaso para demostrarlo:

Si reflexionamos sobre las concepciones de Alfred Meusel, podemos anotar que su punto de vista es puramente el económico, y dentro de él encuentra que la clase media corresponde: a) A los empresarios de capacidad medio. Signo impreciso y mudable como muda el fomento de los caudales en cualquier país: una empresa de quinientos mil sures, considerado entre las mayores ayer, hoy cabe se la conceptúe débil o pobre. b) A los meros productores de bienes, sin que haya determinado cuantía. Por tanto están unidos en el concepto, el cultivador de un campo pequeño que apenas recoge mieses para su consumo y quien interviene poderoso en las competencias de los mercados. c) Los pequeños tenderos y comerciantes. Y d) Los burócratas y empleados asalariados, tomados así mismo en conjunto, sin clasificarlos por el monto de sus entradas y salarios. Confundiéndose en tal caso el técnico, con honorarios subidísimos con el pobre obrero común de escasísima remuneración. Parecen reunidos aquí todo género de trabajadores, con exclusión de los grandes empresarios. ¿Es doble y operante una clasificación en semejantes términos? ¿Cómo unir por el solo determinante económico a condiciones tan distantes? Por el contrario, las remuneraciones más altas correspondiendo a las clases elevadas, las menores a las medios y las ínfimas a las bajas.

Wernicke confiere la mayor importancia en la materia al aspecto cultural, y por consiguiente se expresa: pertenecen a la clase media quienes poseen una cultura superior a la común habiéndala adquirida en las escuelas más adelantadas. El título debía corresponder a la clase de mayor alcurnia, si es el síntoma primario de la distinción, y no a la clase media; pues además sería inadecuado colocar a la mayor alcurnia y al grupo inferior unidos por este distintivo: la cultura común. Y por otra parte la particularidad de haber recibido sus enseñanzas en las escuelas de mayor adelanto ¿no correspondería en rigor a la aristocracia británica que dispone de los Establecimientos Educativos mejor dotados?

L'homme nos describe como similar en la línea constitucional de las demás clases, sólo distinta en cuanto ninguno de los grupos componentes de la media "tiene por sí mismo verdaderos características de clases". Cada grupo que interviene a formarla no es por sí sólo la clase, pero participa de sus calidades y atributos, son los factores concurrentes de la misma. Sino ¿en qué ni donde se sustentaría aquella?

Pero tales vaguedades y confusión en los términos, esas contraposiciones y discrepancias de conceptos, nos permiten extraer de ellos numerosos enseñanzas prácticas y de aplicación a nuestro estudio. La única noción quizá sobre la que se encuentran de acuerdo todos es la de que, la clase media es aquella que ocupa un lugar intermedia entre la alta y la baja, conduciéndonos a la siguiente reflexión: ¿talvez esa circunstancia representa el riguroso carácter de la misma? El no ser ninguna de las dos, Pero ¿qué es? Grupo o elemento neutro en el sentir indefinido de algunos, a la manera de factores dispanibles para sumarse a las demás representantes de las clases rivales o por lo menos distintas —la alta y la baja—. No existiría entonces una clase media, sino grupos intermediarios. Quizá esa sea la situación precaria de aquellas experiencias en las cuales la nobleza y la plebe son los únicos estratos, de donde fugan a se extrañan grupos de individuos en una constante circulación. Y es precaria, porque a lo larga tienden a constituir realidades fijos

y durables. Además, hay otras formas de comportamiento, según quedó indicada en páginas anteriores: clases de vieja formación que ante un trastorno político de eminente magnitud, ocupan su puesto entre vencedores y vencidos.

La clase en formación tiene esos variantes que la desdibujan, impresionando como algo incoherente y formado de retazos, a la manera de los fluidos en proceso de cristalización. He ahí los grupos que no son clase, de las explicaciones de L'homme. Los de mejor condición y aspirantes a elevarse a un nivel superior, copiando los modelos más altos; los inferiores, apenas diferenciándose de la baja.

El sistema de referencias y la apreciación de los valores, no responden por tanto en la mayoría de los casos del proceso de forjamiento de las clases medias, a un sentido uniforme, unánime y congruente entre los distintos grupos que la integran, relacionándose, por el contrario, y asemejándose a aquella a la cual se encuentran próximas: quienes colindan con los altos jerarquías reciben de éstas inspiración y hallanse dispuestos a seguir sus huellas. Esa se puede apreciar aún en las de conformación directa y primigenia como la europea, cuya participación en los intereses de la nobleza, hizo se las califique con tal título, así, la aristocracia togada de las Magistraturas. En nuestra América hay quienes colocan entre los más altos estratos sociales a quienes ejercen determinadas profesiones. Y de ahí se originan situaciones graves por cuantas ocupan tal posición: pues mientras sus recursos pueden ser escasos el decoro social que deben guardar es exigente. Por eso los sacrificios económicos son duros para ellos que vuelven difícil su subsistencia. La clase medio inferior, por el contrario, se aproxima tanto a la plebe que es algo muy complicado tratar de caracterizarla. En nuestro Continente coincide con la ruptura de la tradición política propia de la constitución social, para dar origen al nuevo proceso estratificador dentro del cual vivimos, con grave intervención del mestizaje.

CAPITULO DECIMO

CONFRONTACIONES

El planteamiento y desarrollo tan extensos del teorema político-social que fue materia de la presente obra, han dado de sí numerosas incógnitas que trataré de reunir en el actual capítulo y con las saluciones insinuadas con ocasión de tales planteamientos. Procuraré ordenarlas en pocas grupos.

1º El término conocido y de comparación que fue señalada en los primeros páginas, correspondió a las asociaciones animales forjadas al estímulo de comunes exigencias orgánicas, que colectivamente se cumplen con mayores amplitud y seguridad. También los hombres han recogido en numerosas experiencias de siglos, datos tendientes a demostrar las mil incitaciones y senderos seguidos para descubrir lo mayor eficacia en cumplimiento de su instinto de asociación; ecantrándose con que en lo humano se repiten casi las mismas formas asociativas que en las reinos inferiores:

A) Anotemos desde luego que las signos más viejas de nuestra historia parece relacionarnos con las colonias hamomorfas de grupos comarcanos en la historia natural: maneras de agrupación impuestas por el hecho de la vecindad. Sólo que en el hombre a tales circunstancias se agregan mayores caudales de intención o propósito, a sea una inteligencia electiva. En esos agregados, cuando son esporádicos y transitorios, no pue-

den generarse las clases sociales, sino desde que se convierten en durables y durable así mismo la distribución de funciones entre sus componentes. Acaso pertenezcan a este sistema evolucionado vecinal, los regimenes de los germanos primitivos, los descritos por los cronistas romanos, con los vigorosos lazos que el compañerismo y la disciplina militar suponen.

B) O nos hallamos frente al sistema paracitario, del huesped, el inquilino, el comensal, que a expensas de otros vive y se sustenta, formulado por el hombre cuando descubrió el régimen esclavista. Las sociedades más evolucionadas entre las animales ya lo conocieron, como ocurre con ciertas hormigas, con caracteres muy próximos a los de humano arreglo. Sólo que entre nosotros toman incontables formas, perteneciendo a ellas desde luego las colectividades que mantienen las castas y los grupos segregativos marginales.

C) O hay una realización simbiótica para seres extraños entre sí que repentinamente se encuentran juntos en cualquier sitio del Planeta, quienes deciden auxiliarse y progresar, luchando juntos contra los peligros y explotando mejor en comunidad las riquezas del suelo. Eso parece haber ocurrido en el Transvaal antes de la conquista de los ingleses. Todos han prosperado en virtud del mutuo acuerdo, sin necesidad de una firme disciplina que los retenga unidos. A veces es un pacífico anarquismo su régimen político.

D) O responde a un cooperativismo inicial resuelto en fuerza de las circunstancias, pacto que recuerda aquel convenio rusoniano de los albores del despertar político; cuales parecen las circunstancias que rodearon al acentimiento de los paters-familia para instaurar una república, ante la que ofrendaron parte de sus atributos para fortalecerla y vigorizarla. El firme individualismo que no obstante ello conservaron, no es de distinta índole que el de los más vigorosos habitantes de la selva.

No debe olvidarse una afirmación de la cual proceden muchas consecuencias, y es la de que las clases únicamente aparecen en las sociedades muy desarrolladas —de cualquier tipo— cuando sus respectivos ordenamientos se han afirmado.

Las variaciones se complican por los reglamentos individualistas o colectivistas que se las imponen: de ahí los ensayos múltiples comunistas, democráticos-liberales y autocráticos que podemos contemplar en la historia, con manifestaciones tan peculiares y diferentes, que nos conducen a desconcertantes resultados: demos el caso de cierto acoplamiento dentro del estado, de un comunismo en orden a la producción sometido a un autocratismo político individualizado, según se vió en las costumbres incásicas. ¿No insinúa esto alguna correspondencia con el sistema organizativo de las ovejas, con su reina y corte de amadores que viven a expensas de las obreras? Entre los grupos individualistas nos hallamos con las sociedades democráticos liberales de mejor constitución, donde las iniciativas de cada cual se mueven dentro de extensos límites, que recuerdan la autonomía mantenida por los agregados de animales carnívoros y de gran potencia muscular.

La verdad es que los instintos primarios y secundarios de nuestros antepasados animales sobreviven en nosotros y nos inducen a graves determinaciones, con frecuencia sin comprender la finalidad a que responden y muchas veces llamándonos con voces opuestas.

2º Consecuencia de lo dicho es que el natural resultado de cualquiera asociación humana sea el de organizar y disciplinar sus elementos de modo espontáneo, a medida del cumplimiento por ellos de los programados fines y objetos. Estos objetos y fines pueden ser voluntariamente perseguidos o resueltos, y voluntarias así mismo las circunstancias dispuestas para alcanzarlos; pero los resultados subsiguientes responde a naturales procesos y dan efectos no siempre queridos y rara vez previstos. La conducta tiene sus silos donde se almacenan los frutos de espontáneos rendimientos. Entre ellos están las caracterizaciones de los grupos diversos forjados lentamente a través de numerosas generaciones que han distribuido destinos varios. No corresponde por tanto ni está al alcance del querer del hombre, permitir o suprimir las diferencias, aunque sí condicionarlas a unas u otras circunstancias.

3º Siendo el de las clases un arreglo interno y espontáneo de la sociedad política, no lleva por necesidad de su estructura inscritas la intolerancia y la lucha entre ellas. Cabe, y de hecho se han dado largos períodos en los cuales el equilibrio obtenido se mantiene, procurando la regularidad en la conducta y el pacífico entendimiento entre los órdenes y jerarquías distintos. Podemos decir más que eso, es lo regular y ordinario, como vemos y apreciamos en el transcurrir continuo de las existencias que a nuestra vera están: las altas alcurnias hallanse seguras de su superioridad y las bajas las aceptan sin discusión. Lo de suma frecuencia y lo más acre entre las disputas se ventilan entre ciudadanos del mismo grupo, porque el conflicto de intereses es de suma frecuencia entre quienes los tienen iguales. Los ajenos privilegios no se discuten sino en momentos de crisis política, de lo contrario se los acoge y mantiene.

No creo que se califique debidamente a la historia por la lucha de clases: bien porque no se da explicación suficiente de nuestras realizaciones por solo esa causa, bien porque las luchas de tal magnitud no son continuas ni de carácter normal, sino a largos períodos y de sentido catastrófico, para emplear el término preferido por Sorokin.

Y si es cierto que aquello paz o guerra tiene por móviles principales los económicos —según se exageren o no los déficits en cuanto al reparto o hoyo desahogo y bienestar generales o se carezca de ellos— pero puede originarse en otras causas: supongamos contrastes religiosos o culturales en los varias capas políticas. Recuérdese al respecto las sublevaciones de los campesinos suizos contra los señores feudales que habían abrazado el protestantismo. Son verdaderos movimientos de agitación y contraste resueltos muchas veces en violentas crisis.

4º De los múltiples elementos circunstanciales que dan vigencia a la distribución de la sociedad en clases, tiene que contarse entre los mayores y de gran energía en sus efectos, el sistema de reparto de las riquezas, pues las disponibilidades materiales son las primarias para la subsistencia del hombre. Pero ni son las únicas ni incontrastables en la determinación de

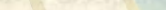
los caracteres colectivos; hay otros que siendo menores en la apariencia o menos espectaculares, superan en eficacia muchas veces, contándose entre ellas los de condición etnológica a cultural. Cabe además mantenerse que en muchas ocasiones lo económico no es el distintivo originario de las clases sino los privilegios e inmunidades de que se hallan amparadas o desposeídas, permitiéndolas o impidiéndolas el éxito en la vida y como consecuencia de ello el enriquecimiento. De modo que, pertenecer a una u otra clase es condición que facilita o dificulta la prosperidad económica.

Que existe una tendencia inveterada entre los hombres a acumular riqueza, en límites mayores a sus necesidades, esto es evidente; lo mismo que su indiferencia ante los riesgos y pérdidas para los demás que de allí procedan, exigiendo por parte de éstos una actitud de defensa. Pero ello no lo califica de tal naturaleza e impulsión que sea incontrastable, y ni siquiera que exija medidas de suma violencia para detenerlo y reglamentarlo. Es cierto que en graves luchas se ha visto envuelto el proletariado para reclamar lo más urgente para su subsistencia, pero no faltaron en la historia ensayos de reglamento más o menos durables. El que no fueran para siempre no los descalifico, sino que imponen estudiar la causa de su fracaso y como podrían renavarse a compás de cada cambio de magnitud o perturbador. Acaso tuvo este sentido la legislación hebrea relativa al año jubilar y la condonación de deudas cada cincuenta años.

5º A esa especie de Geología Humana que describe el establecimiento de las clases sociales por un proceso de aluvión a deslizamiento de capas que van superponiendo las unas a las otras, cabría oponerse el sistema de yacimientos que han cabado sus lechas con el fluír continuo de los elementos semilíquidos que los constituyen.

LA MANERA DE APRENDER

A LA MANERA DE APENDICE





A LA MANERA DE APENDICE

EL PORVENIR DE LA FILOSOFIA Y LOS METODOS SOCIOLOGICOS

La tesis que voy a analizar y que me atrevo a sostener en el presente trabajo es la siguiente: la Sociología ocupa en la cultura intelectual de esta hora, el puesto antes asignado a la Filosofía; de manera que puede decirse que la ha desplazado y la ha sustituido.

Para comprender en su verdadero alcance la afirmación, es necesaria que nos demos cuenta del papel conferido a uno y otro de ambas disciplinas, en sus respectivas trayectorias históricas.

La Filosofía, al iniciarse como un nombre aplicado a determinado orden o sistema de conocimientos, viene revestida de atributos sustanciales: la universalidad de los conocimientos que sustenta y la hondura de penetración de sus designios.

El amante de la sabiduría en tales condiciones —pese a la modestia de la designación adaptada— aspira y debía aspirar a la interpretación de la íntegra naturaleza, visible e invisible, preparándose o la plena sabiduría. Pero ¿de qué manera y forma? En aquello que en las cosas y las seres constituyera las esencias. Lo que corresponde, al último contenido a razón de las realidades; y las causas y efectos más recónditas, en la conducta o en la actividad. Es decir, superar lo palpable y aparente en procura de lo íntimo, para la que las formas son su vestimenta y esplendor.

En fuerza del primer empeño, no hay cosa, entidad o concepto que se sustraiga al dominio de la Filosofía: desde las físi-

casentidades apreciadas por los sentidos hasta las metafísicas esferas intelectivas.

En natural y continuado desarrollo de las operaciones de la mente, semejantes afinidades y propensiones del filósofo hacia la sabiduría, se convirtieron en verdadero saber o ciencia de cuanto existe en realidad o en potencia. Filósofo es el sapiente en cualquiera rama de los conocimientos. Filósofo de las matemáticas, Euclides a Pitágoras; de las celestes órbitas y caminos que recorren los astros, Ptolomeo; de la naturaleza vegetal y animal, un Plinio o el admirable poeta Lucrecio; de la naturaleza humana, sus sensaciones y su espíritu, sus características morales y sus aspiraciones, según sucede con Epicuro y los estoicos; de la dialéctica y proceso de las ideas, con las sofistas; de la esencia Divina, con Plotino y los neoplatónicos, los Padres de la Iglesia y cuantos contribuyeron a forjar la doctrina y el dogma cristianos. Y los filósofos integrales que de todo se preocupan y enseñan: Sócrates, Platón, Aristóteles.

Confundiase entonces la Filosofía con el saber; y todo sujeto pensante sobre una realidad científica era un filósofo.

Y en cuanto a intensidad y penetración de los conocimientos, su meta fué las sustancias o calidades fundamentales del ser. Lo que los condujo a inquirir por el misterio de las cosas y sus leyes, llegando en ocasiones al manismo como doctrina. Intentan, por lo mismo, los más subidos fines que persiguen cada ciencia digna de ese nombre.

Fue el cubrir las tres dimensiones del saber: en altura, en extensión y en profundidad.

Con semejante plenitud penetra la Filosofía en las moradas de la inteligencia de los más preclaros varones de la Edad Media. Subidas enseñanzas que se convierten en desvaríos de la mente en los alquimistas, perseguidores de las sustancias primordiales que les daría el señoreaje sobre el áureo metal. Sueños un tanto reivindicados en nuestro tiempo por los exploradores de la cons-

titución atómica, que hallan en la arquitectura inicial planteada la variabilidad de las apariencias. Y por los caminos de la emoción, se alcanzan las elevadas cimas del misticismo: áurea sentimental que rodea y prestigia al pensamiento, haciéndola concebir abismos de claridades suprasensibles y una especie de canocimiento intuitivo, o lo que esos privilegiados lo imaginan. Son las esferas superiores de la mente influídas por la sensibilidad; por lo que el canocimiento se decanta y purifica revistiéndose de tenues destellos e inefable amor: como luz que incide en agua clarísimo fluyente en cauce de cristal.

El Renacimiento hubo de contemplar o la Filosofía, como la ciencia suprema e insuperable, el saber sustantivo e ilimitada. Quien quiera conocer cualquiera realidad en sus seguras bases y desempeña, debe acudir a ella y guiada por sus postulados, animar el universo y comprenderlo.

Imagen del filósofo integral podría ser para ese período, el eximio polemista, Pico de la Mirándola, desafiando a todas los sabios de Europa a discutir sobre todas las ciencias canocidas entonces.

Es presunción de filósofo la que hizo emprender o D'Alambert la magna obra del siglo XVIII, la Enciclopedia. Aquel compendio de todas las ciencias que el sutil hilo de la filosofía enebra y dó un cantenido integral.

La Filosofía de fines de ese siglo y de comienzos del siguiente, emprende el trabajo aparataso y gigante de reconstruir mentalmente el Universo, en su arquitectura primordial y los fuerzas y resistencias que la estabilizan. De ahí la trabazón formidable de las construcciones kantianas, las prodigiasas creaciones de Fichte, Shelling y particularmente Hegel; creaciones imaginativas de mundos sorprendentes. Una especie de mística de nuevo cantenido, donde sobre todo prevalece el pensamiento sobre la sensibilidad, siendo menos amor que orgullo, en contraste con los místicos del siglo XVI.

Pero a tiempo que esos desatadas sueños imaginativos llenaban el ambiente mental, el contenido u abjeto de las varias ciencias, los datos e investigaciones sobre ellas, iban creciendo

en términos insospechables. La riqueza conceptual de cada parcela del saber se aumenta, y a su compás el número de problemas a resolverlos y las experiencias disponibles. Es a la indicada complejidad que debe atribuirse el propósito autonomista que se revela en cada una de las disciplinas, para crecer y fortalecerse por separado y según su destino. Movimiento cada vez **in creciendo** a lo largo del siglo XIX y los años vividos del actual.

Podemos señalar la circunstancia de que a los comienzos de nuestra centuria, quedan todavía como portes integrantes de los estudios filosóficos cuanto al hombre decía relación, en sus facultades anímicas. De ahí que las ramas de esta ciencia eran: la psicología, la lógica, la moral y lo metafísica. Sin contar, claro está, con el método filosófico aplicable a cualquier conocimiento.

Muy pronto la psicología —sobre todo por lo variedad y riqueza adquiridos con los **datos experimentales**— reclama sitio y laboratorio aparte, en ocasiones postulando su incorporación a las materias biológicas.

La ética no se halla conforme con su ubicación antigua; requiere positivos sustratum y empleo, en el orden de las ciencias sociales.

Coincide con semejante dispersión el propósito casi violento de mantener lo filosófico, más bien como tinte, matiz o apariencia de los conocimientos.

Ha encontrado así la Filosofía su propio calificativo, el que debió acompañarle siempre: de método, programa o posición mental. No es una ciencia particular ni la síntesis de todas las demás, sino la manera de apreciar lo real y conceptual por parte del hombre. Cuya consecuencia en las tradicionales enseñanzas fué la de situar al sujeto y su pensamiento en el centro del mundo, y como medida y razón de cuanto existe. Al individuo pensante en su integridad, en las enseñanzas de Protágoras: "El hombre es la medida de las cosas: de las que son, por la manera como son; de las que no son, por la manera como no son". Es la locura jactanciosa del ser que creyó que cuanto existe se hizo para su comadidad y complacencia. O se confiere esa virtud

y excelencia a sólo el pensamiento: en cuanto elabora los datos suministrados por los sentidos, según las enseñanzas de los sofistas o de Condillac; o sublimándolo y exaltándolo hasta confundirlo con la Razón Universal y Permanente, origen lejano de las afirmaciones alemanas de comienzos del siglo XIX. Los datos de los sentidos son tan despreciables, como que nos presentan únicamente ficciones y apariencias. Vemos los dibujos y contornos sin conocer por medio de nuestros sentidos las realidades, había proclamado Platón.

Pero sea como fuere, nuestra sensibilidad aprecia las apariencias y nuestra concepción penetra las realidades. La imaginación creadora en sus más extraordinarios alcances, forjando el mundo efectivo de los filósofos de Alemania.

El sensualismo, por cuanto se ha dicho, no es necesariamente contradictorio con las construcciones idealistas. La elaboración del pensamiento que crea y formula las existencias, puede efectuarse: o por los puros datos de los sentidos, sobre los cuales el juicio ejercita su poder de abstraer y generalizar; o superando tales datos y desvirtuándolos, estructurar un mundo mental por obra del simple razonamiento: "todo lo real es racional, y todo lo racional es real".

En uno y otro caso, poro el sensualista discípulo de Condillac o poro el racionalista seguidor de Hegel, el Universo es un coto cerrado para el hombre, para cada uno de ellos. Allí sus iniciativas y sus experiencias formulando el propia cosmos, pues le toca desentrañarlo, comprender y animarlo. En mérito de creador y conformador, el hombre es el verdadero Dios o por lo menos, partícipe de los divinos atributos. Coautor del pensamiento universal en el sistema cósmico de Hegel.

Por eso pudo darse el resultado de que, desligada y destruída la unidad de la ciencia filosófica, por los sucesivas fugas de sus componentes y partes, quedara algo superviviendo y ligando a las abstracciones: la potencie creadora, animadora, el **logos**.

O sea, la interpretación del Universo convertido en método de reflexión aplicable a todas las ciencias. Lo que consustancial-

mente corresponde a su naturaleza, su calidad de sistematización de los conocimientos.

Las verdaderas rectificaciones y oposiciones a su sistema proceden de la propia Filosofía, con el aparecer de las doctrinas positivas, las que cambian en sustancia la posición del sujeto ante el conocimiento.

Las cosas en sí, son las realidades efectivas, que el ente reflexivo difícilmente las penetra en su esencia; debiendo, por lo tanto, dar su asentimiento a las apariencias, sirviéndose de ellas como valores sensibles. Esta la justa apreciación de lo existente. De su contemplación y de las leyes que las rigen, puede preverse el porvenir y adecuar nuestra conducta a semejantes índices. De manera que estamos en lo real y en lo firme sin necesidad de conocer sus profundas sustancias. Es guía de la conducta, apartada y fuera de los delirios imaginativos de la animación intelectual del mundo. Trastórnase el orden de las referencias, viniendo a ser medida de nuestro campo interior los objetos externos.

Desprendiéndose de ahí con claridad plenísima el nuevo método de contemplación de la naturaleza y una nueva posición del hombre frente a ella. A la antigua medida, bastante arbitraria por el punto de arranque y la supervalorización del sujeto, mudable por lo mismo, con cada uno o quién se refiere, se ofrece como contraste las presencias exhibidos por la naturaleza, y el ámbito mental es su escenario o el espejo que las copia. No obstante esa valoración novísima de las cosas dadas y presentes, no subestima Comte el mérito de los factores de la inteligencia que rigen la conducta humana y el proceso de la Historia. La Humanidad tiene una presencia grandioso y solemne en sus meditaciones.

Pero entre sus numerosos aportes para revitalizar y prestigiar a los sistemas filosóficos, lo de porvenir más extenso fué aquello de colocar al ser humano en el lugar que le corresponde, situarlo dentro de su propio medio intelectual, cual es el del gru-

po social al que pertenece. Al soberbio aislamiento del filósofo que encontraba en sí y por sí las fuentes de la sabiduría, se ha postulado la solidaridad y compenetración del grupo, las implicaciones del medio social en que actúa. El hombre se halla influenciado y dirigido por la comunidad a lo que integra, y para conocerlo hará falta investigar por los respectivas calidades sociales: su psicología está por ello inspirada y su conducta por ella prescrito.

Desde este momento el fundamento de lo moral se trastorna y transforma: al egoísmo que predicaba el exclusivo triunfo de cada uno, opuso el altruismo y la victoria del interés general que implica solidarios intereses y el mérito predominante del grupo. Se proclama entonces el honor del sacrificio de cada uno por el bienestar conjunto. Admirable principio de fecundos resultados.

Las eminentes conquistas del espíritu humano que, es producto social, se realiza y exalta en la reglamentación del trabajo, que ha de vigilarlo la República poro que dé sus óptimos resultados.

La sociedad así, es en la doctrina complotona la verdadera realización natural, de lo que depende y se aprovecho el hombre en los diversas circunstancias de su existencia. Ha nacido en este punto e instante una nueva ciencia, o la que Comte denominó Sociología.

Nunca nombre alguno demostró mayor excelencia ni tuvo mayor porvenir científico, desde cuando los griegos bautizaron su fervor por el conocimiento con la denominación de Filosofía; e igualmente ha llevado una trayectoria similar.

Comienza por calificarse como ciencia de los hechos sociales, en cuyo ámbito cabe, por consiguiente, las innumerables disciplinas particulares que a su conocimiento se dedican. Sería de esta manera la Enciclopedia de ellos.

Pero cada una había alcanzado para esa época un desarrollo paderaso en extensión e intensidad, y, sobre toda, estaba en marcha un progreso de perspectivas considerables que no habría de permitir su incorporación en un sola ardenamiento, disciplina a contral científico.

De ahí el larga y ferviente debate, na concluído del tado hasta nuestras días, sobre el valor y sentido atribuibles a la Sociología en su intervenir en las varias campos del canocimiento. ¿Es un tana, una perspectiva, una manera de apreciar y expresar los canocimientos? Estudio, se dice, las causas prafundos de las hechos sociales, su caordenación y sus leyes. Pero la mayor parte de esos atributas carresponden también a las particulares disciplinas. Algunas de ellas, por su mismo sentida de especialidad, acaso penetren más en determinada aspecta a constaten mejor determinadas leyes.

Es el mismo relieve indebido en lo sustancial que descansó a las filósofos en el deslinde de sus daminias: lo unidad en las conacimientos del Universa en sus más secretos y prafundas contenidos. Cuanto interesa al hambre inscrito en su programa. Y si se quiere, limitado a sólo el fenómeno social: lo integridad de la vida colectiva en sus mayores extremos y recónditos aportes.

Desde muy atrás he venida sosteniendo por mi parte, la que crea de estricta virtualidad en el proceso y la enseñanza socialógicas: es el métado y pasición mental del hombre de nuestra cultura en el ardenamiento e interpretación de sus experiencias.

Las sociólogas han apreciado, can la guía del pasitivismo camptiana, que la verdadera forja de constitución persanal del hombre debía buscarse en la sociedad o grupo que le ampara y rodea. Su psicalagía es una participación y producta de los sujetos que en tarna suya están: mucha más que la interpsíquico imprime carácter lo intrapsíquico. Las ingerencias externas o duela del pensamiento, que las internas motivaciones. Los im-

pulsos del hombre, su conducto y sus conocimientos se encuentran modelados por el grupo al que pertenece. Siendo lo dirección exacto la señalada, no hay sin embargo en muchos sociólogos, el propósito de subestimar las calidades ancestrales del individuo y las peculiaridades de tado génera que acompañan o la personalidad.

El punto de partido como método es correcto y lo he venido empleando desde muy atrás, en materias en apariencia bien apartadas, como algunos del Derecho positivo, con éxito na esperado por mi, en los círculos científicos europeos.

Publicado el Primer Tomo de mi "Teoría General del Derecho Civil Internacional", pocos meses después el Director del Ibero-Amerikonisches Institut de Berlín, von Issendorff, me solicitaba un ejemplar manifestando: "Acabamos de tener noticia de que Ud. ha publicado recientemente uno obra fundamental sobre el Derecho Civil Internacional que ha hecho sensación en el mundo jurídico". Y como resultado del envío aparecen numerosos comentarios, ya en revistas de la Institución o en otras europeos. Sólo quiero transcribir pocos frases de uno de los mayores prestigios en la materia, Ernst Frankenstein, de su compte-rendu publicado en la "Revue Internationale de la theorie du Droit". Dice así: "Hay muchos Trotados y Manuales de Derecha Internacional Privado, pero sus autores se limitan, en general, a la exposición de ciertos opiniones tradicionales y no se plantean lo cuestión de saber cual es la razón profunda del estado caótico de esta roma del Derecho. Evidentemente lo formación jurídico no es suficiente poro reconocer —no quiero decir resolver— los problemas que sobrepasan los límites dei Derecho. He aquí par qué la mayor parte de los autores se encuentran tan pronto en un im-pase. El Sr. Paredes no ha carrida este peligro. Su vasta cultura y su conocimiento de la Sociología y de la Filosofía del Derecho le permiten encontrar pronto el punto de partida para cualquier estudio serio del Derecho Internacional Privado y plantear cual es la razón del Derecho en general. Su respuesta es precisa. El Derecho es el fenómeno de la vida social de una comunidad. O seo cada comunidad compren-

de tanto a los extranjeros venidas de sus patrias "acompañados de una vida anterior, de una tradición jurídico vivida bajo las leyes de otros países". No se puede aplicar a los extranjeros las leyes locales sin violar lo que el autor, el Sr. Philamenko, en su reciente libro, "La teoría del reenvío" (1935) ha llamado el respeto a la personalidad humano, y que nuestra autor expresa: "El reconocimiento para todos los hombres de ejercitar sus actividades naturales en todos los países, con resultados jurídicos de permanencia". Esta estabilidad del Derecho depende del punto de partida, como la he demostrado en mi *Internationales Privatrecht* vol. IV pg. 667. Hasta aquí la teoría del autor está en plena armonía con las doctrinas más modernas, quiero decir aquellas de M. Philamenko y la mía propia... La obra del Sr. Paredes, tan rica en ideas y reflexiones, da un apoyo importante a la teoría moderna que para su fundamentación sociológica puede acudir a las enseñanzas del Sr. Paredes".

Ha llegado, en consecuencia, el momento en que los dos métodos se encuentren frente a frente: el individualista, imaginativo y abstracto; y el socialista, positivo y concreto. El uno haciendo alarde de imaginación creadora, para establecer ámbitos mentales subjetivos; el otro, razonando sobre hechos dados y comprobados o través del sentido social que les corresponde. El dato individual no se lo ha de descuidar, sin embargo, en el segundo método, sobre todo tomando en cuenta los innumerables apartes de lo subconsciente y de lo supraconsciente, que van dejando rastros intuitivos en nosotros, impresionantes casi como un milagro o una adivinación.

Sin justificar los excesos de aplicación que se vienen practicando en torno a los métodos, es posible explicar la singularísima doctrina rusa sobre el arte, la ciencia, los conocimientos y las operaciones de la vida, distribuidos en marxistas y no marxistas. Es la pasividad del sujeto ante las realidades que investiga y su finalidad, no el contenido sustancial de los conocimientos o

representaciones. Si pienso y obro en plan colectivo soy un marxista; de lo contrario antimarxista. El pintor que pinta para un público extenso haciendo florecer las emociones sociales, es un marxista; quien busca las altas cumbres intelectuales y no se panea a tona sino con una élite o consigo mismo, es un antimarxista.

Hay otro dato de las prácticas modernas que obra en sentido concurrente: son los particulares prestigio e importancia discernidos o las materias de nuestro estudio en la Unión Americana, en términos de calificar al sociólogo como el hombre apto para las más diversas realizaciones, desde las de índole administrativa del Estado, hasta las particulares y de técnica. Se acude al sociólogo para cuanto es o puede ser materia de investigación o de cumplimiento. ¿Corresponde al sentido práctico de su conducto o a más amplios horizontes? Creo que es el índice propio de la cultura moderna, su nota específica. Y con la insistencia debida a la tesis sustentada, el método actual de investigación y aprendizaje.

Se aprecia como en este resultado, según sucede con otros muchos puntos, coinciden las políticas opuestas: la de la democracia popular y la de las democracias liberales.

Entonces ¿qué queda para las disciplinas filosóficas? La meta y prestigio de lo irreal, de lo aspirado. Una nueva mística conceptiva de lo antológico y de los procesos de la mente para alcanzar órbitas intelectuales de altísima poesía. Dejémoslos a los filósofos con sus fuegos artificiales prendidos en espacios alucinados.

Entre otras muchas referencias cabe señalarse la quimera sagrada de la libertad individual entre tales supervivientes del pasado. Altísima ficción y consuelo de algunos, a la manera de evasión de las realidades que les constriñen. Es un grito de rebeldía contra sus experiencias diarias, domésticas y de vida social; en vez de un mero límite de ajenas ingerencias. Quienes más predicán la glorio de su propio arbitrio sin obstáculos, menos lo alcanzan y usufructúan. Queda como una nota lírica en el mundo moderno angustiado por las urgencias de la hora.

Cap. VII—¿Puede reemplazarse el sistema de las clases sociales por una organización sindical dentro del estado?	85
Cap. VIII—Los rasgos caracterizantes de las clases sociales	93
1º—Caracteres morfológicos	93
2º—Los aspectos psicológicos	116
3º—Sociología de las clases	133
Sistema de valores	145
Conclusiones	149
Cap. IX—De la clase media	151
Cap. X—Confrontaciones	163

A LA MANERA DE APENDICE	169
-------------------------------	-----

El porvenir de la filosofía y los métodos sociológicos	171
--	-----





[illegible]

1367-Inv.

Paredes, Angel Modesto

Biología de las clases
sociales.

